

POR LAS GRUTAS Y SELVAS DEL INDOSTÁN

por Helena Petrovna Blavatsky

I

EN BOMBAY

Caía la tarde del 16 de Febrero de 1879. Después de un penoso viaje de treinta y dos días, estallaron sobre cubierta las más alegres exclamaciones: ¡Ved el faro el faro ya de Bombay!

Olvidadas quedaron al Punto todas las distracciones de a bordo: la baraja, los libros, la música. El pasaje en masa se precipitó sobre cubierta. La Luna no había mostrado todavía su redonda faz, y una completa obscuridad reinaba, no obstante el tropical cielo estrellado, tan luminoso otras veces. El pequeño punto ígneo del faro no parecía sino una estrella más de las que desde, el cerúleo, firmamento nos hacían guiños con su titileo. La célebre Cruz del Sur lucía en uno de los lados del horizonte. El faro sumergía de tiempo en tiempo sus fulgores bajo las olas fosforescentes, y los asendereados pasajeros saludábanle como a algo amigo que ponía fin a sus congojas. No hay que decir que era general la alegría.

Un espléndido amanecer siguió a aquella lóbrega noche. El buque ya no balanceaba casi. La bronceína silueta del piloto, que acababa de tomar el rumbo, se destacaba vigorosa a los pálidos albores matutinos, y el barco arrojando bocanadas de humo, se deslizaba sobre las diáfanas y tranquilas aguas del Mar Índico caminando en derechura hacia el puerto. Nos faltaban ya sólo cuatro millas hasta Bombay, y para nosotros, infelices, que pocas semanas hacía tiritábamos de frío al cruzar el Golfo de Gascuña tan glorificado por los poetas como maldecido por los marinos, aquella perspectiva hermosa que se avecinaba no era sino el más mágico de los ensueños de ventura.

Tras las noches tropicales pasadas, cruzando el Mar Rojo, y los días abrasadores que en Aden nos torturaron, nosotros, gente nórdica, experimentábamos a la sazón algo muy insólito y emocionante, cual si nos hubiese hechizado aquella balsámica y suave brisa. Ni una sola nube empañaba el cielo, en el que sucesivamente se iban apagando las estrellas. La misma luz de la Luna, que soberana extendiese hasta entonces desde Occidente su plateado manto, se había también esfumado en la creciente luz del día que venía, no sin antes salpicar con brillantes chispas de luz la obscura estela que nuestro barco dejaba tras sí, como si simbólicamente las glorias todas de Occidente representadas por ella se despidieran de nosotros avergonzadas ante la esplendorosa luz del Sol y del Oriente que, a los recién llegados de tan luengas tierras, daba ya la bienvenida. Había, en efecto, algo de conmovedor, algo de misterioso en aquella dulce resignación que la Reina de la Noche hacía de sus derechos en manos del poderoso usurpador que a toda prisa venía... La Luna, en fin, tocó al borde del horizonte occidental y desapareció de nuestra vista.

Súbito, casi sin transición entre la obscuridad y la luz, el ígneo y rojo globo de fuego del Sol, surgiendo por el lado opuesto junto al cabo oriental, pareció apoyar su áurea guedeja en las rocas más bajas de la isla, cual si, por un momento, atentamente nos

examinase. Luego, con gallardía titánica, el luminar diurno se elevó sobre el mar y prosiguió su triunfante carrera, fecundando con sus rayos las aguas azules de la ensenada, la ribera y el archipiélago aquel con sus peñascos y sus selvas de cocoteros. Los rayos de oro del astro rey cayeron sobre una multitud de parsis, sus fieles adoradores, quienes, desde la ribera alzaban religiosamente sus brazos en honor del potente “Ojo de Ormuzd” Semejante espectáculo de sincero culto primitivo era tan solemne e imponente, que cuantos nos hallábamos sobre cubierta permanecimos mudos, silenciosos; y hasta cierto lobo de mar, de abotargadas narices, vecino a nosotros, suspendió su faena con el cable de amarre y, después de carraspear limpiando su garganta, saludó también al padre-sol a su manera.

Como caminábamos con gran precaución por la funesta y traidora bahía, tuvimos sobrado tiempo de admirar los encantos del panorama que se ofrecía a nuestra vista. Un grupo de islas se mostraba hacia nuestra diestra y sobre ellas descollaba Gharipuri o Elefanta, con su antiquísimo templo. Gharipuri, para los orientalistas europeos, es “la ciudad de las cuevas”; pero para muy sabios sanscritistas indígenas es “la ciudad de la purificación”. Su templo, perforado por hábil cuanto desconocida mano en el duro seno de una roca semejante al pórfido, es todo un insoluble problema para los arqueólogos, pues ninguno, a bien decir, es capaz de fijar concretamente su verdadera antigüedad. La cima de Elefanta, cubierta por seculares cactus, cobija misteriosa al templo principal y dos laterales labrados en su seno. A la manera de la serpiente de nuestros cuentos rusos sobre hadas, el templo hipogeo parece abrir sus obscuras fauces, dispuestas a tragarse al atrevido mortal que pretenda arrebatarle su secreto de Titán adormecido. Los dos solos dientes que le restan, denegridos por los siglos, son las dos columnas de la entrada, las cuales diríase que sostienen abiertas sus fauces monstruosas.

¡Oh divina, oh insuperable Elefanta! ¿Cuántas razas, cuántas hondas generaciones no se han arrodillado ante ti, hundiendo las frentes en el polvo al prosternarse ante la triple deidad de tu Trimurti misteriosa? Y, ¿quién puede concretar el número de siglos sucesivamente empleados por el débil hombre, para ahondar en tus pétreas entrañas este Templo de templos y esculpir en ellas tus gigantescos ídolos? Sucedido se han evos tras evos, desde que te vi la última vez, antiguo y misterioso templo, y sin embargo, idénticas interrogaciones inquietantes, las mismas caliginosas dudas me atormentan hoy que me atormentasen entonces, permaneciendo siempre sin respuesta de tus labios de Esfinge... Dentro de breves días nos habremos de volver a ver; de nuevo pasmáreme ante tu imagen adusta; ante tus triples caras de granito, y sentiré otra vez y mil más mi impotencia mental frente a frente del misterio de tu ser. Tres siglos antes de nuestro siglo, ese tu secreto cayó, ¡ay!, en manos pecadoras, que no en vano el viejo historiógrafo lusitano D. Diego de Cuta hubo de alabarse de “la desaparición misteriosa de aquel cuadrado sillar ciclópeo que tremolaba fijo sobre el arco de la pagoda, con una clarísima inscripción que fué violentamente arrancada y enviada como obsequio al rey Don Juan III”. Luego, dicho historiador añadía: “Junto a la referida pagoda había otra; y más allá una tercera, la más prodigiosa de todas ellas en su maravillosa hermosura, increíbles proporciones y riqueza. Ellas fueron construidas por la dinastía de los reyes de Kanadá (?) cuyo monarca principal lo fué Bonazur. Nuestros bravos soldados portugueses asaltaron con tales furoros estos antros de Satanás, que de ellos no hubo de quedar bien pronto piedra sobre piedra...” Lo peor y más lamentable, fué que tampoco respetaron las inscripciones que hoy podrían acaso darnos las claves del enigma, y

merced a tamaño vandalismo fanático de los lusos, la cronología entera de los templos hipogeos–hindúes tienen que permanecer por siempre sepultados en un misterio arqueológico para todos, desde los propios brahmanes que les asignan 374.000 años de existencia, hasta Fergusson, que intentó vanamente el demostrar que ellos fuesen perforados hacia el siglo XII, no más, de nuestra Era.

Tal sucede siempre con todos los problemas serios: tantas veces como se nos ocurra volver la vista retrospectivamente, la Historia nos dará tan sólo hipótesis y obscuridades. No obstante de ello, Gharipuri está mencionado en la grandiosa epopeya del *Mahâbhârata*, escrito mucho antes del reinado de Ciro. Otra leyenda muy antigua refiere que dicho templo de la Trimurti fué hallado en Elefanta por los mismos hijos de Pându, una de las huestes que lucharon en la terrible guerra entre las dos dinastías respectivas del Sol y de la Luna, y que fueron expulsados de allí al ser derrotados al final de la guerra. Los de la Rajaputana, que son descendientes solares, cantan todavía esta victoria; pero ni en sus propios cantos populares se puede hoy hallar nada de positivo. Desfilarán los siglos tras los siglos y sepultado yacerá, siempre desconocido, el secreto en el pétreo seno de la Cueva.

El cerro de Malabar, morada de europeos y de indígenas ricos, se alzaba por el lado opuesto de Elefanta, en el lado izquierdo de la bahía. Sus viviendas suntuosas, pintadas con brillantes colores, aparecen exornadas por las verduras del *banyan* gigantesco, de la higuera indostana y de multitud de otros árboles, dominados por los altos y rectos cocoteros, que recubren con sus copas todas las moles del enhiesto cabo. Allí, hacia el extremo del sudeste, contemplase la casa del gobernador, mansión transparente casi como fino encaje, y contorneada por el Océano por tres de sus cuatro lados. Aquella es, sin duda, la parte más fresca y grata de Bombay, bañada siempre por tres diferentes brisas marítimas.

La isla de Bombay, o de *Mambai*, según la llaman los naturales, recibió tal nombre de la diosa Mamba de Maharati, diosa que es Mahima o Amba, Mama y Amma, según las diversas formas dialectales, y cuyo significado literal es el de la *Gran Madre*. Un templo consagrado a la diosa *Mamba–Devi*, se alzaba, todavía no hace cien años, en el mismo sitio de la moderna explanada. Sin reparar en gastos ni en dificultades, fué llevado más próximo a la ribera y del fuerte, frente a *Balesh–wara*, o sea al “Señor de los Inocentes”, uno de los infinitos nombres del Dios Shiva.

Bombay es todo un archipiélago, cuyas islas más notables son: Salseta, enlazada con Bombay por un muelle; Elefanta, que se llamó así por los portugueses, merced a la roca de su mole, tallada en forma de colosal elefante de unos treinta y cinco pies de largo, y Trombay, cuya enhiesta roca se eleva novecientos pies sobre el mar. Bombay, a la cabeza de las demás islas, parece en el mapa un enorme cangrejo fluvial, que extiende a lo lejos sus dos patas, velando vigilante por sus hermanos menores. Entre dicha isla principal y el continente corre un estrecho brazo de río que se ensancha y se ciñe alternativamente, dentellándose en él entre ambas orillas, bajo un cielo que no tiene rival en el mundo. No sin razón los portugueses que, andando el tiempo, fueron sustituidos por los ingleses, la denominaban la *Bona–bahía*, bahía que viajeros entusiastas compararon con el propio golfo de Nápoles, pero, a decir verdad, se parecen entre sí como pueda parecerse un aristocrático *kuli* a un mísero *lazzaroni*, pues el único parecido que puedan entre ambas tener es el que tienen agua en las dos.

En Bombay, igual que en su gran puerto, nada hay, dentro de su excepcional originalidad, que recordar pueda a la Europa mediterránea. Mirad, sino, los botes indígenas y los barquitos costeros: todos remedan, en sus airosas formas, al ave marina denominada *Sat*, que es una especie de alción o de gaviota. Cuando aquellas lanchitas se ponen en marcha, son el prototipo de la gracia con sus agudas proas y redondeadas popas. Diríase que se deslizan gallardas hacia atrás, y las extrañas formas de sus largas velas latinas no son sino alas de ave, sujetas por sus agudos ángulos como a una vara de altura sólo. Sorprendente es la velocidad sin igual que éstas imprimen a las lanchitas cuando las hincha el viento, haciéndolas inclinarse hasta tocar con una de sus bordas en el agua, porque, a diferencia de las chalupas de regatas europeas, no hienden las ondas, sino que se deslizan sobre ellas cual los petreles.

Y ¡qué decir de los alrededores de la bahía! Ellos parecían transportarnos a un ensueño de los de *Las mil y una noches*. Las alturas de los Montes Ghates occidentales, cortadas aquí y allí por cerros solitarios casi tan altos como ellas, demarcan todo el festoneado de la orilla. Impenetrables bosques, moradas de animales salvajes lo recubren todo, desde la base hasta las fantásticas cimas. Cada roca, cada uno de aquellos picachos cuenta con su leyenda independiente. Las mezquitas, pagodas y templos de innumerables sectas aparecen esparcidos por doquiera, y aquí y allá los ardientes rayos del sol calcinan los sillares de alguna antigua fortaleza, antaño inexpugnable y hoy derruida y recubierta de espinosos cactus.

Doquiera vense esparcidos allí los más variados cuanto sagrados recuerdos. En un sitio, un misterioso *Vihâra*, cueva de un santo *Bhikshu* budhista; en otro, un peñasco protegido por el símbolo de Shiva; más acá un templo jaíno, o una piscina sagrada llena de agua y recubierta por los lotos, como atributo esencial de toda pagoda, consagrada una vez por la bendición brahmánica y capaz desde entonces de purificar de toda mancha a los que en ella piadosamente se bailen. Los alrededores todos están materialmente cuajados de símbolos de dioses y de diosas, pues que allí cada uno de los trescientos treinta millones de divinidades del Panteón Hindú tiene su adecuada representación, ya en una flor, en una piedra, en un ave o en un árbol, que, respectivamente, les esté consagrados. Acullá, en la falda occidental del Cerro de Malabar, se alza el templo de *Valakaiswara*, el *Señor de Arena*, rodeado de árboles seculares. Inacabables filas de nidos serpean acercándose hacia el sacro recinto, llevando, tanto los hombres como las mujeres, rutilantes anillos áureos en manos y pies; grandes brazaletes macizos desde las muñecas hasta los hombros, con las frentes exornadas en blanco, amarillo y rojo, por respectivas señales de secta, flotando al aire las niveas muselinas y los ondulantes extremos de sus turbantes orientales.

La sagrada leyenda de *Valakeswara* refiere, en efecto, que allí mismo permitió una vez Rama, cuando pasaba desde *Ayodhya* u Oudh, a *Lanka* o Ceilán, en busca de su esposa *Sita*, robada por Râvana, el perverso rey. Créese firmemente por aquéllos, que Sakshman, el hermano de Rama, estaba obligado a enviar diariamente a éste un nuevo *lingham* cada día desde Benarés la santa, pero una tarde hubo de descuidarse en el puntual cumplimiento de su misión. Impaciente entonces Rama, construyóse uno de arena, y cuando el consabido que esperaba llegó de Benarés, fué éste puesto en el templo y dejado el otro allí en la orilla, permaneciendo en tal estado siglos tras siglos

hasta la llegada de los portugueses, contra quienes hubo de sentirse el *lingham* tan indignado por sus profanaciones que alejóse mar adentro para nunca más volver... Un poco más allá del repetido templo se muestra el estanque de *Vanattistha* o de “la punta de la flecha”, porque se cuenta que al llegar allí Rama tuvo sed y lanzó una flecha contra la roca, surgiendo así el estanque al punto. Antaño los líquidos cristales del lago estaban rodeados de un alto muro, y hubieron de construirse escalinatas para descender hasta su orilla y una serie de palacetes en mármol blanco para que los habitasen los brahmanes *dwija* o “dos veces nacidos”.

Con ser la India el país más rico en leyendas, no hay una de éstas en las ruinas, como en las frondas y en los lagos, que no esté fundada en los hechos, si bien la grosera fantasía popular las ha entenebrecido, echando de generación en generación un velo cada vez más denso y tupido sobre ellas. Con cierta habilidad y paciencia, máxime si se tiene el auxilio de algún brahman instruido de quien se haya uno captado la amistad y la suficiente confianza, puede, no obstante, llegarse a descubrir la verdad histórica que la fábula desnaturaliza.

Por allí se encuentra, asimismo, el camino que conduce al templo parsi de los adoradores del Fuego. En su ara manteniéndose perpetuamente encendido un fuego sagrado que consume todos los días enormes cantidades de madera de sándalo y plantas aromáticas. Dicho fuego encendióse hace trescientos años, y, desde entonces, luce inextinguible, no obstante mil desórdenes, luchas sectarias y hasta guerras. Aquellos güebros, discípulos de *Zaratushta* o Zoroastro se sienten orgullosos con su templo, templo en comparación del cual parecen pintarrajeados huevos de pascua las pagodas hindúes. Estas últimas están casi todas consagradas a *Hanumân*, el dios-mono, fiel aliado de Rama, y también a *Ganesh*, el dios de la Oculta Sabiduría, o bien a uno de los dioses *Devas*. Véanse ellas en cada calle, con sus dobles hileras de pipales o *ficus religiosa* de varios siglos de edad, árboles de los que ningún templo puede carecer, puesto que constituyen la morada de los elementales y demás almas pecadoras.

Todo, todo aparece mezclado, confundido y caótico, cual el más extraño panorama de ensueño, pues que no en vano han dejado allí sus vestigios treinta largos siglos. La innata desidia de los naturales, de un lado, y del otro las orientaciones actuales, genuinamente conservadoras, de los hindúes, a un antes de la llegada de los europeos, han preservado todos aquellos monumentos de las depredadoras venganzas de los fanáticos, allí donde más peligro corrían por pertenecer a la religión buddhista o a otras sectas impopulares también. Los indos o hindúes no son dados, por naturaleza, a devastaciones sin sentido, y en vano buscaría en sus cabezas el frenólogo la prominencia reveladora del instinto de destrucción. Siempre que tropecéis en vuestro camino con antigüedades más o menos vandalizadas o desfiguradas, no es de aquéllos, no, la culpa, sino de los musulmanes, o bien de los portugueses, dirigidos por los jesuitas.

El buque echó anclas, al fin, y en un momento nos vimos asediados, tanto nosotros como nuestros equipajes, por multitud de desnudos hindúes, semejantes a imponentes esqueletos: los parsis, los mogoles y cien otras tribus, estaban por ellos representadas, y tamaña muchedumbre diríase que había surgido como por encanto del fondo de la bahía, gritando, charlando, aullando, como sólo saben hacerlo las tribus asiáticas. Lo más

pronto que pudimos nos apoderamos de un bote, refugiándonos allí para escapar pronto de aquella confusión de gentes y lenguas, que remedaban una segunda Babel.

Instalados de allí a poco en la quinta que nos aguardaba, la primera cosa que atrajo nuestra atención fueron las miríadas de cuervos y buitres que por Bombay pululan. Aquellos pajarracos constituyen, por decirlo así, la celosa policía municipal de la ciudad, encargados, como lo están, de limpiar de inmundicias las calles. Matar, pues, a uno de tales buitres, no sólo está prohibido por las ordenanzas, sino que resultaría asaz peligroso, dado que con ello se despertaría el espíritu de venganza de cualquier hindú, prontos como están siempre a ofrecer su vida en rescate de la de cualquier cuervo, porque es su firme creencia que el alma de sus antepasados pecadores transmigra después en aquellas aves, y, por tanto, el dar muerte a uno de ellos es perturbar la ley del karma y exponer al desdichado ascendiente a una reencarnación todavía más penosa. Tamaña creencia no sólo es profesada por los hindúes, sino hasta por los parsis más instruidos, y la misma conducta extrañamente seguida por los buitres o cuervos indos diríase que justifica hasta cierto punto semejante superstición, porque son, en cierto modo, los sepultureros de los parsis, hallándose bajo la protección directa del ángel de la muerte, o Farvandania, que se cierne por sobre las Torres del Silencio, dirigiendo las operaciones de aquella tribu alada. El ensordecedor graznido de los cuervos, que a todo recién llegado no puede menos de chocar al principio, tiene un donoso origen. Es a saber, que cada cocotero de la selva que a Bombay rodea, tiene adosado a él un *pumpkin* hueco, o corteza de fruta a manera de escudilla. Gotea en ésta la savia del árbol, la que, después que ha fermentado, se convierte en ese brebaje embriagador conocido por el nombre de *toddy* en el país. Los desnudos *toddys wallahs*, que suelen ser portugueses mestizos, con su modesta sarta de corales, trepan como ardillas hasta troncos que miden a veces 150 pies de altura para recoger el brebaje dos veces por día. Los cuervos, que suelen construir sus nidos en lo más alto de los cocotereros, beben también en los abiertos *pumkins*, y de aquí la crónica embriaguez de estos pájaros y su graznido continuo.

Tan pronto como salimos al jardín de nuestra morada, multitud de aquellos cuervos se descolgaron pesadamente de los árboles vecinos, haciendo, al caer, un ruido indescriptible, y diríase que tenían ellos algo de humanos en las actitudes astutas y extrañas que tomaban aquellos pajarracos borrachos, y que, mientras así nos examinaban de pies a cabeza, brillaban sus ojuelos con fulgores verdaderamente diabólicos.

Los tres modestos *bungalows* que ocupábamos no parecían sino nidos de verdura, con sus techos literalmente sepultados, bajo rosales floridos de veinte pies de altura, y con sus ventanas, quienes, en lugar de cristales, se cerraban con marcos de blanca muselina. Nos hallábamos, sin duda, en la verdadera y genuina India, por cuanto nuestra vivienda se hallaba emplazada en la parte indígena de Bombay. Vivíamos, digo, en la India efectiva, no al modo de los ingleses, quienes siguen allí viviendo en Inglaterra, rodeados a corta distancia por la auténtica India, y merced a nuestra situación estábamos en

óptimas condiciones para observar el carácter y costumbres del país; estudiar sus leyendas, religiones, supersticiones y ritualismos: en una palabra, vivir entre hindúes.

Todo es fantástico, original, inquietante, en el país del majestuoso elefante; de la cobra venenosa; del fracasado misionero inglés y del astuto tigre. Todo allí parece extraordinario, inesperado, maravilloso, aun para quien haya viajado por Turquía, Palestina, Damasco y Egipto. Los reinos animal y vegetal de aquellas comarcas tropicales difieren, efectivamente, en sus formas de cuanto estamos habituados a contemplar en Europa.

Ved, sino, esas mujeres atravesar, camino de una fuente, cruzando a través de un jardín que, no obstante ser propiedad particular, está, sin embargo, franco a todo el mundo, dado que unas vacas pacen en él. ¿Qué tiene en sí de extraño el encontrarse con mujeres, ver vacas y admirar un jardín? Nada, desde luego, mas una consideración más atenta, es suficiente para demostrar la enorme diferencia, que media entre la Europa y la India. En parte alguna, como en esta última, experimenta el hombre una sensación más perfecta respecto de su propia insignificancia. La exuberancia tropical es tal, que nuestros árboles más corpulentos y altos parecerían enanos comparados con los banyans y en especial con las palmeras. Una vaca europea tomaría a su congénere indostánica por modesta ternerilla, negando hasta el parentesco con ella, porque ni su pelaje de tinte de rata, ni sus rectos cuernos análogos a los del macho cabrío y encorvados hacia atrás, serían para otra cosa. Respecto de las mujeres, ellas son capaces de entusiasmar a cualquier artista, por sus vestiduras, cuanto por la gracia gentil de sus movimientos, y, no obstante, ninguna corpulenta, blanca y sonrosada Ana Ivanowena descendería a saludarla, ni a mirarla siquiera... ¡Qué vergüenza, Dios santo; la mujer está completamente desnuda!

Semejante concepto de desprecio hacia la pobre mujer hindú, en la opinión de la mujer rusa moderna, refleja en sí el aserto de un distinguido viajero ruso, “el pecador siervo de Dios, Athanasio, hijo de Nikita de Tver”, como él se denomina, y quien, en 1470, describe así la India: “Sus habitantes están desnudos, llevan el pelo en trenzas y jamás se cubren la cabeza. Cada año tienen las mujeres un niño, y tanto ellas como sus esposos son negros. Un velo llevan en torno de la cabeza sus príncipes, y con otro velo se envuelven las piernas. Las gentes nobiliarias llevan, ellos un velo en el hombro, y ellas en torno de los riñones; pero todos caminan con los pies desnudos, y las mujeres andan con el pelo suelto y desnudo el pecho. Niños y muchachas nunca se cubren sus vergüenzas hasta que tienen siete años...” Esta descripción es exacta, pero sólo es aplicable a las más inferiores e indigentes, las que, efectivamente, sólo se cubren con un velo, tan pobre a veces que no es sino un harapo. Sin embargo, ni a la mujer más infeliz le faltan nunca una pieza de diez varas de muselina para envolver su cuerpo, y uno de cuyos extremos hace el papel de una enagua corta, y con el otro, cuando van por la calle, se cubren hombros y cabeza, si bien dejando siempre la cara descubierta. No se hallaría mujer decente alguna, en cambio, que consintiera en llevar calzado. Los zapatos son la insignia y distintivo de las mujeres desacreditadas, y cuando, hace algún tiempo, la esposa de cierto gobernador de Madrás, proyectó el que se obligase a las mujeres del país a cubrirse el pecho, a poco si no estalla una revolución, ya que únicamente las danzarinas gastan una especie de chaquetilla. El Gobierno vióse forzado a reconocer que no era prudente el exasperar a las mujeres, más peligrosas a veces que los hombres,

y aquella costumbre, basada en una ley del Código del Manú y sancionada por un uso de tres mil años, permaneció inmutable y respetada.

Más de dos años antes de que dejásemos el suelo de Norteamérica veníamos manteniendo correspondencia con un sapientísimo brahmán, que actualmente (1879) es una legítima gloria en toda la India. Bajo su dirección habíamos venido para estudiar el antiguo país de los *arias*, sus *Vedas* y su lengua. Llámase el sabio el swami Dayanand Saraswati. *Swamis* se dice a los anacoretas iniciados en muchos misterios de la Naturaleza y del Hombre, misterios que yacen impenetrables para el común de los mortales. Son ellos monjes ascetas, que jamás se casan, y absolutamente distintos de esotras fraternidades mendicantes llamadas de los *Hossein* y de los *Sannyâsis*. Este pandit es un perfecto enigma para todo el mundo, y está considerado como el mayor sanscritista de toda la India. Hasta hace unos cinco años había vivido solitario, aislado de todo en una espesa selva, al modo de los antiguos gimnosofistas que mencionan los clásicos griegos y latinos, apareciendo de nuevo en el mundo como adalid de las más heroicas empresas. Después de su voluntario aislamiento, estaba a la sazón estudiando los principales sistemas filosóficos de la “Arya–vartta”, y el significado oculto de los *Vedas*, auxiliado por otros místicos y anacoretas.

Todos los hindúes, en efecto, creen que en las Montañas de Bhadrinath, que se alzan hasta veintidós mil pies sobre el nivel del mar, existen grutas espaciosas, habitadas desde hace muchos miles de años por estos santos anacoretas. Bhadrinath tiene a sus pies al río Bishegunj, al norte del Indostán, y es célebre por su templo de Vhisnú, situado en el corazón de la ciudad. Dentro del templo hay manantiales termales minero–medicinales, visitados anualmente por unos cincuenta mil peregrinos, que van a purificarse y a buscar la salud en ellos.

Tan luego como apareció en público Dayanand Saraswati, causó una sensación inmensa, y mereció bien pronto por sus atrevimientos el nombre de “el Lutero de la India”. Vagando de una en otra población, tan pronto en el Norte como en el Sur, y trasladándose de un extremo a otro del país con celeridad increíble, él ha visitado toda la India, desde Bombay a Calcuta y del Cabo Comorín a los Himalayas, predicando la *Deidad Una y Única*, y probando, con las *Vedas* en la mano, que en las más antiguas escrituras no hay ni una sola palabra que pueda justificar el actual politeísmo. El gran orador sagrado lucha con todo su poder contra las castas, contra el casamiento de los niños, y contra todo linaje, en fin, de supersticiones, lanzando rayos y truenos contra la idolatría. Pero sus más formidables arremetidas las guarda contra los brahmanes, a quienes culpa de haber fomentado todos los males incrustados en la India por siglos y más siglos de casuística interpretación de los *Vedas*, y acusándoles públicamente de ser los únicos culpables del estado de abyecta humillación en la que yace el país, país antaño grande e independiente y hoy esclavizado y envilecido. No obstante tan atrevidas predicaciones, la Gran Bretaña tiene en él un aliado y no un enemigo, por cuanto suele decir a todos los que quieren oírle: “Si expulsáis a los ingleses, inmediatamente después, vosotros, yo y todo aquel que se alce contra el culto de los ídolos, seremos degollados cual pobres corderillos. Los musulmanes son más fuertes que los idólatras; pero los idólatras son más fuertes que nosotros”.

El pandit Dayanand ha sostenido formidables disputas con los brahmanes, esos traidores enemigos del pueblo, saliendo victorioso casi siempre. En Benarés llegaron

hasta a reclutar asesinos para matarle en secreto, pero la intentona fracasó. En una pequeña ciudad de Bengala, donde fustigase sin piedad al fetichismo, un fanático soltó una enorme cobra contra sus desnudos pies. Conviene advertir previamente que hay dos serpientes diferentes, deificadas por la Mitología brahmánica: la que rodea el cuello de los ídolos de Shiva, llamada Vasuki, y la otra, Ananta, que forma el lecho de Vishnú. Así, el adorador de Shiva, completamente seguro de que su cobra, como adiestrada ya de antaño para los misterios de una pagoda shivaíta, daría prontamente fin del culpable, exclamó, triunfal, al tiempo que arrojaba la cobra contra el asceta:

–¡Que el mismo dios Vasuki demuestre quién de los dos tiene razón!

–Que lo haga cuando guste– respondió Dayanand con la más impasible serenidad.

Y sacudiendo de sí la cobra, que ya se enroscaba a su pierna, con un solo movimiento lleno de energía, aplastó la cabeza del funesto reptil, añadiendo:

–Vuestro dios ha estado demasiado torpe y lento; yo soy, pues, quien ha decidido la disputa.

Y, como si nada hubiese pasado, terminó diciendo:

–Ya podéis anunciar al mundo cuán fácilmente perecen los falsos dioses.

Merced a su absoluto conocimiento del sánscrito, el pandit no sólo presta inmenso auxilio a las masas, aclarando su ignorancia respecto al evidente monoteísmo de los *Vedas*, sino que le proporciona, si cabe, aun mayor a la Ciencia, poniendo de relieve y de manifiesto quiénes son efectivamente los brahmanes, única casta de la India que, durante luengos siglos, ha tenido el derecho exclusivo de estudiar los *Vedas* y de comentarios, haciéndolo siempre tan sólo para su propio engrandecimiento explotador.

Antes, mucho antes de que orientalistas tales como Burnouf, Colebrooke y Max Müller se ocupasen del asunto, muchos reformadores indostánicos han tratado de probar el purísimo monoteísmo de las doctrinas védicas, y hasta ha habido fundadores de nuevas religiones que llegaron a negar las revelaciones de dichas Escrituras, tales como el Rajá Ram Mohum Roy, y después de él, Babú Keshub Chunder Sen, ambos bengaleses, de Calcuta. Ninguno de ellos, sin embargo, pudo lograr éxito, sino añadir el nombre de una nueva secta más a las innumerables que pululan por la India. Ram Mohum Roy murió en Inglaterra sin haber casi nada hecho; y en cuanto a Keshub Chunder Sen, después de fundar la de *Brahma Samaj*, la cual profesa una religión extraída de las profundidades de la propia imaginación de Babu, se hizo un exaltado místico, y, como solemos decir en Rusia, es hoy “mera cereza del mismo huerto”, al igual de los espiritistas, por quienes está considerado como un gran médium, y como el Swedenborg de Calcuta, pasando su tiempo en sucia piscina, proclamándose el profeta de sus gentes y ejecutando una danza mística vestido de mujer, en atención, dice, “a la mujer diosa”, designación que aplica al par, a “su madre, su padre y su hermano primogénito”.

En suma: que todo cuanto hasta aquí se ha intentado para restablecer el puro monoteísmo primitivo de la Ario-India ha sido un ruidoso fracaso, al chocar contra la doble roca del Brahmanismo y de los prejuicios de tantos y tantos siglos de existencia. Mas he aquí que se muestra de improviso Dayanand, respecto de quien ni aun sus discípulos predilectos saben ni quién es ni de dónde viene, ya que él confiesa

únicamente ante las multitudes a quienes subyuga que el nombre aquel bajo el cual es conocido no es el propio suyo, sino el que le fué dado por su Maestro al recibir la iniciación de verdadero Yogui.

Patanjali fué el fundador de la mística escuela Yoga, uno de los seis sistemas filosóficos de la India primitiva. Supónese que todos los filósofos neoplatónicos o gnósticos de la segunda y tercera escuela de Alejandría fueron discípulos de los yoguis indos, y es tradicional el creer que su teurgia fué importada por Pitágoras de la India. Aun se encuentran cientos de yoguis en esta última que practican la yoga de Patanjali, y que aseguran estar, mediante ella, en inefable comunicación con el propio Brahma; pero es lo cierto que la mayor parte de ellos son mendigos profesionales, vagos de solemnidad e inconmensurables embaucadores, que explotan las ansias milagreras del populacho indígena. Los yoguis verdaderos evitan cuanto pueden el mostrarse en público, reclusos, como casi siempre lo están, y consagrados a perpetuo estudio, no presentándose sino cuando tienen una misión especial que cumplir en el mundo, cual acaeciera a Dayanand, porque Dayanand es el sanscritista más profundo que ha conocido la India; el metafísico más abstruso; el orador más maravilloso y el más osado fustigador de los errores y vicios que se ha conocido desde los tiempos de Sankarâchârya, el fundador de la filosofía Vedanta, sistema a su vez que es corona de toda la enseñanza panteísta, y la más metafísica de todas las escuelas indas.

La prestancia de Dayanand, por otra parte, es sencillamente magnífica. Su estatura es gigantesca; de pálida tez, más europea que inda; grandes y fulgurantes ojos y luengo pelo canoso, porque conviene saber que los verdaderos yoguis o *dikshatas* (iniciados) no se cortan jamás el pelo ni la barba. Su voz clara y sonora matiza a maravilla toda la gamma de los sentimientos, desde el dulce y acariciador balbuceo infantil hasta la tonante ira contra las perfidias y falsedades de los sacerdotes, conjunto que produce mágico e indescriptible efecto en la tan impresionable imaginación de los hindúes. Así que doquiera se muestra Dayanand, las multitudes se le postran en el polvo, besando sus huellas; pero, bien a diferencia del babú Keshub Chunder Sen, no les enseña una nueva religión inventando dogmas nuevos, y sólo les preconiza la necesidad de volver a los olvidados estudios sánscritos, y que pongan en parangón las santas enseñanzas de sus mayores con las falsificaciones y degradaciones brahmánicas, retornando a la purísima concepción de la Deidad que enseñaron los primievales rishis Agni, Vayu, Aditya y Anghira, patriarcas sublimes que diesen los *Vedas* a la pobre Humanidad. Y ni siquiera pretende Dayanand que los mismos *Vedas* sean una revelación del cielo, sino que enseña únicamente que “cada palabra de estas Escrituras responde a la Inspiración más elevada que le es dable recibir al hombre de la tierra, inspiración mil veces repetida en la historia de la Humanidad, y que tantas veces como es necesario surge en cualquier país.”

El swami Dayanand, en meros cinco años de predicaciones estupendas, hizo unos dos millones de prosélitos, principalmente entre las altas clases, y, a juzgar por todas las apariencias, ellos están prontos a sacrificar por él sus almas, sus vidas, y lo que les es con frecuencia más estimado que la vida misma, o sea sus bienes materiales. Dayanand, como verdadero yogui, jamás toca dinero alguno con sus manos y hasta desprecia estas cuestiones ínfimas, contentándose por todo alimento con unos cuantos puñados de arroz cada día, sobriedad ante la cual uno casi llega a pensar que acaso lleva una como encantada vida, en vista, además, de su serenidad pasmosa ante el torrente desatado de

las pasiones humanas más inferiores que despierta, y que tan peligrosas suelen ser en la India. Una marmórea estatua no permanecería más impasible que él ante las irritadas muchedumbres de fanáticos, y una vez pudimos verle en acción; despidió, en efecto, a todos sus fieles secuaces, prohibiéndoles que velasen sobre él ni menos que le defendiesen, y se quedó solo, frente por frente de una multitud furibunda, mirando impasible al monstruo colectivo que parecía dispuesto a lanzarse sobre él y despedazarle.

Llegados aquí nos conviene dar una breve explicación. Hace varios años que se constituyó en Nueva York una Sociedad de personas enérgicas e instruidas, a quienes cierto sabio de sutil ingenio hubo de denominar *Sociedad de los descontentos del espiritismo*. Los fundadores de ella, eran gentes que admitían la realidad de los fenómenos espiritistas, cual creían en la posibilidad de cien otros fenómenos naturales, negando, no obstante, la llamada “teoría de los espíritus”. Consideraba, en suma, que la moderna filosofía espiritista se encontraba en los primeros grados no más de desenvolvimiento, sin haber penetrado en la verdadera naturaleza espiritual y psíquica del hombre y rechazando, al igual de lo que hacer suelen las gentes llamadas científicas, todo cuanto no pueda ser explicado y abarcado por sus teorías particularistas.

No bien surgió semejante agrupación, que se diese a conocer al mundo como *Sociedad teosófica*, norteamericanos muy instruidos se adhirieron a ella. No quiere esto decir que sus miembros no diferían entre sí en la apreciación de muchos problemas, al modo de cualquier otra Sociedad de las que existen por el mundo: Sociedades geográficas o arqueológicas que entablan controversias, durante muchos años, acerca de las verdaderas fuentes del Nilo, o de la interpretación que deba darse a los jeroglíficos egipcios, aunque los primeros estén de acuerdo en cuanto a admitir que, pues el Nilo tiene agua, forzosamente han de encontrarse en alguna parte sus fuentes. Igual sucede con los múltiples fenómenos del magnetismo del espiritismo, que aún esperan al Champollión que haya de esclarecerlos. Pero la piedra-clave de Roseta no había, no, que buscarla en Europa ni en América, sino en los remotos países donde todavía se admite la existencia de la Magia, donde los sacerdotes indígenas salen a maravilla por día, y donde el frío hábito del positivismo materialista de la ciencia no ha llegado aún, es decir, en el Oriente.

No ignoraba, en efecto, el Consejo de la Sociedad que los lamas budhistas, verbigracia, aunque negaban la inmortalidad del alma y no creía en Dios tampoco, se han hecho célebres por “fenómenos” los más extraordinarios; que el magnetismo animal era conocido y practicado en China a la continua desde tiempo inmemorial, bajo la denominación de *Gina* o *Jina*, y que en la misma India temen y odian hasta el nombre de esos espíritus a quienes tan profundamente parecen venerar nuestros espiritistas, no obstante lo cual, muchos fakires ignorantes pueden ejecutar “milagros” capaces de dar al traste con todas las nociones acariciadas por los científicos, cuanto para exasperar a los más hábiles prestidigitadores europeos.

Muchos individuos de dicha Sociedad Teosófica han visitado la India; muchos han nacido en la India misma y han presenciado, por sí propios, las brujerías de los brahmanes y los fundadores de aquella agrupación, convencidos de cuán crasísima es la ignorancia moderna respecto del hombre espiritual, anhelaban que se aplicase a los problemas metafísicos ese mismo método comparativo, que tan buen fruto le diese a Cuvier en Anatomía. Con ello los métodos inductivo y deductivo usados por Occidente pasarían de las regiones físicas al mundo genuino de la psiquis. “De otro modo –decían– la Psicología quedará estancada y hasta constituirá una rémora de las demás ciencias de la Naturaleza”. Y no han faltado tampoco ocasiones en las que la Fisiología occidental ha merodeado y cazado furtivamente en los campos de los conocimientos puramente abstractos y metafísicos, fingiendo al par ignorar por completo estos últimos, y pretendiendo, en vano, clasificar la Psicología entre las llamadas “Ciencias positivas”, no sin arrancarla previamente al lecho de Procrusto, donde hoy yace, aunque vengándose con negar sus secretos a tan groseros atormentadores.

Añadamos que, en poco tiempo, la repetida Sociedad llegó a contar sus individuos, no por cientos, sino por miles, pues que en ella ingresaron bien pronto todos los “descontentos” del espiritismo americano, en un tiempo en el que había en América hasta doce millones de espiritistas. Otras *ramas* de aquel tronco brotaron en Londres, Corfú, Australia, España, Cuba, California, etc., y en cuantas partes se hacían nuevos experimentos, se afirmaba la creencia de que los fenómenos en cuestión no eran causados únicamente por los espíritus. Después se fundaron también otras ramas en la India y en Ceilán. Los miembros budhistas y brahmanes llegaron en ellas a ser más numerosos que los europeos. Se formó una Liga internacional y añadióse al nombre de la Sociedad el subtítulo de “La Fraternidad Humana”. Después de una cordial y activa correspondencia entre la Sociedad Teosófica y la Arya–Samaj, fundada por el swami Dayanand, se fusionaron entre ambas asociaciones, y entonces el Consejo Supremo de la rama de Nueva York decidió enviar una delegación especial a la India para estudiar sobre el terreno la antiquísima lengua en que se escribiesen los *Vedas*, cuanto los manuscritos y fenomenología del yoguismo. El día 17 de Diciembre de 1878, la Delegación, compuesta de dos secretarios y dos miembros del Consejo de la Sociedad Teosófica, salió de Nueva York, deteniéndose unos días en Londres, y prosiguiendo después a Bombay, donde desembarcó en Febrero de 1879.

Todo cuanto antecede, ¡jay!, escribióse hace algún tiempo. Desde entonces el swami Dayanand ha cambiado por completo de actitud hacia nosotros. Hoy es un enemigo personal de la Sociedad Teosófica, cuanto de sus dos fundadores, el coronel Olcott y la autora de estas cartas. Parece ser que al aliarse ofensiva y defensivamente con nuestra Sociedad, abrigaba secretos propósitos de que todos sus individuos cristianos, brahmanes y budhistas, reconocieran su supremacía y se hiciesen miembros así de su Arya–Samaj. Inútil es añadir que semejante propósito era imposible, ya que la Sociedad Teosófica se basa en la más completa fraternidad y en la no ingerencia en las respectivas creencias religiosas de sus individuos. La tolerancia recíproca es su alma y su base, dentro de su objetivo puramente filosófico e investigador. Semejante cosa no convenía a Dayanand y pretendía que todos los miembros teósofos se convirtiesen en sus discípulos o, de lo contrario, fuesen expulsados de la Sociedad, no es dudoso que ni el Presidente ni el Consejo podían allanarse a semejante pretensión. Los ingleses y los norteamericanos, tanto cristianos como librepensadores, los budhistas y,

especialmente, los brahmanes, se rebelaron contra Dayanand, pidiendo unánimes la ruptura de la alianza.

No obstante, todo esto no acaeció sino en tiempos después. En la época a que me refiero éramos todos los amigos, y los aliados del swami, y supimos con gran placer que el “mela” de Hardwar que iba a visitar, se celebraba cada doce años y era una especie de feria religiosa que servía de punto de reunión a los más ilustres representantes de todas las numerosas sectas que en la India existen. Celébranse públicas controversias acerca de todos los puntos religiosos y se leen por los contrincantes las más sabias tesis y disertaciones. Aquel año la reunión de Hardwar era excepcionalmente numerosa. Sólo los sannyâsis o monjes mendicantes de la India sumaban 35.000, y el cólera, previsto por el swami, se declaró efectivamente. Como aún faltaba bastante tiempo para aquella Asamblea, le consagramos a visitar Bombay con todo detenimiento.

La Torre del Silencio, en las cumbres del Malabar–Hill, es la última morada donde descansan los hijos de Zoroastro. En semejante cementerio parsi, sus muertos, sin distinción entre hombres y mujeres, ricos y pobres, son puestos en fila, no quedando de ellos en pocos minutos sino los esqueletos. Las Torres del Silencio, llamadas así por el que en ellas ha reinado durante siglos, causan la más desoladora impresión en el ánimo del extranjero y existen doquiera que habitan los parsis. La más grande de las seis torres con que cuenta Bombay, fué construida hace doscientos cincuenta años, y la más pequeña hace muy poco tiempo.

Dichas Torres del Silencio, con raras excepciones, son de forma cuadrada o redonda, de veinte a cuarenta pies de altura, sin puertas ni techumbre; con una sola entrada de hierro hacia el Este, y tan pequeña que unos matorrales la recubren. El primer cadáver que se lleve a una *dakhma* o torre nueva ha de ser el de un niño o el de un *mobed* o sacerdote. A nadie, ni aun al vigilante principal, se le permite aproximarse a más de treinta pasos de estas torres. Solamente a los *nassesalares*, o portadores de los muertos les es permitido entrar y salir en ellas, pero la vida que ellos llevan es aún más miserable que la del propio verdugo europeo, pues que, apartados de todo contacto humano, yacen en el aislamiento más abyecto. Prohibido, como les está, el ir a los mercados, tienen precisión de buscarse el alimento por los medios más inverosímiles. Nacen, se casan y mueren sin relación alguna con los demás seres del mundo, a excepción de los suyos, y sólo cruzan las calles para incautarse de los muertos y llevarlos a la torre.

Hasta su vecindad es considerada como impura. Al entrar en la torre con el cadáver, que sea el que hubiese sido su rango social, va cubierto con blancos harapos, lo desnudan y lo colocan silenciosamente en una de las tres filas que vamos a describir. Luego, con idéntico mutismo salen, cierran la puerta y queman los harapos.

Entre los adoradores del fuego, la muerte se ve despojada de toda su imponente majestad, siendo sólo objeto de repugnancia. Cuando la última hora del enfermo se aproxima, todos abandonan la estancia mortuoria, tanto para no crear obstáculos con su presencia a la salida del alma del cuerpo, como para no contaminarse el vivo con el contacto del muerto. Únicamente el sacerdote permanece un rato con el moribundo, y después de recitar en su oído el *ashem–vohu*, el *yato–ahavarie* y otros pasajes del Zend–Avesta, abandona la habitación antes de que el moribundo abandone su cuerpo. En seguida traen un perro, poniéndole cara a cara con aquél, ceremonia denominada *sas–did* o sea de “la mirada del perro”, y esto se hace porque el perro es el único ser

viviente a quien el *druj-nassu*, o demonio, teme, pues le impide tomar posesión del cadáver. Al efecto se tiene gran cuidado de que no se interponga la sombra de nadie entre el moribundo y el perro, porque toda la fuerza de la mirada del perro se perdería y el diablo no desaprovecharía tamaña ocasión. Después, el cadáver es dejado en el punto en que la vida le abandonó, hasta que los *nassesalares* aparecen con los brazos envueltos en viejos sacos para llevárselo al *dakhma*, depositándole en un féretro de hierro, que es el mismo para todos. Si por acaso acontece que alguno tenido por muerto vuelve en sí, los *nassesalares* tienen la misión de matarle, pues todo aquel que ha sido contaminado por el contacto de los cadáveres del *dakhma*, ha perdido, *ipso facto*, todo derecho de volver entre los vivos, porque, al hacerlo, contaminaría a toda la vecindad. Como parece ser que se han repetido muchas veces los casos de muerte aparente, se está tratando ahora de que los parsis acepten una nueva ley que permita a los infelices *ex cadáveres* el poder volver a habitar entre sus gentes, obligándose a los *nassesalares* a que dejen abierta la única puerta del *dakhma*, de suerte que puedan hallar un medio de escapar. Dícese, a este propósito, que los buitres devoran al punto los cadáveres, pero que jamás tocan a los aparentemente muertos, sino que, antes bien, huyen de ellos, dando pavorosos graznidos. Después de la postrera oración pronunciada a distancia por el sacerdote, tornase a la ceremonia primera de “la mirada del perro”, con uno de estos animalitos educados al efecto, que nunca falta en las Torres del Silencio. Por último, se introduce el cadáver en ella, colocándosele en la fila que por edad, sexo y condición le corresponde.

Por dos veces hemos presenciado la ceremonia de los moribundos y una vez la del entierro, si cabe aquí emplear tan incongruente término, porque en este punto los parsis son más tolerantes que los hindúes, quienes se ofenden con la presencia sola de un europeo en sus ceremonias religiosas. N. Bayranji, principal encargado de la torre, nos invitó a presenciar el entierro de una mujer de buena posición. Así, sentados tranquilamente en la terraza de nuestro bondadoso huésped, pudimos verlo todo a distancia de unos cuarenta pasos. Mientras que el perro miraba con gran fijeza la cara de la muerta, nosotros contemplábamos con igual intensidad, pero con indecible repugnancia, la enorme bandada de buitres que se cernía sobre la torre, donde descendían luego llevándose entre las garras y el pico pedazos de carne humana.

Los buitres de los *dakhmas* han sido expresamente importados de Persia, porque los buitres indos resultan ser demasiado débiles y no lo bastante carniceros para ejecutar el proceso de la monda de los esqueletos con toda la rapidez prescrita por Zoroastro, operación, se nos dijo, que dura apenas unos minutos. Cuando se hubo concluido la ceremonia, pudimos estudiar en otro edificio un modelo completo de una Torre del Silencio, representándonos así lo que ocurre en las verdaderas. En éstas hay en el centro un profundo pozo sin agua, cubierto por un enrejado como la boca de una alcantarilla, y alrededor del sumidero aquel, unos receptáculos en forma de nichos para recibir los cadáveres. Los nichos son en número de 365, en tres filas, de las cuales la primera y más pequeña es para los niños; la segunda para las mujeres, y la tercera para los varones. Dicho triple círculo es el emblema de las tres virtudes cardinales zoroastrianas: pensamientos puros, palabras puras y obras buenas. Los buitres dejan mondados los esqueletos en menos de una hora; en dos o tres semanas el sol tropical calcina las osamentas hasta reducirlas a un estado de fragilidad tal, que el más leve soplo de viento basta para reducirlas a polvo y sepultar el polvo en el pozo, sin que haya mal olor

alguno, ni temor, por tanto, a pestes o epidemias, cosa que no sabemos hasta qué punto no será ello preferible a la cremación, que deja en el aire, alrededor del *ghat*, un cierto olor, aunque ligero, desagradable. El *ghat* es un sitio a orillas del mar o de un río, donde los hindúes incineran a sus muertos. Así, en lugar de alimentar a la “húmeda Madre-Tierra”, la antigua deidad eslava, con podredumbre, los parsis dan a *Armasti* polvo puro. *Armasti* significa literalmente *la Vaca nutridora*, y Zoroastro enseña que el cultivo de la tierra es la tarea más noble a los ojos de Dios, por lo cual este culto es sacrosanto entre los parsis, quienes toman toda clase de precauciones, las más inverosímiles, para no contaminar a *la Vaca nutridora* que les da “cien dorados granos por uno”. En la época en que soplan los monzones, en cuyos cuatro meses cae incesantemente la lluvia, ella lava y arrastra hasta el sumidero todo cuanto dejan los buitres, y este agua se filtra después por las paredes del pozo, cuyo fondo está cubierto, además, de carbón vegetal y de finísima arena.

La visita al *Pinjarapala* es mucho menos desagradable y hasta entretenida. El *Pinjarapala* es el hospital de Bombay para animales decrepitos, hospital que existe siempre en toda ciudad que cuente con *jainos*. La religión *Jaina* es una de las más antiguas e interesantes de toda la India, muy anterior al Buddhismo, que comenzó del año 543 al 477, antes de nuestra Era. Los jainos se jactan de que el Buddhismo no es sino una mera herejía del Jainismo, habiendo sido Gautama, el fundador de aquella religión, un discípulo y sectario de un gran *Gurú* o Maestro jaino. Las costumbres, ritos y concepciones filosóficas de los jainos son intermediarias entre las de los brahmanes y los budhistas. Desde el punto de vista de la organización social, se parecen a los primeros; pero en orden a religión se acercan más a estos últimos. Sus divisiones de casta, su total abstinencia de carne, su resistencia a rendir culto a estatuas ni reliquias, son tan estrictamente observadas por ellos como por los mismos brahmanes; pero, al igual de los budhistas, niegan a los dioses del panteón hindú y la propia autoridad de *Los Vedas*, adorando a los veinticuatro Tirthankaras o Jinas, jefes de la Hueste de los Bienaventurados, lo que constituye su culto característico. Sus sacerdotes, como los de los budhistas, permanecen célibes; viven en *vihâras* aislados, solitarios, y eligen sucesores indiferentemente entre los de cualquier clase social.

Según los jainos, el único lenguaje sagrado es el *pákrityo*, que es el usado en su literatura religiosa, así como los budhistas ceilaneses. Jainos y budhistas tienen idéntica cronología legendaria. No comen después de puesto el sol y quitan con minucioso esmero hasta el polvo del asiento en que van a posarse, para no aplastar al insecto más ínfimo. Ambos sistemas, o más bien escuelas de filosofía Jaina y budhista, enseñan la teoría de átomos eternos e indestructibles, al tenor de la teoría atómica de Kanâda, y aseguran que el Cosmos ni tuvo principio ni tendrá fin. “El universo entero no es sino *Maya* o ilusión”, dicen a una los vedantinos, budhistas y jainos; pero, mientras que los secuaces de Sankarâchârya predicán sobre Parabrahm— la Divinidad sin voluntad, entendimiento ni acción por ser Entendimiento, Mente y Voluntad absolutas—y sobre Ishwara, que de Él emana, los jainos y budhistas no creen en creador alguno del mundo, sino que enseñan tan sólo la existencia de *Swabhawat*, un principio de la Naturaleza, o Substancia Primordial de formación espontánea, plástica e infinita. Sin embargo, al igual de todas las sectas indas, el jaino cree en la transmigración de las almas, o sea en la Metempsicosis, y de aquí su temor de matar a cualquier animal, hasta el insecto más ínfimo, porque con ello acaso priva de la vida a un verdadero antepasado

suyo. Por eso también su respeto hacia toda criatura viviente, por las que desarrolla un amor y una solicitud increíbles. No sólo hay en cualquier ciudad, por ínfima que sea, un hospital–sanatorio para animales enfermos, sino que sus sacerdotes llevan siempre una especie de bufanda de muselina, a fin de no destruir al más ínfimo mosquito de los que en el aire pululan. Análogo temor les hace no beber sino agua filtrada. Varios millones de jainos, en fin, están repartidos por Bombay, el Gujerat, Konkan y algunos otros sitios.

El Pinjarapala de Bombay ocupa un barrio entero de la ciudad y está distribuido entre prados, jardines y patios con abrevaderos, jaulas para fieras y cercados para animales domesticados. Una institución, en suma, que bien pudiera haber servido como modelo al Arca de Noé. En el primero de los patios no vimos animales, sino centenares de espectros humanos: ancianos, mujeres y niños. Eran los indígenas que restaban de los “distritos del hambre”, caídos sobre Bombay como mendigos. Así, al par que pocas yardas más allá los veis o curanderos oficiales estaban ocupados con la tarea de vendar las rotas patas de un chacal; en derramar aceite caliente sobre los ulcerados lomos de perros sarnosos, y en ajustar muletas a cigüeñas lisiadas, muchos seres humanos se morían de hambre allí mismo.

Por dicha de aquellos famélicos seres humanos, había a la sazón menos animales asilados que de ordinario, y así, eran alimentados con los residuos miserables de las bestias allí recogidas, y no me cabe duda alguna de que no pocos de aquellos infelices caídos habrían consentido gustosos en transmigrar instantáneamente a los cuerpos de animales que así terminaban su carrera terrestre tan mimosamente atendidos.

Pero ni aun las rosas de Pinjarapala carecen de espinas. Las *personalidades* granívoras no podían desear nada mejor, por supuesto; pero me permito dudar de que fieras cual los tigres, leones, hienas y lobos se encuentren satisfechos con semejante régimen dietético como el que se les impone allí. Los mismos jainos rechazan con repugnancia el pescado y los huevos. Por consiguiente, cuantos animales disfrutaban de sus solícitos cuidados tienen que hacerse vegetarianos. Estábamos presentes cuando dieron de comer a un tigre herido por una bala inglesa. Olfateó con displicencia la sopa de arroz que le presentaron, sacudió la cola con desagrado, gruñó, enseñándonos sus dientes amarillentos, y con un débil rugido se apartó de la comida. En cambio, ¡qué mirada tan oblicua y significativa lanzó sobre su guardián, que trataba con dulzura de persuadirle a que probase la sabrosa sopa! Sólo los fuertes barrotes de la prisión salvaron al jaino de otra más vigorosa protesta por parte de aquel veterano de la selva. Una hiena, con la cabeza sangrando y una oreja medio deshecha, principió por sentarse sobre la artesa llena de aquella salsa espartana, y después, sin más ceremonia, la volcó, como para demostrar su olímpico desprecio hacia tamaña porquería para sus carniceros gustos. Los perros y lobos lanzaban aullidos tan lastimeros, que atrajeron al fin la atención de dos amigos inseparables: un viejo elefante con una pata de palo y un buey con un ojo enfermo; los verdaderos e inseparables Cástor y Pólux de la institución. Conforme a su noble naturaleza, el primer pensamiento del elefante fué para su amigo: rodeó con su trompa el cuello del buey, cual brindándole protección, y ambos mugieron débilmente. Toda una alada tribu de loros, cigüeñas, palomas y flamencos se refocilaba con su almuerzo. Los monos fueron los primeros en responder a la llamada del guardián, con gozo extraordinario. Más allá nos mostraron a un *santo* hombre que estaba alimentando insectos con su propia sangre. Yacía tendido en el suelo y con los ojos cerrados

recibiendo de lleno los caliginosos rayos del sol, cubierto de todo género de hormigas, moscas, mosquitos y chinches.

–Ellos son todos hermanos nuestros –observó con gran dulzura el guarda–. ¿Cómo vosotros, los europeos, podéis matarlos y hasta devorarlos?

–¿Qué haríais, pues, vos –interroguéle–, si tratase de morderos esa terrible serpiente? ¿La mataríais si ella os diese tiempo?

–¡Por nada del mundo! –respondió–. La cogería con cuidado y la pondría en libertad en algún paraje desierto, fuera de la ciudad.

–¿Y si os mordiese?

–Recitaría tranquilo un *mantram*, y si ello no producía el debido efecto, me resignaría a la ley del Destino y dejaría este cuerpo cambiándole por otro.

Tal fué la contestación de un hombre hasta cierto punto educado e instruido, y cuando le opusimos que ninguno de los dones de la Naturaleza carece del debido objetivo, y que el hombre, por ejemplo, tenía cuatro caninos carnívoros, nos replicó citando capítulos enteros de la *Teoría de la selección natural y de los Orígenes de las especies*, de Darwin:

–Es falso que el hombre en sus orígenes tuviese dientes caninos –repuso–. Ello vino después, a medida que la Humanidad fué cayendo más y más. Cuando el instinto carnicero principió a desarrollarse, las mandíbulas humanas cambiaron de forma para adaptarse a las nuevas necesidades.

No pude menos de preguntarme entonces aquello de: “où la science va-t-elle se fourrer?”.

Aquella noche se dió en el Teatro de Elphinstone una función especial “en honor de la *Misión Americana*”, como aquí nos dicen. Una compañía de actores del país representaron en Gujerate el viejo drama mitológico del *Sita-Rama*, inspirado en el *Râmâyana* del poeta épico Valmiki. El drama consta de catorce actos y de innumerables cuadros de gran tramoya escénica. Los papeles femeninos, según uso, fueron ejecutados por muchachos. Los actores, al tenor de la costumbre tradicional, estaban descalzos y medio desnudos. La fastuosidad de los vestidos y la profusión y riqueza de los adornos y de las mutaciones escénicas eran realmente extraordinarios, maravillosos. Aun en los mismos escenarios de los grandes teatros de ópera no habría podido ofrecerse una representación más fidedigna de los ejércitos de Rama, tropas de monos al mando del gran Hanumân, el soldado-poeta y estadista, el dios dramaturgo tan celebrado en la historia de toda la India. El *Hanumân-Natak*, el drama mejor y más antiguo de la India, se atribuye a este nuestro talentado y siniestro antecesor.

Pasaron, ¡ay!, los felices tiempos en que orgullosos nosotros de nuestra blanca piel, la que después de todo no es, acaso, sino el resultado de una decoloración bajo un cielo septentrional, considerábamos a los hindúes y a otros “negros” con un desprecio olímpico, adecuado a nuestra propia magnificencia, y, a no dudarlo, el compasivo Sir William Jones habrá sentido pena al traducir del sánscrito sentencias tan humillantes para nuestro orgullo como estas: “Dícese que Hanumân es el antepasado de los europeos”. Pudo muy bien Rama, como semidiós y héroe que él era, desposar a todos

los célibes de su poderoso ejército de monos con las hijas de los *Rākshasas*, fuertes gigantes de Lanka o Ceilán, y dotar con los frutos de estas bellezas dravidianas a todas las comarcas de Occidente. Tras las más pomposas ceremonias matrimoniales, los monos–soldados construyeron un puente con sus propias colas, desembarcando felizmente en Europa con sus esposas, y viviendo allí felices, rodeados de numerosa prole, que hoy, al cabo de los siglos, no somos sino nosotros los europeos. Las palabras dravidianas que se han encontrado en el vascuence, por ejemplo, han llenado de placer el corazón de los brahmanes, quienes, gustosos, habrían ascendido a los filólogos que tal descubriesen al cargo de efectivos semidioses, al ver por ellos confirmada su antigua leyenda. Darwin, sin embargo, fué quien sancionó tal aserto con el poder de la autoridad de su educación y sabiduría occidentales. Los hindúes se convencieron entonces de que somos los verdaderos, los auténticos descendientes de Hanumân, y que hasta nuestros primitivos rabos podrían ser identificados merced a un examen cuidadoso y atento. Hablando, en efecto, seriamente, ¿qué es lo que tenemos que oponer nosotros una vez que un hombre tan excelso como Darwin admite esta hipótesis, de la antiquísima sabiduría de los arios venida? Sometámonos, pues, dócilmente a la verdad, y tengamos por antepasado, de una vez para siempre, al poeta, héroe y hasta semidiós de Hanumân, mejor que a cualquier otro mono que carezca de cola.

El *Sita–Rama* es algo así como las tragedias de Esquilo, y pertenece a la categoría de dramas mitológicos. Viendo representarse esta producción de la más remota antigüedad, los espectadores se sienten transportados a los días en que los dioses bajaban a la tierra para tomar activa parte en todos los asuntos de los mortales. Nada hay en ella que recuerde al teatro moderno, no obstante ser una misma la representación del espectáculo. De lo sublime a lo ridículo se ha dicho con razón que no hay más que un paso. El macho cabrío ofrecido en holocausto a Baco, dió nacimiento a la tragedia (Tra7goç údh). La mano del tiempo y de la civilización han ido pulimentando y modificando los tristes balidos y agónicos topetazos de aquellas víctimas cuadrúpedas de la antigüedad, y como fruto de esta labor admiramos hoy el ahogado lamento de Raquel en el papel de Adriana Lecouvreur y el horroroso “pataleo” realista de la Croisette moderna en la escena del envenenamiento de *The Sphinx*. Pero los hindúes, afortunadamente para los arqueólogos y anticuarios, no han dado ni un paso siquiera desde los tiempos de nuestro muy venerable predecesor Hanumân, mientras que los descendientes de Temístocles, ya estén activos, ya libres, reciben alborozados todos los pretendidos cambios y mejoras introducidos por el gusto moderno, imaginándose que son una edición corregida y aumentada del genio de Esquilo.

Con la más anhelante curiosidad aguardábamos la representación del *Sita–Rama*. A excepción nuestra y de la construcción del edificio, todo lo demás era indígena genuino, sin que nada nos hiciese recordar a Occidente. No había ni rastro de orquesta, y la música brotaba como del escenario o detrás del mismo. Alzóse el telón, al fin, en medio del más religioso y absoluto silencio de aquella enorme multitud de espectadores. Como Rama es una de las encarnaciones de Vishnú, y la mayor parte de los espectadores eran adoradores de este dios, el espectáculo no era, en modo alguno, una mera representación teatral, sino la celebración de un Misterio religioso que ofrecía a sus ojos la vida y las hazañas de sus deidades más veneradas y favoritas.

El prólogo del *Sita-Rama* se desarrollaba en época anterior a la Creación —ningún autor dramático podía atreverse a elegir otra más antigua—, es decir, que tenía lugar antes de la manifestación del último Universo, porque conviene advertir que para todas las sectas de la India, excepto para la musulmana, el Universo ha existido siempre. Los hindúes llaman a las sucesivas manifestaciones y desapariciones del Universo, respectivamente, días y noches de Brahmâ. Estas últimas, en las que el Universo objetivo se retira, son denominadas *Pralayas*, y los días, o las épocas del nuevo despertar del Universo a la vida y a la luz, son llamados yugas, *Manvantaras* o centurias y manifestaciones de los dioses. También son denominados los Manvantaras y Pralayas, expiraciones y aspiraciones de Brahmâ. Cuando toca ya a su fin la noche de un *pralaya*, Brahmâ despierta y con él despierta también su Cuerpo, que es el Universo, que durante el pralaya reposase en el Seno de la Divinidad, o sea que yaciese reabsorbido en su esencia subjetiva, para de nuevo emanar más tarde del Principio Divino haciéndose objetivo. Con Brahmâ, los dioses todos que muriesen o durmiesen al mismo tiempo que el Universo, retornan lentamente a la vida. Sólo el INVISIBLE, el INFINITO, el SIN VIDA, el *Uno-Único*¹ que es en sí mismo la *Vida Incondicionada* originaria yace rodeado de un caos sin límites. Su santa PRESENCIA no es visible y sólo se muestra en el periódico latido o pulsación del caos, representada por una obscura masa de agua que llena todo el escenario. Tales aguas aún no han sido separadas de la tierra seca, porque Brahmâ, el espíritu creador de *Narâyana*, el “Agitador de las Aguas”, todavía no ha surgido del seno del SIEMPRE INMUTABLE. Viene luego, una fuerte e intensa agitación o vibración en toda aquella informe masa; las aguas comienzan a adquirir luminosa transparencia, y a través de ellas cruzan, resplandecientes ya, los fúlgidos rayos del HUEVO DE ORO del fondo, huevo que recibe la vida del espíritu de Narâyana hasta que germina y se rompe, surgiendo de él Brahmâ, quien pronto se eleva en forma de divino *Loto* colosal hasta la misma superficie de las aguas genesíacas. Aparecen luego tenues y transparentes nubes, cual hilos de tela de araña: después ellas se condensan gradualmente transformándose en los diez Prajâpatis o Poderes creadores, personificación de Brahmâ, el Dios de todo cuanto alienta, palpita y vive, y cantan un himno de alabanza a su creador. Semejante uniforme melodía, no acompañada por orquesta alguna, tiene una poética e infalsificable sencillez para nuestros oídos, no hechos todavía a ella.

La hora de la revivificación general ha sonado. Es separado el firmamento de las aguas y en él van apareciendo sucesivamente los *asuras*, y los *gandharvas*, los cantores y los músicos celestes. Entonces Indra, Yama, Varuna y Kuvera, o sea los espíritus que presiden a los cuatro puntos cardinales y a los cuatro elementos de *agua, fuego, tierra y aire* forman los átomos de los cuales resurge la serpiente *Ananta*. El monstruo flota sobre las olas, y doblando su cuello de cisne forma un lecho en el cual se reclina Vishnú, la propia y genuina *Diosa de la Belleza*. —¡Swatha!, ¡Swatha!, ¡Swatha!— exclama el coro celeste saludando a tamaña deidad... En los oficios religiosos de la Iglesia rusa esto se pronuncia también: ¡Swiat!, ¡Swiat!, ¡Swiat!, que significa ¡Santo!, ¡Santo!, ¡Santo!

En uno de sus futuros *Avatâras*, Vishnú reencarnará en Râma, el hijo de un poderoso rey, y Lakshmî, a su vez, se transformará en Sîtâ. Todo el asunto del *Râmâyana* es

¹ Véanse los comentarios a la primera Estancia del *Dzyan* en el tomo I de *La Doctrina Secreta*.

cantado en pocas palabras por los músicos celestes, y Kâma, el Dios del Amor, cobija a la divina pareja, la cual, a su vez, enciende una doble llama en sus corazones, de la cual es entonces creado el mundo nuestro.

Después se van representando los sucesivos catorce actos del drama, que es bien conocido de todos, y en el que toman parte algunos centenares de personajes. Al final del prólogo todos los dioses se van presentando unos tras otros y dando sus respectivos argumentos, y el epílogo de toda la representación, acogiéndose siempre a la indulgencia de los espectadores. Diríase entonces como que todas las infinitas deidades de mármol y granito dejando sus templos y pintadas con colores humanos venían a evocar en las mentes de los circunstantes los más antiguos y olvidados sucesos.

Sólo éramos allí cuatro los representantes de Europa: los demás que llenaban la amplia sala eran todos indígenas. Los ostentosos vestidos de las mujeres, lechos de flores parecían, y aquí y allá, entre hermosas cabezas bronceadas, destacábanse las lindas y melancólicas caras blancas de las mujeres parsis, cuya belleza hacíanme recordar las de las circasianas. Las mujeres ocupaban las primeras filas, y es muy fácil conocer en la India la respectiva religión, casta y secta de sus individuos, y hasta si una mujer es soltera o casada, al tenor de las marcas de pintados colores que llevan sobre sus frentes.

Desde los días aciagos en que Alejandro el Magno destruyó los libros sagrados de los *gebars* o *güebros*, éstos han sido constantemente oprimidos por los idólatras. El rey Ardeshir–Babechan restauró el culto del Fuego en los años 229 a 243 de nuestra era. Luego volvieron a ser perseguidos por los Shakpurs o Sasánidas, no se puede puntualizar bien si por el segundo, el noveno o el undécimo rey de la dinastía. No obstante, se asegura que uno de estos sasánidas fué gran protector de la doctrina de Zoroastro. Con las persecuciones que siguieron a la caída de Yesdejird, los adoradores del Fuego emigraron a la isla de Ormasd, y habiendo encontrado allí más tarde un libro de profecías de Zoroastro, marcharon hacia el Indostán en obediencia a una de ellas. Después de un largo y triste éxodo, aparecieron hace unos mil o mil doscientos años en el territorio del *Maharana–jayadeva*, de Champanir, vasallo del rey de la Rajaputana, quien les permitió establecerse en el país, a condición de que renunciasen a sus armas y la lengua persa, cambiándola por la hindú, y que sus mujeres dejaran su traje nacional, vistiendo como las mujeres hindúes. Sin embargo, les permitió usar calzado, dado que ello está estrictamente prescrito por Zoroastro. Desde entonces se han verificado bien pocos cambios. De aquí que las mujeres parsis se distingan de sus congéneres las hindas por ligeras diferencias. Las caras casi blancas de las primeras estaban separadas por una tira de alisado pelo negro, de una especie de gorro blanco, todo cubierto por un brillante velo. Las mujeres hindúes, en cambio, llevaban descubierto su rico y reluciente pelo, retorcido en una especie de moño griego. Sus frentes estaban brillantemente pintadas y en sus narices lucían grandes anillos de oro. Unas y otras son aficionadas a los colores de brillo uniforme, llevan *saris*, y cubren sus brazos hasta el hombro con *bangles*.

Detrás de las mujeres se agitaba en el patio del teatro todo un mar de maravillosos turbantes. Había *rajputs* de largos cabellos y de luengas barbas partidas, de facciones griegas perfectas y sus cabezas cubiertas por el *pagrí*, o sean más de veinte yardas de finísima muselina blanca y adornadas con pulseras, pendientes y brazaletes. Veíanse asimismo brahmanes mahratas con sus cabezas afeitadas, de las que colgaba un largo mechón o trenza, y cuyos turbantes eran de vivísimo color escarlata, con una especie de

dorado cuerno de la abundancia hacia la frente; bangas, con tricornos de malla; kachhis, con cascos romanos; bhillis, fronterizos del Rajatán, que se diría padecer dolor de muelas, a juzgar por las tres vueltas de sus turbantes en torno de sus mejillas; babús y bengalís de Calcuta, llevando descubierta siempre la cabeza, con sus cabelleras cortadas según el gusto griego, y sus cuerpos moldeados bajo los pliegues de la romana y blanca toga viril, cual la de los senadores de la Ciudad–Eterna; parris, de negras mitras de hule; místicos sikhs monoteístas, secuaces de Nanaka, de turbantes análogos a los de los sikhs, aunque con el cabello largo llegándoles a la cintura; cientos, en fin, de tribus heteróclitas e indescriptibles.

Aunque nos propusimos enumerar los múltiples y raros tocados que sólo pueden verse en Bombay, hubimos de renunciar a tan impracticable tarea al cabo de quince días. Cada secta, casta, profesión y gremio; cada una de las innumerables divisiones de la jerarquía social, tiene un turbante típico, resplandeciente de oro y pedrería, salvo en los casos de luto. En compensación de ello, hasta los mercaderes enriquecidos, los concejales del Municipio y los rai–bahadurs que han sido favorecidos con títulos nobiliarios por el Gobierno, van siempre descalzos, luciendo sus piernas desnudas hasta el muslo, y su vestidura no es sino una especie de camión informe y blanco.

Algunos entre los *gaikwares* o príncipes de Baroda apacientan aún en sus establos raras jirafas y elefantes, aunque el empleo de los primeros está terminantemente prohibido en la ciudad de Bombay. No obstante, pudimos contemplar a ministros y hasta rajás cabalgando sobre estos nobles cuadrúpedos, mascando a dos carrillos su *pansupari* u hojas de betel, sin que apenas pudiesen sostener sus cabezas inclinadas bajo el peso de la pedrería de sus turbantes y manos y pies cuajados de áureas joyas. Aquella noche no vimos, naturalmente, ni jirafas ni elefantes, pero sí ministros y rajás, y honraba nuestro palco el representante y tutor del Mahârâvana de Oodeypore. Era, al par, *rajá* y doctor o *pandit*, y se llamaba Mohunlal–Vishnulal–Pandia. Su indumentaria consistía en un pequeño turbante rojo cuajado de diamantes; calzones de seda–barej asimismo rojos y un blanco manto de gasa. Su cabello de ébano ocultaba a medias un cuello de color de ámbar orlado por un collar que habría enloquecido de codicia a cualquier beldad parisiense. No hay que decir que el pobre rajput se moría de sueño, pero se mantenía gallardo en heroico cumplimiento de su deber oficial, tirándose filosóficamente de las barbas a lo largo del metafísico laberinto del Ramayanashita; gracias que en los entreactos nos ofrecieron café, helados y cigarros que nos estaba permitido fumar durante la representación en nuestros cómodos asientos de primera fila, cubiertos como ídolos por flores y guirnaldas, mientras el director, un alto hindú envuelto en ligera muselina nos aspergiaba de cuando en cuando con agua de rosas.

La representación, que había dado comienzo a las ocho de la noche, aún iba a las dos y media de la madrugada por el acto noveno, y el calor era insoportable; a pesar de que cada uno de nosotros tenía detrás un *punkah–wallah* o abanico–ventilador. Llegados así al límite de nuestras resistencias físicas tratamos de retirarnos, excusándonos, lo que determinó una general perturbación de los actores, como del público; el aéreo carro triunfal en el que Sîtâ es arrebatada por el malvado rey Râvana detúvose en el espacio; el rey de los Nâgas o *serpientes* cesó de vomitar llamas; los monos guerreros permanecieron inmóviles sobre los árboles de la escena, y el mismo Râma, de vestidura azul–claro y con corona en forma de minúscula pagoda adelantóse hacia las candelillas y endilgó un discurso en correctísimo inglés en el que nos daba rendidas gracias por el

Por las Grutas y Selvas del Indostán

honor otorgado con nuestra presencia. Echáronnos seguidamente nuevos ramos de flores y nuevas aspersiones de agua de rosas, y al fin pudimos vernos en casa a eso de las cuatro de la mañana. Al otro día nos dijeron que la función no había terminado hasta las seis y media.

II

EN CAMINO HACIA KARLI

Se deslizan las primeras horas de una mañana de los últimos días de Marzo. La suave brisa acaricia las soñolientas caras de los viajeros y el perfume embriagador de las tuberosas se mezcla con el ambiente acre de la hospedería.

Multitud de mujeres brahmánicas, majestuosas, esculturales y de desnudos pies, se encaminan al pozo, cual la Raquel bíblica, con sus cántaros de cobre, que refulgen como oro sobre sus cabezas. En las múltiples piscinas sagradas del camino ejecutan sus abluciones matutinas los hindúes de ambos sexos. junto a las bardas de un huerto, un ganso picotea la cabeza de una cobra y mira gozosa su agonía mientras que el cuerpo del reptil la sacude en sus convulsiones postreras. Al lado hállase un *mâli*, o jardinero desnudo, que hace su ofrenda de betel y de sal a un deforme ídolo de Shiva, para desarmar la cólera del “Dios Destructor”, por la muerte de su serpiente favorita. Pasos más acá de la estación del ferrocarril contemplamos una modestísima procesión católica formada por un puñado de parias recién convertidos y algunos portugueses indígenas. En la litera, bajo un dosel, balanceábase una imagen de la Madona con un anillo en la nariz y llevando en sus brazos al santo niño con turbante rojo brahmánico y pijamas amarillas por vestido. –¡Hari, hari, devaki! (¡Gloria a la Santa Virgen!)– exclamaban los noveles conversos, incapaces de establecer, en su inconsciencia, la línea diferencial entre la Madona católica y Devakî, la madre de Krishna. Excluidos aquellos parias de todo templo brahmánico por no pertenecer a ninguna de las castas hindúes, suelen ser admitidos en las pagodas cristianas gracias a los *padris*, nombre derivado del *padre* portugués y que es aplicado indistintamente a los misioneros de toda secta europea.

Nuestros *gharis* o carretas de dos ruedas arrastradas por una pareja de bueyes, llegaron, por fin, a la estación. Los empleados indígenas quedaron con la boca abierta al apercibir unas caras de blancos cruzando la ciudad en dorados carromatos hindúes. Ignoran, sin duda, que nosotros, americanos, hemos venido a estudiar sobre el terreno mismo, no a la Europa, sino a la India.

Cuando el viajero extiende su vista por la orilla frontera al puerto de Bombay lo primero que advierte es una masa de obscuro azul alzada como una muralla entre él y el horizonte. Es Parbul, montaña de aplastada cumbre a 2.250 pies de elevación. Su falda derecha muestra dos escarpadas rocas exornadas de bosque: la más alta de éstas, Matarán, es el objetivo de nuestro viaje y desde Bombay a Narel, que es la estación situada al pie de la roca, habremos de viajar durante cuatro horas por ferrocarril, aun cuando en línea recta no sea la distancia de más de doce millas. La vía férrea contornea, en efecto, las más deliciosas colinas, deja atrás docenas de bellísimos lagos y atraviesa por más de veinte túneles perforados en el corazón mismo de la roca.

Cinco amigos hindúes iban en nuestra compañía. Dos de ellos procedían de la casta superior, pero habían sido expulsados de su pagoda por avenirse a tratar con nosotros,

extranjeros malditos. Otros dos, indígenas, con los que mantuviésemos correspondencia largos años, se incorporaron a nosotros en la estación. Los cuatro pertenecían ya a nuestra sociedad, como reformadores que aspiraban a constituir una nueva India, rivales eternos de los brahmanes, de sus castas y sus demás prejuicios, que nos acompañaban para concurrir, en unión nuestra, a la gran feria de las fiestas del templo de Karli, deteniéndose, al paso, en Matarán y Khanduli. Uno de ellos era un brahman de Poona; otro, un *moodeliar* o propietario rural de Madrás; el tercero, un zingalés de Kegalla; el cuarto, un zemindar bengalés, y el quinto, un rajput gigantesco, de mucho tiempo antes conocido nuestro: Gulab–Lal–Sing, o Gulab–Sing como solíamos llamarle. Merece especialísima mención este último porque acerca de su insigne personalidad circulaban las leyendas más extrañas. Decíase de él por muy cierto, que era un raja–yoga, un efectivo Iniciado en los misterios de la magia, la alquimia y otras ciencias ocultas hindúes. Rico e independiente, jamás se cebó en él la pública maledicencia, dado que, aunque poseía a maravilla tales ciencias y poderes, nunca hizo alarde de ellos en público, ocultando sus pasmosos conocimientos, excepto a un círculo muy reducido de amigos.

Érase Gulab–Sing, añadimos, un takur independiente del Rajistán, palabra que significa literalmente “el país de los reyes”, y todos los takures, casi sin excepción, están deputados como descendientes directos de Sûrya (el Sol), por lo que se los denomina Sûrya–vansa. Arrogantes como ninguno, tienen el proverbio de que “el cieno de la tierra empañar no puede los rayos divinos del Sol”. No miran con desprecio a secta alguna, excepto a los brahmanes, y honran únicamente a sus bardos, cantores de sus glorias guerreras. De ellos ha escrito el coronel Tod que “la magnificencia y esplendores de las cortes rajaputanas en los albores de la Historia fueron sencillamente maravillosos, aun descontadas las poéticas hipérboles de sus bardos, cantores de sus hazañas. Sabido es que la India septentrional ha sido siempre una comarca riquísima, y ella fué, sin disputa, la más poderosa satrapía de Darío”.

Aparte de todo esto, el país fué siempre pródigo de los más extraordinarios sucesos, que dieron tema a las historias más peregrinas. Cada ínfimo reino del Rajistán cuenta con unas Termópilas, y cada pueblecito ha dado su Leónidas. El velo de los siglos, no obstante, solapa y roba al mundo que después ha seguido, tales sucesos, que el historiador no ha legado a la admiración de los hombres. Sonmath pasaría así como una rival de Delfos: los tesoros inauditos de Hind habrían eclipsado a las fabulosas riquezas del rey de Lidia, y asimismo los ejércitos de Jerjes, al lado de los de los hermanos pandús habría remedado a un mero puñado de hombres, merecedor de figurar tan sólo en segunda línea.

Como Inglaterra ha tenido la deferencia de no desarmar a los rajaputs, cual hiciera con las demás nacionalidades de la India, Gulab–Sing vino rodeado por una verdadera cohorte de vasallos y escuderos. No hay que decir por todo esto, que el takur, gran conocedor de las antigüedades de su patria y poseedor de un inagotable arsenal de leyendas, resultó el más elevado e interesante de nuestros compañeros de viaje.

–Allá, hacia el límite del horizonte, se divisa el majestuoso Bhao Mallín. Su solitaria cima fué antaño la morada de un santo eremita y hoy es visitada anualmente por millares de peregrinos, porque, al decir de las gentes, acaecen allí las más extrañas cosas. En la cresta de la montaña, a dos mil pies sobre el nivel del mar, hállase el

asiento de una fortaleza, y detrás se alza otro peñasco de doscientos setenta pies con las ruinas de otra fortaleza o castillo mucho más antiguo, donde se refugió durante setenta y cinco años dicho santo. Cómo o de dónde obtenía él el alimento será siempre un misterio: créese por algunos que comía plantas silvestres; pero allí, en verdad, no existe vegetación alguna sobre la pelada mole roquera. No hay modo de escalar esta roca tajada a pico, como no sea trepando por una cuerda y apoyándose en los agujeros del talud apenas mayores que para entrar en ellos los dedos de los pies. Deputaríase, pues, la ascensión allí como reservada a monos y a acróbatas, si la devoción no proporcionase alas a los hindúes para allí subir, sin que se haya registrado, sin embargo, accidente alguno nunca. En cambio, una partida de turistas ingleses a quienes se les ocurrió la desgraciada idea de querer subir para explorar las ruinas, fué lanzada al abismo por una racha de viento levantado de improviso. Ante tamaña catástrofe, el general Dickinson dió órdenes para que fueran inhabilitados todos los medios de acceso a la altura superior y la inferior, causa un tiempo de tantas desgracias, y hoy se encuentra desierta, sirviendo sólo de morada a águilas y tigres.

Mientras le escuchábamos embobados, yo pensaba en cómo cambian los tiempos y cuán enorme es la diferencia entre los modernos y los antiguos.

—¡Es el Kaliyuga!— exclamaban los viejos hindúes de la comitiva, con sombría desesperación, al oírme—. ¿Quién pudo nunca ir contra la negra y tenebrosa Edad?

Este fatalismo fundado en la certidumbre de que nada bueno puede ahora esperarse y que ni el propio dios Shiva auxiliarles puede contra aquélla, yace hondamente arraigado en las mentes de la generación vieja. De los jóvenes no hay que hablar, pues todos reciben su educación en colegios y universidades, donde, si bien aprenden casi de memoria a Heriberto Spencer, a Juan Stuard Mill, a Darwin y a los filósofos alemanes, pierden toda fe, tanto en su propia religión cuanto en todas las demás del mundo. Los jóvenes hindúes *educados*, son, casi sin excepción, profundos materialistas, y a veces llegan a los más increíbles límites del ateísmo. Rara vez anhelan nada mejor que el honor de “adjuntos del oficial mayor”, como decimos en Rusia, o bien degeneran en parásitos y serviles aduladores de sus actuales amos, y lo que es peor aún y más repugnante, editan periódicos atiborrados de liberalismo de oropel que acaban siempre siendo órganos revolucionarios.

Mas esto es transitorio, sin duda. El presente, comparado con el misterioso y sublime pasado de la India, la grandiosa y antigua Âryâvarta, no es sino el negro fondo de un brillante cuadro: el mal inevitable en el desarrollo cíclico de todo país. La India está caduca, abrumada bajo el peso de sus glorias, destrozada e inerte; pero el fragmento más ínfimo de ella constituirá siempre un preciado tesoro para el arqueólogo como para el artista, y el curso natural de los tiempos proporcionará más de una clave perdida al psicólogo y al filósofo. El arzobispo Heber, relatando sus expediciones por el país, llegó a decir que “los antiguos hindúes edificaban sus obras como titanes y las remataban como joyeros”, y al describir el Taj-Mahal de Agra, esa novena maravilla del mundo, la denomina “un poema en mármol”. Añadir pudo el prelado que en la India es imposible hallar la ruina más insignificante que no nos hable con mucha mayor elocuencia que cien volúmenes acerca del glorioso pasado de la India, sus anhelos religiosos, sus creencias y sus esperanzas.

País alguno de la antigüedad, ni siquiera el Egipto de los faraones, ha traducido como la India los ideales del espíritu en formas objetivas con más gráfica mano y maestría más artística. El panteísmo entero de la *Vedânta* se halla comprendido en el símbolo bisexual de la diosa Ardhanârî. Rodeada ésta por el doble triángulo o sello salomónico, denominado en la India *el signo de Vishnú*, yacen a sus pies un león, un toro y un águila. En sus manos brilla la luna llena que ríela sobre las aguas de sus pies. La *Vedânta*, en efecto, ha enseñado durante millares de años lo que sólo comenzaron a enseñar algunos filósofos alemanes a fines del siglo XVIII y principios del XIX, o sea que todas las cosas del mundo objetivo, igual que este mundo mismo, son mera ilusión; pura Mâyâ, vagos fantasmas creados por nuestra imaginación, pero desprovistos de más realidad que la que tener pueda el reflejo de la luz de la luna reflejándose sobre las aguas. El mundo fenomenal, igual que nuestras ideas acerca de nuestro verdadero *Yo*, son tan sólo una reflexión, una sombra de cosas más excelsas. Por eso el sabio verdadero jamás se deja engañar por tales apariencias ilusorias. Él sabe harto bien que ningún hombre alcanzará el verdadero conocimiento, ni se identificará con su supremo Ego, sino después que sus elementos personales inferiores se sumerjan en el gran Todo, convirtiéndose así en un Brahma inmutable, universal, infinito. De aquí que miren al ciclo del nacimiento, de la vida y de la muerte como algo que es producto simplemente de la ilusión imaginativa.

En términos generales, la filosofía hindú, ramificada como lo está en multitud de enseñanzas metafísicas, posee, cuando no se aparta de los cánones ontológicos de su tradición, una lógica tan severa, tan acabada, y una psicología tan maravillosamente perfecta y refinada, que merecería figurar a la cabeza de cuantas escuelas antiguas y modernas, idealistas o positivistas se han sucedido después, y hasta eclipsarlas. El positivismo de un Lewis, que pone los pelos de punta a cualquier teólogo de Oxford, es un juego de chicos comparado con la escuela atomística de Vaisheshika, con su mundo encasillado cual tablero de ajedrez, en seis categorías de átomos eternos, nueve substancias, veinticuatro cualidades y cinco mociones. Por increíbles que parecer puedan de ser encerradas estas ideas abstractas, idealistas, panteístas o materialistas en símbolos adecuados y alegóricos, la India, no obstante, ha conseguido hacerlo, sea cualquiera su enseñanza. Todas, todas las ha encuadrado e inmortalizado en sus feos ídolos de cuádruple faz; en la complicada planta geométrica de sus templos y hasta en las extrañas líneas y manchones de color de las frentes de sus respectivos sectarios.

Departíamos amigablemente acerca de todas estas cosas con nuestros buenos compañeros de viaje hindúes, cuando penetró en nuestro departamento un *padre* católico, uno de los profesores del colegio de jesuitas de San Francisco Javier, en Bombay. Incapaz de contenerse durante mucho tiempo, se mezcló, al fin, en nuestra conversación. Restregándose las manos, sonriente, dijo que sentía gran curiosidad por saber con qué clase de sofismas podrían encontrar nuestros compañeros algo que se pareciese a una explicación filosófica acerca de las cuatro caras del deforme ídolo de Shiva coronado de serpientes, que se veía a la entrada de una pagoda.

—Muy sencillo —replicó el babú bengalés—. Esas cuatro caras miran hacia los respectivos cuatro puntos cardinales: Norte, Sur, Este y Oeste, pero las cuatro no son sino un cuerpo y pertenecen a un dios.

–Pero –objetó el *padre*–, ¿podríais explicarnos antes la idea filosófica a la que responden las cuatro caras dichas y las ocho manos de vuestro Shiva?

–Con mucho gusto. Como creemos que nuestro excelso Rudra (el nombre védico asignado a esta deidad) es omnipresente, le representamos con la cara vuelta a la vez en todas direcciones. Sus ocho manos revelan su omnipotencia, y su cuerpo, a su vez, nos expresa que es Uno, no obstante hallarse en todas partes, sin que nadie pueda escapar a su mirada que todo lo ve, ni tampoco a su mano justiciera.

Iba a replicar el *padre*, pero el tren se detuvo. Acabábamos de llegar a Narel.

No hace veinticinco años que la planta de un blanco holló por vez primera la cumbre del Matarán, enorme conglomerado roquizo de cristalina masa. Aunque cercano a Bombay y no muy distante tampoco de Khandala, residencia veraniega de los europeos, las enhiestas cumbres del gigante fueron tenidas por largo tiempo como inaccesibles.

Por la parte del Norte, su talud liso y casi vertical se alza a 2.450 pies sobre las aguas del río Pen, y más arriba, las innumerables rocas aisladas y colinas se pierden entre las nubes, cubiertas de espesa vegetación y surcadas por valles y gargantas. En 1854, la vía férrea atravesó uno de los contrafuertes del Matarán, y hoy llegan al pie de la última montaña, deteniéndose en Narel, donde, hasta hace poco, sólo se veía un precipicio horripilante. Desde Narel a la meseta superior sólo median ocho millas, que pueden ser recorridas a caballo o en palanquín, abierto o cerrado, según se prefiera.

Como llegábamos a Narel a las seis de la tarde, semejante expedición no parecía demasiado tentadora. La civilización ha conseguido grandes triunfos sobre aquella naturaleza inerte, pero, no obstante su poderío, aún no ha triunfado de las serpientes y los tigres. Han sido éstos desterrados, sin duda, a selvas muy lejanas; pero las serpientes de todas clases, especialmente las cobras y culebras de coral, habitantes predilectos de los árboles, abundan todavía como antaño en las frondas del Matarán, manteniendo una campaña de guerrillas con los hombres invasores. ¡Desgraciado el peatón y hasta el jinete que acierte a pasar bajo el árbol desde cuyas ramas acecha la serpiente–coral! Aunque las cobras y otros reptiles rara vez acometen al hombre, como no se las pise, esta otra clase de *guerrilleros* acechan pacientemente a sus víctimas, y tan pronto como la cabeza de un viajero pasa bajo la rama que alberga al ofidio, éste se lanza al espacio, colgando cuan largo es, y clava sus colmillos en la frente de su víctima. Este curioso hecho fué deputado como fabuloso, pero ya ha sido debidamente comprobado e incorporado a la Historia Natural del país. En casos tales los indígenas ven en la venenosa serpiente al emisario de la Muerte: al ejecutor de la voluntad de Kâli, la diosa sanguinaria esposa de Shiva.

La tarde que siguió a aquel caliginoso día resultó deliciosa, invitándonos a gozar de su frescura, aun a trueque de detenernos en nuestro camino. Diríase que en medio de aquella naturaleza prodigiosa se sentía la necesidad de romper los pesados lazos que nos ligan a la tierra e identificarnos con aquella oleada de vida, como si hasta la misma muerte tuviese sus encantos en la India.

Además, a las ocho iba a salir la luna, y tres horas más de ascensión hacia aquella especie de monolito, en medio de la claridad de aquella soberbia noche tropical capaz de poner a prueba el pincel del mejor artista, valía la pena de un sacrificio, y, dicho sea de paso, entre los pocos pintores capaces de trasladar fielmente al lienzo el encanto sutil

de una noche de luna en la India, la opinión pública comenzaba a señalar a nuestro propio compañero V. V. Vereshtchagin.

Después que comimos precipitadamente en la terraza de la mansión de parada, reclamamos nuestras literas, y echándonos casi sobre los ojos sus toldos, semejantes a medianos techos, continuamos nuestro viaje. Ocho *coolies*, o cargadores, apenas vestidos como con hojas de parra, tomaron en sus fuertes brazos cada una de las literas y arrancaron montaña arriba lanzando esos gritos o alaridos *sui géneris* de los que ningún hindú de su clase prescinde. Cada equipo de coolíes contaba con otros ocho individuos de relevo. Éramos, pues, en junto, unos sesenta y cuatro, sin contar a los hindúes que nos acompañaban y a sus servidores. Un verdadero ejército capaz de espantar a cualquier extraviado tigre o leopardo del bosque y a cualquiera otra clase de animales, excepto a los monos, nuestros amantísimos y atrevidos primos por línea directa, desde Hanumân, nuestro bisabuelo común. No bien nos internamos en una espesura de junto a la montaña, estos amables parientes se incorporaron en gran número a la comitiva.

Conviene no olvidar que, gracias a las épicas proezas de aquel aliado de Râma, todo mono es sagrado en la India. El Gobierno, por su parte, imitando la primitiva sabiduría de la *East India Company*, ha prohibido terminantemente que se los moleste lo más mínimo, no sólo cuando se hallen en los bosques, que son su natural morada, sino hasta cuando asaltan los jardines de la ciudad. Así, que la banda de monos hubo de seguirnos todo el camino, charlotteando como loros, saltando de rama en rama y haciéndonos muecas formidables, cual otros tantos duendes nocturnos. Otras veces, colgando de los árboles, parecían, bajo los rayos de la luna llena, cual ninfas de la selva de la mitología rusa. En ocasiones nos aguardaban en las curvas del camino, cual si trataran de mostrárnosle solícitos. En una palabra, que no nos abandonaron ni un momento. Un mono niño cayó en mi falda, y al momento su tierna madre, saltando sin miramiento alguno sobre los hombros de los coolíes, voló a recogerle, y, después de hacerme su más fea mueca, echó a correr con él.

—Los *bandras* (monos) traen la buena suerte con su presencia—observó uno de los hindúes, cual si tratara de consolarme por la pérdida de mi arrugado toldo—. Además—añadió—, el encontrarles aquí nos indica que en diez millas a la redonda no hay ni un solo tigre.

A medida que remontábamos más y más por la empinada y tortuosa senda, la selva se tornaba más sombría, más densa y más impenetrable. Alguno de sus rincones era tan tenebroso como una tumba. Al cruzar bajo los *banyans* seculares resultaba imposible distinguir los propios dedos de la mano a dos pulgadas de distancia, y era grande la extrañeza que me embargaba, pensando que cada vez iba a ser menos posible el avanzar sin un previo tanteo del camino; pero los coolíes jamás titubearon ni dieron el menor paso en falso; antes bien, cada vez parecían marchar más de prisa. Por una especie de convenio tácito, ninguno de nosotros hablaba una palabra, envueltos como nos hallábamos en aquel tupido velo de tinieblas, y sólo se oía la entrecortada respiración de los coolíes y sus rápidas cuanto cadenciosas pisadas sobre el pedregoso suelo.

Al sentirlos jadear experimentábase una como vergüenza de pertenecer a esa especie humana, una parte de la cual hace de la otra verdaderas bestias de carga, y cuenta que semejantes infelices reciben por su trabajo cuatro *annas* diarios. ¡Cuatro *annas* por

caminar ocho millas cuesta arriba y otras tantas cuesta abajo, dos veces por día nada menos; en junto, 32 millas, subiendo y bajando una montaña de 1.500 pies de altura bajo un peso de doscientas libras! No obstante toda razón en contrario, tal es el salario de aquéllos, porque en la India, donde todo está regido por costumbres inveteradas, tal es el estipendio asignado a todas las labores serviles.

A medida que avanzamos, los espacios descubiertos y las explanadas y cañadas eran cada vez más frecuentes, reinando en ellos una luz que parecía de día. Millares de cigarras esparcían por aquellos ámbitos su chirrido metálico y grandes bandadas de loros se precipitaban de un lado para otro, y alguna vez, hacia el fondo de los precipicios erizados de maleza resonaba el atronador y prolongado rugido de los tigres. Los *shikaris* nos aseguraron que cuando la noche está en calma, los bramidos de estas bestias pueden ser oídos a distancia hasta de muchas millas. El panorama, a la luz de las bengalas cambiaba a cada revuelta del camino. Ríos, bosques, rocas y praderas se extendían ya a nuestros pies hasta la remota lontananza, agitándose e irisándose bajo los plateados rayos lunares cual si reflejasen en un espejo. El archifantástico conjunto aquel nos embobaba haciéndonos hasta contener el aliento. Sentíamos ya el vértigo al contemplar tamaños precipicios a la luz vacilante de la luna, y un americano, compañero nuestro, vióse precisado a desmontar de su cabalgadura temeroso de no poder resistir la atracción del abismo.

En alguna ocasión cruzaron a nuestro lado peatones solitarios, hombres y mujeres jóvenes que descendían del Matarán, camino de sus viviendas, después de un largo día de trabajo. A veces acontece que tales infelices no retornan a ellas. La Policía se limita a anunciar que la persona así desaparecida ha muerto víctima de una serpiente o de un tigre, y pronto no queda de ella ni el recuerdo. ¡Una persona de más o de menos entre los doscientos cuarenta millones de habitantes de la India no puede importar gran cosa! Pero existe en todo el Decán una extraña superstición acerca de esta misteriosa montaña todavía, en parte, inexplorada. Los indígenas aseguran que, a pesar del número considerable de víctimas como caen aquí, jamás se ha encontrado ni uno solo de sus esqueletos, porque el cadáver, destrozado por los tigres o intacto, es enterrado tan hábilmente por los monos en hoyos profundos que de ellos no queda la huella más ínfima. Los buenos ingleses se ríen lindamente de tamaña leyenda; pero la Policía no puede negar el hecho de la referida desaparición de los cuerpos, y cuando los contrafuertes de la montaña fueron perforados para la construcción de la vía férrea, hubieron de encontrarse, en efecto, huesos dispersos con huellas de los dientes de los tigres, así como brazaletes rotos y otros adornos semejantes, a profundidades increíbles. El hecho de aparecer rotas estas cosas demostraba que ellas no habían sido enterradas por los hombres, quienes, ora merced a las ideas religiosas de los hindúes, ora por avaricia, jamás habrían consentido en romperlas, ni en enterrar plata ni oro. ¿Será posible, por tanto que, así como entre los hombres una mano lava a la otra, exista en el reino zoológico una especie animal que oculte los crímenes de otra...?

Habiendo pernoctado en una posada portuguesa, hecha de bambúes y adosada como nido de águilas al talud casi vertical de la roca, nos levantamos al romper el día y después de contemplar aquellos panoramas de proverbial grandeza, hicimos nuestros preparativos para regresar a Narel. A la luz del día todo aquello era aún más espléndido que por la noche. Un volumen no bastaría para describirlo. A no ser porque el horizonte estaba cerrado por tres lados, merced a las montañas, todo el territorio del Decán

habríase mostrado ante nuestros ojos. Bombay se divisaba allá abajo, que parecíamos tocarle con la mano, y su canal, que le separa de Salsetta, brillaba cual una cinta de plata. El canal, serpenteando hacia el puerto, rodeaba a Kanari y a otros islotes, semejantes a verdes guisantes en la blanca tela de sus aguas brillantes esparcidos, y se reunía y se confundía al fin con la línea deslumbradora de la costa del Océano Indico. Al otro lado vése el Konkan septentrional que termina en el Tal-Ghats; luego las cimas agudas de los picachos de Jano-Maoli, y, por último, la almenada crestería de Funell, cuya imponente silueta se perfila en el profundo azul del cielo, como en los castillos de gigantes de los cuentos de hadas. Más lejos todavía asoma Parbul, cuya meseta de su cumbre fué deputada como la morada celeste desde donde Vishnú, según la leyenda, dirigió su palabra a los mortales. Acullá, en el fondo del desfiladero que se ensancha formando pintoresco valle y donde cada roca solitaria encierra una leyenda, pueden percibirse las grisáceas y azuladas cumbres de montañas todavía más altas y extrañas. Allí está Khandala, frente a la que avanza un enorme bloque rocoso denominado *La Nariz del Duque*. Al lado contrario, en la misma cima de la sierra, se halla Karli, que, en opinión de todos los arqueólogos, es el más antiguo y mejor conservado de los templos hindúes.

Quien ha cruzado una y otra vez los desfiladeros del Cáucaso; quien desde la cima de la Montaña de la Cruz ha visto a sus pies fulgurar el relámpago y estallar el trueno; o bien ha visitado los Alpes y el Rigi; quien, en fin, conozca bien la cordillera andina, así como los rincones de los Catskills de América, puede permitirse formular esta humilde opinión: Las Montañas caucásicas son, sin disputa, más majestuosas que los Gates de la India y su grandiosidad no puede ser empequeñecida comparándolas con éstos, pero la belleza de los Gates es de un perfil, por decirlo así, más clásico. A la vista de aquéllas se experimenta un positivo placer aunado a una impresión de temor. Siéntese uno como un verdadero pigmeo ante semejantes titanes de la Naturaleza, pero en la India, exceptuando al Himâlaya, las montañas producen una impresión diferente. Dado que las cimas más elevadas del Decán, igual que las cumbres que bordean al Indostán septentrional y las de los Gates orientales no exceden de 3.000 pies y de 7.000 sobre el nivel del mar los picos de los Gates occidentales que van desde el río Surta al cabo Comorín en la costa de Malabaar, mal puede haber parangón entre todos ellos y los patriarcas caucásicos de nevada cabeza que se denominan Elbruz o Kasbek que pasan de 18.000 pies. En cambio, el encanto de las montañas de la India estriba en sus caprichosas formas. Algunas veces, estas montañas, o picos volcánicos más bien, se encadenan unos tras otros, pero lo más frecuente es el verlos aislados, como surgidos sin causa visible para desesperación de los geólogos y en los sitios en donde menos podrían esperarse. Los valles espaciosos encuadrados por altas murallas de rocas, sobre las que cruza el ferrocarril, son muy frecuentes. Diríase que se están contemplando las esculturas a medio concluir, alzadas por algún titán: aquí un ave de ensueño, posada sobre la cabeza de un monstruo de 600 pies de altura; a su lado la silueta de un guerrero; almenados castillos feudales; nuevas alimañas, devorándose unas a otras; estatuas de rotos miembros, y caóticos montones de cien otras raras cosas, y de ello nada es debido sino a capricho de la Naturaleza, la cual ha sido no pocas veces por el Arte aprovechada para sus fortalezas. El arte hindú, en efecto, no ha de buscarse, no, en la superficie, sino en el interior de la tierra, pues fuera de ésta, rara vez construían ellos sus templos, cual si sintiesen la modestia de su colosal esfuerzo o no se atreviesen a rivalizar cara a cara

con aquélla. Escogida por los hindúes, verbigracia, una roca cual la de Karli o la de Elefanta, la excavaban, según los Puranas, pacientemente durante siglos, con tan grandioso estilo que arquitectura ulterior ninguna ha podido ensoñar nada que se la iguale. Las fábulas de los cíclopes son aún más verdaderas en la India que en Egipto.

La preciosa línea de Narel a Karandala recuerda otra vía férrea semejante que va desde Génova a los Apeninos. Ella atraviesa una región a 1.400 pies sobre Konkán, y en algunos sitios, mientras un carril se apoya en el agudo filo de la roca, el otro está sostenido sobre arcos y bóvedas. El viaducto de Mali-Khindi tiene una altura de 165 pies. Así nosotros hubimos de correr entre el cielo y la tierra con el abismo a entrambos lados entre mangos y plataneros. Es indudable que los ingenieros ingleses construyen de un modo maravilloso.

Salvado felizmente el paso de Bhor Ghat, llegamos a Kandala. Nuestro bungalow se alza en el mismo borde del precipicio que se oculta bajo exuberante vegetación. En aquellos insondables retiros donde todo está en flor, un botánico hallaría materia de estudio a su vida. Las palmeras que crecen cerca de la costa ya no alcanzan allí, reemplazadas por las higueras, los pipales (*ficus religiosa*), los mangos, los banyans y millares de otros árboles y arbustos desconocidos para los extranjeros como yo. Se ha calumniado a la flora de la India suponiéndola con frecuencia abundante, sí, en flores hermosísimas, pero desprovistas de aroma. Acaso ello pueda ser cierto en determinadas épocas, pero no acontece así cuando florecen los blancos jazmines, las tuberosas balsámicas y los dorados frangipanis o *champakas*. El mismo perfume de estos últimos llega a embriagar por su intensidad y en cuanto a su tamaño es el rey de los árboles floridos. Cientos de ellos estaban en plena florescencia, a la sazón, en Matarán y Khandala.

Sentados en la terraza hablábamos y gozábamos de aquellas perspectivas bellísimas hasta cerca de la media noche, mientras que todo en nuestro alrededor dormía en silencio.

Khandala no es sino un gran villorrio en la meseta montañosa de la serranía de Sahiadra a unos 2 000 pies sobre el nivel del mar y rodeada de los extraños picachos aislados que tantas otras veces llevábamos vistos. Uno de ellos, erguido del otro lado del abismo, remeda un colosal edificio de un solo piso, con plano techo y almenado parapeto. Se asegura por los hindúes que en cierta parte de dicha colina se abre una entrada secreta que conduce a vastísimas salas interiores: a un verdadero palacio subterráneo, y que aun existen gentes que poseen el secreto de semejante mansión. Un Santo eremita, asceta y mago que habitara aquella cripta “durante varios siglos”, comunicó su secreto a Sivaji, el celeberrimo instructor de los ejércitos del Mahratta. Predecesor del Tanhauser de la ópera wagneriana, pasó éste siete años de su juventud en esta misteriosa mansión y en ella fué, sin duda, donde adquirió su hercúlea fuerza y su valor inaudito.

Sivaji es una especie de Ilia Moorometz indostánico, aunque de época ya vecina a la nuestra, pues que fué el héroe y rey de los Mahrattas, en el siglo VII, y el fundador de un Imperio muy fugaz. A él le debe la India el haber sacudido el yugo musulmán. Con manos de infante y estatura de mujer, gozaba, sin embargo, de una fuerza prodigiosa que se atribuía a magia por sus compatriotas. Aun puede admirarse en cierto Museo su *tizona*, notable tanto por su peso y tamaño cuanto por diminuta empuñadura, apta como

para un niño de diez años. Hijo de un pobre oficial del Emperador, mató, cual otro David, al Goliat musulmán, el formidable Afzul-Khan. Matólo no con honda, sino con esotra temible arma de combate de los mahrattas, denominada *vaghuakh*, que consiste en cinco largas uñas de acero, agudas como leznas y fuertes como garfios. Cálzanse esta manopla a modo de guante los combatientes y con ellas se desgarran recíprocamente las carnes como las fieras. El Decán está plagado de leyendas relativas a Sivaji, y los mismos historiadores ingleses le mencionan con respeto. A la manera de la fábula de Carlos V, una de aquellas tradiciones locales asegura que Sivaji no ha muerto, sino que vive ocultamente en una de las criptas de Sahiara, y que no bien llegue la hora por el Destino fijada –y ella está ya muy próxima, al decir de los astrólogos– reaparecerá para libertar de nuevo a su país.

Astutos e instruidos los brahmanes, esos efectivos jesuitas de la India, saben aprovecharse de la general ignorancia de las masas para explotarlas, sacándolas hasta la última vaca que sirve de sostén a una familia. Véase un curioso ejemplo de semejantes procederres.

En julio de 1879 apareció en Bombay el siguiente documento misterioso, que traduzco al pie de la letra del ejemplar mahratti, pues su original había sido traducido a los 273 dialectos que se hablan en la India:

“iShri!” (salutación preliminar intraducible): Sepan cuantos este escrito lean que su original, estampado en letras de oro, ha descendido de Indraloka (el cielo de Indra), cayendo, a la presencia de santos brahmanes, sobre el altar mismo del templo de Vishveshvara, que se alza en la sagrada Benarés.

“Oíd, pues, y no lo olvidéis, ¡oh tribus del Indostán, Rajistán, Punjab, etcétera, etc.! El sábado, día segundo de la primera mitad del mes de Magha, 1809 de la era de Salivaban (1887), en el oncenno mes de los hindúes, durante el Aswini Nakshatra (la primera de las veintisiete moradas del mes lunar), cuando el sol entre en el signo de Capricornio y la hora del día se halle cerca de la constelación de Piscis, o sea a la una y treinta y seis minutos post-meridiam, la última hora del Kali-yuga sonará, comenzando el anhelado Satya-yuga (esto es, el final del Maha-yuga, o Gran Ciclo, que encierra en sí los otros cuatro Yugas). Este Satya-yuga contará esta vez mil cien años, y durante él la vida humana normal será de veintiocho años. Los días serán más largos, pues constarán de veinte horas y cuarenta y ocho minutos, y las noches serán de trece horas y doce minutos, lo que nos darán treinta y cuatro horas y un minuto en lugar de las veinticuatro actuales. Dicho primer día del Satya-yuga será felicísimo para nosotros, pues será el día en que tornará a presentarse nuestro rey de blanca tez y áureos cabellos, quien descenderá del remoto Norte. Él será pronto el rey autónomo de la India y la terrible Mâyâ de la humana incredulidad, envuelta en cuantas herejías ella alimenta, será precipitada al Pâtâla (el abismo, los antípodas), mientras que la Mâyâ de los justos y piadosos perdurará con ellos, ayudándoles a gozar todos los dones de Mretinloka (o séase de nuestra tierra).

“Sepan todos asimismo que para la debida difusión de este divino documento, cada copia del mismo será recompensada con el perdón de un número de pecados igual a cuantos son perdonados de ordinario cuando un hombre piadoso sacrifica cien vacas a un brahmán. En cuanto a los indiferentes e incrédulos, ellos serán enviados a Naraka (el infierno). Trascrito y decretado por Madlan Shriran, el siervo de Vishnú, el sábado, día séptimo de la primera mitad de Sharavan (quinto mes del año hindú), año 1801 de la Era de Shalivahan (26 de junio de 1879)”.

Ignoro lo que acaeciese después con esta ignorante y perversa epístola. Probablemente fué prohibida por el Gobierno su propagación, cosa que pone harto de relieve, de un lado, la credulidad de la pobre plebe, sumida en la superstición, y de otro, el ningún escrúpulo de los pícaros brahmanes.

En cuanto a la palabra Pâtâla, que literalmente significa “el lado opuesto”, es muy interesante el descubrimiento hecho por el swami Dayanand Saraswati, de quien ya hice mención al principio, sobre todo desde el día que los filólogos le acepten. Dayanand trata de demostrar, en efecto, que los primitivos arios conocían y aun visitaban la América, a la que denomina Pâtâla cierto manuscrito, y que de aquélla se hizo después una especie de infierno o Hades griego. Sostiene Dayanand esta teoría fundándose en los más antiguos manuscritos, especialmente en los de las leyendas relativas a Krishna y a Arjuna, su discípulo predilecto. En la historia de este último, por cierto, se dice que era Arjuna uno de los cinco Pândavas, o descendientes de la dinastía lunar, que visitó a Pâtâla, casándose en uno de ellos con una viuda, hija del rey Nagual y llamada Illupl. Comparando ciertamente los tales nombres del padre y de la hija, nos encontramos con los detalles siguientes, que dicen mucho en favor de la hipótesis de Dayanand:

1.º *Nagual* es el nombre con que los hechiceros mexicanos, indios y demás aborígenes de América son conocidos todavía. El Nagual mexicanos, lo mismo que los Nargales asirios y caldeos, jefes de los Mago, reúne en su persona las funciones de sacerdote y de hechicero, siendo servido este último oficio por un *daimon*, que generalmente es un cocodrilo o una serpiente, y se considera que tales Naguales son los descendientes de Nagua, el rey de las serpientes. El abate Brasseur de Bourbourg les consagra una gran parte de su libro acerca de México, y dice que los Naguales no son sino servidores del demonio, quien, a su vez, les sirve tan sólo temporalmente. Naga, es también serpiente, en sánscrito, y el *Rey de los Nâgas* desempeña importantísimo papel en la historia de Buddha, existiendo en los *Purânas* la tradición de que Arjuna fué quien introdujo el culto de las serpientes en Pâtâla. Tamañas coincidencias e identidades de nombres son tan sorprendentes, en verdad, que los hombres de ciencia deberían prestarlas más atenta consideración.

2.º Illupl, el nombre de la esposa de Arjuna, es puramente mexicano antiguo, y si rechazamos la hipótesis del swami Dayanand, nos resultará imposible por completo el explicar la existencia actual de este nombre en los manuscritos sánscritos muy anteriores a la Era Cristiana. De todas las antiguas lenguas y dialectos, sólo en las de los aborígenes mexicanos juegan las combinaciones de consonantes tales como *pl*, *tl*, etc. Abundan ellas, principalmente, entre los toltecas o náhuatl, mientras que ni en el sánscrito, ni en el griego antiguo se encuentran nunca al final de palabra. Hasta las palabras mismas de Atlas y Atlantes diríanse extrañas a la etimología de toda lengua europea. Platón no las inventó, dondequiera que las encontrase. La raíz *atl* en lengua tolteca significa *guerra* y *agua*, e inmediatamente después del descubrimiento de América, Colón tropezó con una ciudad llamada Atlán a la entrada de la bahía de Uruga. Hoy es ella una mísera aldea que los pescadores llaman Aclo. En América tan sólo es donde se pueden hallar nombres tales como Itzcoatl, Zempoaltecatl y Popocatepetl. Tratar de explicar tamañas coincidencias por meras casualidades sería demasiado. En tanto, pues, que la ciencia no demuestre nada en contrario, la hipótesis de Dayanand nos parece razonable, por aquello, al menos, de que tanto vale una hipótesis como otra.

Dayanand añade que la ruta seguida por Arjuna de Asia a América, fué por Siberia y el estrecho de Bering.

Con escuchar estas y otras leyendas análogas más que medió la noche, y el posadero nos envió un criado con el recado de que correríamos grave riesgo si permanecíamos demasiado tiempo en la balaustrada bajo una noche de luna. El programa de tales riesgos dividíase en tres secciones: la de las serpientes, la de las fieras y la de los dacoites. Aparte de las cobras y las *serpientes-roca*, conviene añadir que en las montañas de los alrededores pululan unas serpientes muy pequeñas, llamadas *furzen*, que son las más peligrosas de todas, porque su veneno mata con la instantaneidad del relámpago. Suele atraerlas la claridad de la luna, y tribus enteras de ellas se deslizan hacia las terrazas de las casas en busca de calor, pues en ellas se encuentran más abrigadas que en el suelo húmedo. Daba también la feliz casualidad que el verde y embalsamado abismo de debajo de la terraza era el lugar predilecto de los tigres y leopardos que allí venían a apagar su sed en el caudaloso arroyo que corría por su fondo, y luego merodeaban al amanecer bajo las ventanas del *bungalow*. Por último, había desalmados *dacoites*, cuyas guaridas se hallaban esparcidas por montañas inaccesibles a la Policía, y que suelen hacer fuego sobre los europeos, sólo por darse el placer de enviar *ad patres* uno de los tan odiados *bellatis* o extranjeros. Tres días antes de nuestra llegada la mujer de un brahmán había sido arrebatada por un tigre y dos de los perros favoritos del comandante de la zona muertos por las serpientes. Sin aguardar más explicaciones nos apresuramos a entrar en nuestros dormitorios. Al amanecer partiríamos para Karli, distante de allí unas seis millas.

III

EN LAS CUEVAS DE KARLI

A las cinco de la mañana ya habíamos llegado al límite de las posibilidades, no ya de todo camino carretero, sino hasta de herradura. Nuestra carreta de bueyes no pudo avanzar más, pues la última media milla había sido algo así como un mar de piedras. Nos era forzoso el abandonar nuestra empresa o bien el trepar por una pendiente abrupta de 200 pies de altura. Agotados así todos los recursos que nos sugería nuestra inventiva, contemplábamos la histórica mole frontera sin saber qué partido tomar. Cerca de la cumbre de la mole aquella, bajo las tajadas rocas, veíanse hasta una docena de negros agujeros y centenares de peregrinos trepaban hasta ellos semejantes, con sus vestidos de fiesta, a un hormiguero de colores. En aquel apurado trance nuestros fieles acompañantes hindús vinieron en nuestro socorro, y llevándose uno de ellos la palma de la mano a la boca, produjo un silbido agudo y estridente. Los ecos de la altura repitieron la señal, y momentos después varios brahmanes medio desnudos, servidores hereditarios del templo, descendían por los peñascos con agilidad de gatos monteses. Cinco minutos más tarde estaban a nuestro lado, y, ligándonos con fuertes ataduras, nos arrastraron, más que nos condujeron, a la altura, donde, exhaustos aunque sin magulladura alguna, escalamos el atrio del templo principal, oculto hasta entonces por cactus gigantescos.

El majestuoso pórtico rectangular, apoyado sobre cuatro macizos pilares, mide 52 pies de anchura y está todo él cubierto de musgo y de pinturas antiguas. Vese en él la célebre “columna del león”, así denominada por los cuatro leones de tamaño natural esculpidos en su base. Un arco colosal con gigantescas cariátides forma la entrada principal, y sobre él aparecen los relieves de tres corpulentos elefantes con sus trompas. La planta del templo es ovalada y mide 128 pies de largo por 46 de anchura. Los 42 pilares que soportan la cúpula central dejan dos naves laterales, y en el centro, detrás de un altar, se demarca una pequeña cámara destinada antaño por los antiguos sacerdotes arios al culto más secreto. Los dos pasillos laterales que conducen a este recinto aparecen como interrumpidos bruscamente, cual si revelaran la existencia de puertas que ya no existen. Según la descripción de Fergusson, los basamentos, fustes y capiteles de los 42 pilares “son de impecable factura y representan dos elefantes arrodillados, con un dios y una diosa encima”. Dicho autor añade que este *chaitya* o santuario es el más antiguo y mejor conservado de toda la India, pudiendo asignársele una data de doscientos años antes de nuestra Era, ya que Prinsep, el descifrador de la inscripción de Silastamba, asevera que el pilar del león fué costado por Ajmitra Ukasa, hijo de Saha Ravisobhoti, rey de Ceilán, en el año veinte de su reinado, esto es, ciento sesenta y tres antes de nuestra Era. De aquí quizá el que el Dr. Stevenson señale esta fecha como la de la fundación de Karlen o Karli, construido, bajo el emperador Devobhuti, por el arquitecto Dhanu-Kákata. Mas, ¿cómo puede afirmarse esto último frente a dichas auténticas inscripciones? El propio Fergusson, el implacable defensor de las antigüedades

egipcias, cuanto crítico hostil contra las de la India, insiste, como va dicho, en que Karli pertenece al estilo de las construcciones del siglo III, antes del Cristianismo, y agrega: “La disposición de sus elementos arquitectónicos es idéntica a la arquitectura gótica en los coros y ábsides poligonales de sus catedrales”.

Sobre la entrada principal del hipogeo hay una galería que recuerda el coro de aquellas catedrales. Además de dicha entrada, otras dos laterales conducen a las naves y sobre la galería se abre un ventanal único en forma de herradura para que la luz caiga directa desde él sobre la *dagopha* o altar, mientras que el bosque de columnas de las naves queda en una obscuridad creciente a medida que se alejan del altar. Así, merced a semejante disposición, el visitante que penetra por el pórtico ve el altar central resplandeciente de luz, mientras que en torno de él todo son densas tinieblas donde el profano no podía pisar. Una de las esculturas de la *daghopa*, desde la cual los “Rajas–sacerdotes” acostumbraban a pronunciar sus sentencias, se llama Dharma–Raja, de *Dharma*, el Minos hindú. Corren por encima del templo hasta dos hileras de covachas, en cada una de las cuales existen anchos peristilos formados por grandes columnas esculpidas y desde ellos se pasa a diversos corredores, muy largos a veces, y a celdas espaciosas que invariablemente aparecen como cortados u obstruidos bruscamente por un sólido muro, sin huella practicable para poder seguir más adelante. Los custodios del templo, pues, o han perdido el secreto de otras cuevas más interiores o le ocultan cuidadosamente a los europeos.

Además de los *vihâras* ya descritos, existen otros muchos esparcidos por la pendiente de la montaña, y semejantes monasterios–templos, aunque más pequeños que el primero, son, en opinión de algunos arqueólogos, muchísimo más antiguos. Cual sea su verdadera edad nadie lo sabe, excepto algunos brahmanes que guardan silencio sobre ello. Desairadísima suele ser casi siempre la situación de los arqueólogos europeos frente a los problemas de la India. Las masas, sumidas como yacen en la más abyecta superstición, no pueden prestarles la menor ayuda, y los brahmanes instruidos, iniciados en los misterios de las bibliotecas secretas de las pagodas, hacen cuanto está en sus manos para impedir toda investigación arqueológica. Injusto sería, sin embargo, después de lo que ya ha ocurrido, el censurar a los brahmanes acerca del particular. Una amarga y secular experiencia les ha enseñado que sus únicas armas de defensa contra aquéllos son la desconfianza y la reserva, sin las cuales su historia tradicional y sus más preciados tesoros se habrían perdido irremisiblemente. Los trastornos políticos que han conmovido el país hasta en sus cimientos, las irrupciones mahometanas tan funestas, el vandalismo sin piedad de los mahometanos, cuanto de los *padres* católicos, capaces de todo con tal de hallar manuscritos y destruirlos, disculpa la conducta de los brahmanes.

A pesar de citadas tendencias destructoras guárdanse en muchos sitios de la India vastísimas bibliotecas capaces de irradiar nueva y refulgente luz no ya sobre la historia de la India, sino también sobre los más debatidos y oscuros problemas de la Historia Universal. Algunas de estas bibliotecas, llenas de los más preciosos manuscritos, se hallan en poder de príncipes del país y de pagodas dependientes de sus dominios, pero la mayor parte de ellas está bajo la custodia de los *jainos* –la más antigua de las sectas hindúes– y de los *takures* de la Raja–Putana, cuyos señoriales castillos se encuentran esparcidos por todo el Rajistán, cual sendos nidos de águila en las cumbres roqueras. La

existencia de las célebres colecciones de Jassulmer y de Patana no es ningún secreto para el Gobierno, aunque sigan por completo fuera de su alcance. Además, los manuscritos están redactados en un lenguaje antiguo, hoy olvidado por completo e inteligible tan sólo para los más altos sacerdotes y sus bibliotecarios iniciados. Un grueso infolio de éstos es tan sagrado e inviolable, que pende de pesada cadena de oro en el centro del templo de Chintamani en Jassulmer y sólo es descendido al advenimiento de cada nuevo pontífice, para desempolvarle y arreglarle. Dicho libro es la obra de Somaditya Guru Acharya, Sumo Sacerdote premusulmán, bien conocido por la Historia, pues su manto sirve todavía para la iniciación de cada nuevo Alto sacerdote. El coronel James Tod, que pasara tantos años en la India granjeándose el cariño de todo el mundo, incluso de los brahmanes –la más extraordinaria cosa que puede contarse en la historia de un angloindo–, ha escrito la única historia verdadera que hay acerca de la India y, sin embargo, jamás le fué permitido el tocar a dicho libro. Corre como muy autorizado entre los musulmanes el aserto de que hubo de serle ofrecida la iniciación en el templo aludido y él, como rabioso arqueólogo, casi se decidió a aceptar; pero como tuviese que regresar a Inglaterra a causa de su salud, dejó el mundo sin que le fuera dable tornar a su patria adoptiva, y el enigma de este nuevo volumen sibilino permanece por tal causa sin aclarar.

Los *takures* de la Rajaputana que, según se cree, poseen algunas de dichas bibliotecas subterráneas, ocupan en la India una posición semejante a la de los señores feudales europeos del medioevo. Dependen nominalmente de algún príncipe del país o del Gobierno inglés, pero son independientes de hecho. Sus fortalezas erigidas en los más altos peñascos, y además de esta dificultad natural de acceso al visitante, sus dueños son más inaccesibles aún, porque en cada uno de estos castillos existen largos pasadizos subterráneos, sólo conocidos por su dueño actual y cuyo secreto éste lega a su sucesor al tiempo de su muerte. Nosotros hemos visitado dos de estos subterráneos, lo bastante dilatado uno de ellos para contener toda una aldea. No habrá tortura capaz de arrancar a sus dueños el secreto de la entrada, pero los Yoguis y Adeptos iniciados van y vienen libremente por ellos con la aquiescencia del *takur*.

Una historieta análoga corre muy autorizada respecto a las bibliotecas y pasajes subterráneos de Karli. Los arqueólogos, por su parte, son incapaces de precisar siquiera si el templo fué labrado por los budhistas o por los brahmanes. La inmensa *daghopa* o altar que ocupa el Sancta Sanctorum del templo a la vista de los devotos, está cubierto por un techo en forma de parasol y remeda a un minarete cobijado bajo una cúpula. Estos parasoles suelen proteger a estatuas de Buddha y de los sabios chinos; pero los partidarios adoradores de Shiva, actuales poseedores del templo, aseguran, por su parte, que estas bajas construcciones no son sino *lingams* de dicho dios. Además, las estatuas de dioses de ambos sexos esculpidas en la roca impiden sostener que el templo sea de procedencia budhista. Fergusson, a este propósito dice: “¿Qué representa en sí este memorable monumento de la antigüedad? ¿Procede de los hindúes o de los budhistas? ¿Fueron trazados sus planos a raíz de la muerte de Sakya Sing, o pertenece acaso a otra religión todavía más antigua?”

Tal es el problema. Si obligado Fergusson por lo que patentizan las inscripciones, accede a reconocer la gran antigüedad de Karli, y asegura, por otro lado, que Elefanta es de fecha muy posterior, se creará un insoluble dilema, porque el estilo arquitectónico de uno y otro templo son enteramente el mismos y las esculturas de este último son, si se

quiere, más elocuentes todavía. Atribuir, pues, Elefanta y Kanari a los budhistas y decir, por otro lado, que ellos corresponden, respectivamente, a los siglos V y X, es caer en el mayor y más injustificable anacronismo, porque después del siglo anterior a nuestra Era, ya no quedaba en la India un solo budhista de prestigio. Vencidos y perseguidos, en efecto, los budhistas por los brahmanes hubieron aquéllos de emigrar hacia Ceilán y los distritos de allende el Himálaya, y una vez muerto el rey Asoka el budhismo fué raído del país por la teocracia de los brahmanes en breves años.

La hipótesis de Fergusson es incapaz de sufrir un análisis crítico. Elefanta y Salsetta, que están a dos y cinco millas, respectivamente, de Bombay, se encuentran plagadas de antiguos templos hindúes. ¿Es, pues, creíble que los fanáticos brahmanes, en todo el esplendor de su poder, o sea antes de las invasiones musulmanas, tolerasen que aquellos aborrecidos herejes alzasen templos en sus dominios, y especialmente en la isla de Gharipuri consagrada por las pagodas hindúes? Además, no hay precisión de ser arquitecto, ni arqueólogo, ni nada semejante para convencerse a primera vista de que templos como el de Elefanta constituyen la obra de verdaderos ciclopes y que para su erección se requirieron no años, sino siglos más bien. Mientras que en Karli todo está construido y tallado siguiendo un plan perfecto y único, en Elefanta no parece sino que millares de manos diferentes hubiesen trabajado en épocas distintas, al tenor de sus peculiares ideas y fantasías. Las tres cuevas principales de los templos están abiertas en durísima roca de pórfido, y el primer templo es un cuadrado de 130 pies de lado, con 16 pilastras y 26 gruesas columnas. Entre algunas median de 12 a 16 pies; entre otras 15 pies, 5 pulgadas, 13 pies y tres y media pulgadas, y así sucesivamente. Igual carencia de uniformidad se advierte en los pedestales, cuyo estilo varía de unos a otros.

¿Por qué, pues, no hemos de otorgar asentimiento a las explicaciones de los brahmanes, cuando nos aseguran que este último templo fué comenzado por los hijos de Pându, a raíz de la *gran guerra* del Mahâbhârata, y que a la muerte de éstos se ordenó a todo verdadero creyente que continuase la obra con arreglo a sus ideas peculiares? De este modo, dicen, se fué construyendo el templo gradualmente por espacio de tres siglos. Cuantos deseaban ver redimidos sus pecados poníanse con ardor a trabajar y fueron muchas las gentes nobiliarias y hasta los reyes que tomaron parte personal en referida labor.

Hacia la derecha del templo existe una piedra típica: un *lingam* de Shiva, en su simbolismo de Fuerza Fructificadora, cobijado bajo una capillita cuadrada de cuatro puertas. Alrededor del templete existen diversas figuras humanas de tamaño colosal. Son, según los brahmanes, estatuas que representan a los respectivos constructores reales, hindús de la más elevada alcurnia, guardianes de las puertas del Sancta Sanctorum. Cada una de estas figuras se apoya sobre un enano que representa a la casta inferior, promovido por la imaginación popular al rango de *daimon* o de *pisacha*.

El templo de Karli, por otra parte, está cuajado de nada hábiles trabajos en piedra, y los brahmanes aseguran que este sagrado recinto no se vería tan abandonado si los hombres, tanto de las generaciones pasadas, como de la actual, no fuesen realmente indignos de visitarlo. En cuanto a Kankari y algunos otros templos hipogeos, no cabe duda alguna que se deben a los budhistas, porque en algunos de ellos se tropezaron inscripciones en perfecta conservación, cuyo estilo en nada se asemeja a las construcciones simbólicas del brahmanismo. El arzobispo Heber opina que el hipogeo

de Kanari fué labrado en los siglos I o II del cristianismo; pero Elefanta es mucho más antiguo y debe ser catalogado entre los monumentos prehistóricos, como perteneciente a la época que siguió inmediatamente a la gran guerra cantada en el Mahâbhârata. Por desgracia, respecto a la fecha de esta célebre guerra no media acuerdo entre los científicos europeos, pues mientras que el sapientísimo Dr. Martín Haug la cree antediluviana, el no menos célebre y sabio profesor Max Müller la coloca lo más cerca posible del siglo I de nuestra Era.

La feria llegaba a su apoteosis, cuando, después que visitamos las celdas escalando todos los pisos, sin olvidar la ponderada “sala de los luchadores”, descendimos, no por escalera alguna, de la que no hay ni rastro sino descolgados mediante maromas, cual cangilones de noria. Más de tres mil personas habían acudido de las ciudades y aldeas vecinas. Las mujeres iban adornadas con brillantes *saris* o faldas de colores, con profusión de anillos, no ya en narices, orejas y labios, sino doquiera que podía colgarse uno. Sus cabellos negríssimos, aplastados hacia atrás, brillaban por el aceite de coco y aparecían adornados con las flores purpúreas que están consagradas a Shiva y a Bhavani, la contraparte femenina de dicho dios.

Delante del templo se alineaban multitud de tiendecitas donde podían adquirirse todos los útiles para los usuales sacrificios, tales como hierbas aromáticas, incienso, sándalo, gulab, anís y ese polvo rojo con el que los peregrinos espolvorean primero al ídolo y luego su propia faz. Faquires, bairagis, hossein, toda la cofradía mendicante, en fin, se hallaban entre la abigarrada multitud. Con sus guirnaldas entrelazadas, sus largos y despeinados cabellos, trenzados sobre la coronilla, cual verdaderos mohos, y sus barbudas caras, ofrecían cierta semejanza ridícula con monos desnudos. No pocos de ellos mostraban en sus cuerpos las heridas y cardenales inferidos al mortificarse bárbaramente. Vimos también algunos bunis encantadores de serpientes, con docenas de animales de esta especie enroscados por sus cinturas, brazos, piernas y cuello, cual modelos dignos de ser copiados por un pintor que tratara de representar la figura de una Furia masculina. Un jadugar era notable entre todos ellos. Su cabeza estaba coronada por un verdadero turbante de cobras, cuyas caperuzas y cabezas, de intenso verde oscuro, semejaban las hojas de una guirnalda. Silbaban los tales reptiles con tal furia y tal fuerza, que su ruido se oía a cien pasos, mientras que vibraban sus lenguas y brillaban de cólera sus ojuelos a la aproximación de las gentes. La frase de “picadura de una serpiente” es universal, pero ella en sí, la picadura, es por completo inofensiva.

Para que el veneno de la serpiente infeccione la sangre de la víctima es preciso, no que el dardo o lengua de la serpiente pique, sino que muerda ella con sus colmillos. El colmillo de la cobra es semejante a una aguja, y comunica con la glándula del veneno. Si a la cobra se la corta esta glándula, la cobra no vive dos días; por tanto, la hipótesis de los escépticos, relativa a que el buni les amputa dicho saco glandular, es puramente gratuita. El término «silbar» no es el adecuado, tratándose de las cobras, pues que éstas no silban. El ruido que producen remeda al estertor de un moribundo, y todo el cuerpo de ella tiembla al lanzar este fuerte y pesado gruñido.

Por cierto que, a este propósito, tuvimos ocasión de presenciar un hecho bien extraño que sin comentarios transcribo, dejando a los naturalistas el cuidado de aclarar el enigma.

Ansiando, sin duda, una buena propina, el buni del turbante de cobras nos envió recado por un chicuelo que deseaba mostrarnos su poder de encantar a las serpientes. Aceptamos gustosos, a condición, por supuesto, de establecer entre nosotros y sus discípulos lo que Disraeli llamaría “una prudente frontera científica”. Escogimos un lugar aparte, a unos quince pasos del círculo mágico trazado por aquél, y sin pararme a describir las tretas y prodigios que en él vimos, consignaré tan sólo el fenómeno principal entre los que ejecutó el buni. Con ayuda de la *vaguda* o flautín de bambú hizo que las cobras cayesen en una especie de sueño hipnótico, mediante una monótona melodía, original y baja, que por poco no nos duerme también a nosotros. Como quiera que sea, a todos nos acometió, sin causa aparente, un grandísimo sueño; pero fuimos sacados de aquel semiletargo por nuestro amigo Gulab-Sing, quien, cogiendo un puñado de no sé qué hierba, nos aconsejó que nos frotásemos las sienes con ella. Entonces sacó el buni de un sucio zurrón una especie de piedra redonda, parecida a un ojo de besugo o bien a un ágata con una mancha blanca en el centro, declarando que quien comprase aquella piedra podía encantar a cualquier cobra (no a las demás serpientes), porque la paralizaría y la haría dormir. Dicha piedra era el único remedio conocido contra la mordedura del referido animal, y bastaba aplicar el talismán a la herida para que se adhiriese a ella tan firmemente, que no caería de ella hasta no absorber todo el veneno, llegado cuyo momento se desprendería por sí misma, pasando todo peligro.

Sabiendo nosotros que el Gobierno daría complacido una buena recompensa a quien le proporcionase un antídoto contra el veneno de la cobra, no mostramos gran interés por poseer aquella piedra, y el buni entonces empezó a irritar a las cobras. Escogió luego una de ocho pies de largo y la puso literalmente furiosa. Rodeó ella con su cola un árbol; silbó y alzó la cabeza amenazadora. Entonces el buni, con la mayor sangre fría, dejó que le mordiese en un dedo, del cual vimos brotar todas gotas de sangre. Un grito enorme de espanto se escapó de entre la multitud; pero el buni, muy tranquilo, adhirió la piedra a la herida y la función continuó.

—¡Esto es una farsa —exclamó el coronel neoyorquino— a la serpiente le han quitado antes la glándula del veneno!

Para replicar contra semejante aserto, el buni cogió la cobra por la cabeza y, después de breve lucha, atravesó un palito en la boca del animal, de manera que no pudiese cerrarla. Luego la acercó a nosotros y nos la fué mostrando sucesivamente para que comprobásemos la falsedad de la suspicacia del Coronel. En efecto, todos pudimos apreciar que la terrible glándula aparecía en el fondo de la boca de la cobra. Nuestro tozudo Coronel, sin embargo, insistió:

—Pero, ¿cómo acreditar que la glándula tiene aun veneno?

Exasperado el buni hizo traer un gallo vivo; le ató las patas y le colocó frente a la cobra. Esta, en un principio, pareció no hacer caso de aquella su nueva víctima y siguió silbando amenazadora contra el buni, que la atormentaba e irritaba más y más. Al fin, se lanzó contra el pobre animal, quien intentó una débil defensa, aunque pronto quedó, por

el terror, inmovilizado. El efecto de la mordedura fué instantáneo, y, como los hechos son hechos, aunque se trate de desvirtuarlos, diré lo que después acaeció. La serpiente estaba en el paroxismo de su furor hasta el punto de que ni un tigre se habría acercado a ella. Enroscada en un árbol, sacudía en el espacio la parte delantera de su tronco, cual si pretendiese morderlo todo. Un perro que se hallaba cerca atrajo la atención del buni, quien le miraba con sus penetrantes y vidriosos ojos, al par que canturreaba no sé qué en baja voz. El can comenzó a inquietarse y, con el rabo entre piernas, trató de huir, pero, cual si sintiese una influencia misteriosa, quedó como petrificado. Luego, víctima de la sugestión del buni, fuésele acercando poco a poco con débil gruñido. En el acto me percaté de la intención del buni y sentí una inmensa compasión hacia el animal, pero el horror me tenía paralizada la lengua y no era dueña de mover un dedo. Afortunadamente la demoníaca escena fué breve. Así que el perro se halló cerca de la cobra, ésta le mordió cruel: el animalito cayó hacia atrás, se agitó su cuerpo con cortas convulsiones y murió también. Era, pues, insensato seguir dudando acerca de la eficacia del veneno.

A todo esto la extraña piedra se había desprendido del dedo del domador, quien nos mostró triunfal su dedo curado. Vimos todos, en efecto, la señal de la picadura: un punto rojo tamaño como una cabeza de alfiler. Luego, tomando el buni la piedra entre sus dedos y haciendo que sus demás serpientes se alzasen en corro sobre sus colas, nos demostró la influencia que dicha piedra ejercía sobre éstas, quienes al verla quedaban con la mirada fija en ella, como extasiadas. Cuanto más el buni acercaba la piedra a sus cabezas más se estremecían éstas, aterradas, cayendo, al fin, como hipnotizadas, una tras otra. Dirigiéndose luego al escéptico Coronel, te invitó a que experimentase por sí propio la influencia de la piedra. Pese a nuestras protestas de horror, el Coronel, sin hacernos caso, se armó con la piedra y se aproximó valerosamente a una deforme cobra. No hay para qué añadir que quedé petrificada de horror. La cobra, irguiendo su caperuza, trató de lanzarse sobre el experimentador, pero repentinamente se detuvo y, después de breve pausa, principió a seguir con su pesado cuerpo los movimientos circulares de la mano del Coronel, y cuando éste llegó a tocar con la piedra sobre la cabeza del ofidio, la cobra se tambaleó cual si estuviese embriagada; amortiguó su intenso silbido, cayó lánguida su caperuza sobre su pescuezo, cerró los ojos inclinándose más y más, quedando, en fin, dormida, inerte como un tronco.

Respiramos, por fin. Llamamos luego aparte al hechicero y le requerimos para que nos vendiese aquella piedra–talismán, a lo que accedió en el acto pidiéndonos meras dos rupias. Recogí el talismán y aún lo conservo. El buni aseguró, y nuestros amigos hindúes lo confirmaron, que él no es sino una excrescencia huesosa de la cobra. Una cobra entre mil posee dicha excrescencia entre la mandíbula superior y el velo palatino, y no está ésta adherida al hueso, sino que flota envuelta en la piel del paladar, siendo muy fácil, pues, el cortarla, aunque con ello la cobra muere. Al decir de Bishu Nath, nuestro buni, semejante lámina o excrescencia confiere a la cobra que le posee el rango real sobre el resto de sus congéneres.

–Esta cobra real –añadió el hechicero– se parece a un brahmán, a un brahmán dwija entre shudras: todos le obedecen. También existe un sapo venenoso que está dotado asimismo de esta piedra, si bien los efectos de ella son más débiles. Para contrarrestar la acción del veneno de la cobra hay que aplicar la piedra del sapo dos minutos, a más

tardar, después de la mordedura, pero la de la cobra es eficaz en cualquier momento, y su antídoto es seguro, ínterin el corazón del atacado no cese de latir.

Al despedirse el buni de nosotros, nos recomendó que guardásemos la piedra en un sitio seco y que cuidásemos de no dejarla nunca cerca de un cadáver, así como ocultarla durante los eclipses de sol y de luna, pues de otro modo, perdería su virtud. En los casos de mordedura por perro hidrófobo, nos dijo también que introdujésemos la piedra en un vaso con agua, dejándola en él durante la noche. Bebiendo el agua a la mañana siguiente el enfermo, cesaría todo peligro.

–¡Esto no es un hombre, sino un demonio!– exclamó el buen Coronel cuando se alejaba el buni camino del templo de Shiva, templo en el cual no logramos ser admitidos.

–¡Al contrario! –replicó el rajpunt, con significativa sonrisa–, como vos y como yo, no es sino un simple mortal y además un gran ignorante. Como todos los encantadores de serpientes, está educado en una pagoda shivaítica. Shiva es el dios de las serpientes y los brahmanes les enseñan allí todo género de artimañas magnéticas por procedimientos empíricos, sin revelarles jamás los principios teóricos, asegurándoles tan sólo que el propio Shiva se halla siempre detrás de sus fenómenos, por manera que a éste atribuyen sus prodigios los tales bunis.

–Pero, dado que el Gobierno de la India tiene ofrecida una recompensa a quien encuentre el antídoto contra el veneno de la cobra, ¿por qué causa no la reclaman los bunis, en lugar de dejar morir a millares de personas tan tristemente?

–Jamás los brahmanes lo permitirían. Si el Gobierno se tomase la molestia de revisar con cuidado las estadísticas de las muertes originadas por las serpientes, *se advertiría que ningún hindú de la secta shivaítica ha muerto nunca por mordedura de las cobras*. Ellos dejan, sí, que perezcan las gentes de otras sectas, pero salvan a todos los de la suya.

–Pero, ¿no ha advertido la facilidad con que parece haberse desprendido de su secreto, a pesar de ser nosotros extranjeros? ¿Por qué no han de poder comprarlo los ingleses con idéntica facilidad?

–Porque semejante secreto es inútil por completo en manos de europeos. Los hindúes no lo ocultan, porque saben muy bien que nadie puede emplearlo sin su ayuda. La piedra sólo goza sus poderes prodigiosos cuando ha sido extraída de la cobra viva, y para poder cogerla sin matarla ha de ser ésta aletargada antes o, si preferís el término, *encantada*. ¿Y quién de entre los extranjeros puede hacer esto? Aun entre los mismos hindúes no encontraréis un solo individuo en toda la India que posea este antiguo secreto, no siendo un discípulo de los brahmanes shivaitas. Sólo éstos poseen semejante monopolio, y de éstos, ni siquiera todos, sino –digámoslo de una vez– aquellos que siguen la escuela pseudo–Patanjâli, denominados ascetas Bhuta. Ahora bien, esparcidas por toda la India, no hay más que media docena de sus escuelas–pagodas, y sus sacerdotes, antes que de su secreto, se desprenderían de sus vidas.

–Hemos pagado tan sólo dos rupias por un secreto que resultó tan eficaz en manos del Coronel como en las del buni. ¿Sería difícil, acaso, el procurarse una partida de estas piedras?

Nuestro amigo se echó a reír.

–Dentro de breves días –dijo– el talismán perderá todo su poder curativo en vuestras manos inexpertas. Por eso os lo cedió en tan bajo precio, y con él probablemente estará a estas horas ofreciendo algún holocausto en los altares de su deidad. Garantizo una semana de actividad a vuestra compra. Después podéis tirarla sin escrúpulo.

No tardamos mucho tiempo en experimentar cuán profunda verdad mediaba en aquellas palabras. Al día siguiente tropezamos con una pequeñuela mordida por un escorpión verde. La niña parecía estar en las últimas convulsiones; pero tan pronto como le aplicamos la piedra pareció aliviarse, y una hora más tarde jugaba alegremente, mientras que, aun en el caso de picadura de escorpión negro común, el paciente sufre durante dos semanas. Diez días más tarde, cuando ensayamos los efectos de la piedra en un pobre coolíe que acababa de ser mordido por una cobra, ni se adhirió siquiera a la herida, y el infeliz expiró de allí a poco. No haré, pues, aquí el panegírico de la piedra, ni menos trataré de explicar sus virtudes. Me limito a narrar los hechos y dejo la suerte de este relato a la ventura. Los escépticos son muy dueños de pensar lo que gusten; pero muchas gentes podrán encontrar con facilidad en la India que testimonien acerca de nuestra exactitud.

Alguien me ha contado una anécdota relacionada con todo esto. Cuando el Dr. Sir. J. Fayrer publicó su *Thanatophidia*, obra muy conocida en Europa, acerca de las serpientes venenosas de la India, declaró categóricamente en ella su absoluta incredulidad respecto a los encantadores de serpientes del país. Quince días después de la aparición de su libro entre los angloindios, una cobra hubo de morder a su propio cocinero. Un buni que pasaba por allí se ofreció complaciente a salvarle la vida. Dadas sus seguridades, no hay por qué decir que el célebre naturalista no podía aceptar semejante oferta. No obstante, el mayor Kelly y otros oficiales le instaron para que permitiese el experimento. Convencido el doctor de que su cocinero no viviría una hora más, otorgó su consentimiento, y acaeció, como era de esperar, que antes de que transcurriese una hora el cocinero se encontró en su fogón preparando tranquilamente la comida, y se añade que el Dr. Fayrer pensó seriamente en quemar su libro.

El día se tornó terriblemente sofocante. El calor de las rocas nos quemaba los pies, a pesar de nuestro calzado de gruesas sucias. Por otra parte, la general curiosidad que despertaba nuestra presencia y el acosamiento nada atento de la multitud, se hacían insoportables. Resolvimos, pues, volver “a casa”, o sea a nuestra fresca caverna, a seiscientos pasos del templo, donde teníamos propósito de pasar la velada y dormir, y como nuestros compañeros hindúes habían marchado a visitar la feria, partimos solos hacia allí.

Al acercarnos a la entrada del templo atrajo nuestra atención la presencia de un joven de belleza ideal que se mantenía apartado de la multitud. Era un individuo de la secta sadhu, “un candidato a la santidad”, al decir de uno de los de nuestra partida.

Los sadhúes difieren esencialmente de las demás sectas. jamás se muestran en público desnudos, ni se cubren de húmeda ceniza, ni se pintan signos en rostro ni frente, y, en fin, nunca adoran a los ídolos. Pertenecientes a la sección adwaita de la escuela vedantina, creen únicamente en Parabrahm o el Gran Espíritu. El joven parecía decentísimo, con su airosa túnica amarilla, especie de bata de noche desprovista de mangas. Sus cabellos eran largos y llevaba la cabeza descubierta. Su codo se apoyaba en el lomo de una vaca, la cual era, en verdad, de lo más extraordinario que darse puede, pues que, además de sus cuatro extremidades perfectamente conformadas, tenía una quinta pata que arrancaba de su morrillo. Tamaña fantasía de la Naturaleza usaba de aquella su quinta pata cual si fuera una mano y brazo, pues que daba con ella caza a las atormentadoras moscas y se rascaba la cabeza con su pezuña. Creímos al principio que se trataba de una artimaña para atraer la atención, y hasta nos sentimos no poco hostiles hacia el bicho, como hacia su hermoso dueño; pero así que nos aproximamos, vimos que no se trataba de artificio alguno, sino que era una jugarreta real y efectiva de la traviesa Madre Naturaleza. Supimos por el mismo joven que la vaca le había sido regalada por el maharaja Holkar, y que su leche había sido durante dos años su único alimento.

Los sadhúes son aspirantes a la Raja-Yoga y, como va dicho, pertenecen generalmente a la escuela Vedanta, esto es, son discípulos de Iniciados que han renunciado por completo al mundo, llevando una vida de perfecta castidad monástica. Una enemistad mortal media entre los sadhúes y los bunis shivaítas, que se manifiesta, por parte de aquéllos en forma de un desprecio silencioso y sin límites, y por la de los bunis por las continuas tentativas de raer a sus contrarios de sobre la faz de la tierra. Este antagonismo es tal como el que mediar pueda entre la luz y las tinieblas, y hace recordar el dualismo entre Ahura-Mazda y Ahrimán de los zoroastrianos. Multitud de gentes consideran a los sadhúes como verdaderos Magos, hijos del Sol o del Principio Divino, al paso que son tenidos los bunis como hechiceros peligrosos. Como habíamos oído estupendos relatos acerca de los primeros, ansiábamos ver alguno de los prodigios que se les atribuían, aun por ciertos ingleses, por lo cual invitamos con insistencia al joven sadhú a que visitara nuestra vihâra aquella tarde; pero el gallardo asceta rehusó severamente el hacerlo porque nos hallábamos dentro del templo de los adoradores del ídolo, cuyo mero ambiente le resultaría antagónico. Le ofrecimos dinero, que rechazó con toda dignidad, y nos separamos.

Un sendero, o más bien una verdadera cornisa volando sobre el talud de una roca de 200 pies de altura, conducía del templo principal hasta nuestra vihâra, y se necesita excelentes ojos, pie seguro y cabeza firmísima para no caer en el precipicio al primer paso en falso. En ayudas no había ya qué pensar, porque, como el borde aquel no tiene más de dos pies de ancho, nadie podía ir al lado de otro. Teníamos, pues, que marchar uno a uno, sacando verdaderas fuerzas de flaqueza. Pero el valor se había ausentado de nuestro pecho con licencia ilimitada. Aun era peor que la de otro nadie la situación de nuestro americano Coronel; grueso y corto de vista, era por tales causas muy propenso al vértigo. Para animarnos nos pusimos a cantar el dúo de *Norma*, aquel que empieza "Moriám in sieme", cogiéndonos a la vez de las manos para salvarnos de la muerte los cuatro compañeros, o morir los cuatro juntos.

Como era de temer, el Coronel nos dió un susto tremendo. Estábamos ya a la mitad del camino hacia la cueva, cuando dió un paso en falso: vaciló un momento, soltó mi mano

y rodó hacia el borde de la cornisa. Nosotros tres, asidos a matas y piedras, nos hallábamos incapacitados por completo para socorrerle, y un grito unánime de horror salió de nuestros pechos, pero quedó cortado al ver que había conseguido asirse al tronco de un arbusto que crecía a pocos pasos por bajo. Sabíamos, además, que el Coronel era buen gimnasta y de mucha sangre fría ante el peligro. Sin embargo, el momento no podía ser más crítico. El débil arbusto podría ceder bajo su peso y no sabíamos qué partido tomar, cuando vimos que nuestros gritos demandando auxilio eran contestados por la repentina aparición del sadhú y de su vaca misteriosa.

Eran de ver marchando tranquilamente a unos veinte pasos por bajo de nosotros en un relieve tan ínfimo de la roca, que el pie de un niño con dificultad hubiera hallado sitio en donde posarse. Sin embargo, ambos caminaban tan tranquilos y descuidadamente como si hallasen la más cómoda de las carreteras en lugar de aquel talud roquizo. El sadhú gritó al Coronel que se mantuviese firme y a nosotros que no nos moviésemos. Soltando al punto la cuerda con la que conducía a la vaca—fenómeno, dióla dos palmadas en el pescuezo, y con ambas manos la volvió la cabeza en dirección nuestra, gritándola al par que restallaba la lengua: —¡Chal! (anda). El animal, en el acto, con saltos de cabra montés, se acercó hacia donde estábamos y se quedó inmóvil ante nosotros, en cuanto al sadhú sus movimientos eran igualmente rápidos cual los de una cierva. Al instante llegó al arbusto; ató la cuerda en torno de la cintura del Coronel, le incorporó y luego, con un nuevo esfuerzo de su potente brazo, le subió hasta el camino. Así vióse pronto el Coronel a nuestro lado, sin haber perdido el ánimo ni un momento, pero sí, por desgracia, sus lentes de oro... La aventura que se anunciaba como tragedia acababa en sainete, pues.

—¿Qué hacer ahora?— nos preguntamos —No podemos en modo alguno dejaros solo otra vez.

—De aquí a muy poco sobrevendrá la noche y estaremos perdidos —dijo Mr. Y..., el secretario del Coronel.

Efectivamente que el Sol se hundía ya en el horizonte y los segundos eran más que preciosos. En el entretanto, el sadhú había vuelto a liar la cuerda en torno del pescuezo de la vaca, y permanecía de pie, ante nosotros, sin entender, indudablemente, nuestra conversación. Su alta y fina silueta parecía como suspendida en el aire sobre el precipicio. Su negra y undosa cabellera flotaba al soplo de la brisa, era lo único que mostraba que en él contemplábamos a un ser vivo y no a una magnífica estatua de bronce. Olvidando nuestro reciente riesgo, Miss X..., que era artista de nacimiento, exclamó:

—¡Mirad la majestad de ese purísimo perfil; observad también su gallarda apostura y lo hermoso de su silueta sobre el dorado y azul del firmamento! ¡Diríase que era el propio Adonis griego y no un mero hindú!

El Adonis puso fin a su éxtasis. Miro a Miss X... con ojos compasivos, medio sonrientes, y dijo con poderosa voz de hindú:

—Bara—Sahib no puede ir más lejos sin que ajenos ojos le ayuden. Los ojos de Sahib son sus peores enemigos. Monte el Sahib en mi vaca que ella no tropieza jamás.

–¿Yo montar en una vaca, y de cinco patas?... ¡jamás!– exclamó el infeliz Coronel con aire tan lánguido y triste que todos soltamos la carcajada.

–Preferible le será al Sahib el sentarse sobre una vaca que acostarse en una chitta– replicó el sadhú con seriedad encantadora, aludiendo a la *chitta* o pira donde son quemados los cadáveres–. ¿Por qué evocar una hora que no ha sonado aun para morir?

Convencido el buen Coronel de la completa inutilidad de su resistencia, aceptó al fin el consejo del sadhú, quien hubo de colocarle con especial cuidado a horcajadas sobre la vaca, recomendándole que se asiese de su quinta pata.

Rompió en seguida el sadhú la interrumpida marcha, y todos le seguimos como mejor pudimos. Unos minutos después estábamos ya en la terraza de nuestro vihâra, donde nos esperaban nuestros amigos hindúes, que habían regresado por distinto camino. Nos apresuramos a referirles nuestras aventuras, y cuando fuimos a dirigirnos al sadhú, advertimos con sorpresa que él y su vaca habían desaparecido.

–Es inútil que le busquéis– observó tranquilamente Gulab–Sing–. Él sabe bien que sois sincero en vuestra gratitud, querido Coronel, pero jamás os habría aceptado recompensa alguna. ¡No olvidéis que se trata de un sadhú y no de un despreciable buni!– añadió con énfasis.

Al oír expresarse así al takur Gulab–Sing vino a nuestras mientes lo que se decía de que este orgulloso amigo nuestro pertenecía también a la secta de los sadhúes.

–¿Quién sabe?– murmuró el Coronel a mi oído–. Acaso tenga no poco de verdadera semejante dicho. Los Sadhú–Nânaka no debe ser confundido con los Gurú–Nânaka, uno de los jefes de los sikhs, porque los primeros son adwaítas, o creyentes en la Divinidad abstracta, a la que denominan Parabrahm, como va dicho, mientras que los últimos son monoteístas.

En la sala central del vihâra habla una estatua de Bhavani, la contraparte femenina de Shiva. Era la estatua de tamaño natural, y del cuerpo de la *Devakî* vimos brotaba el agua fresca y pura de uno de los manantiales de la montaña, que caía luego en una pila, a sus pies, entre los montones de ofrendas consagrados a la diosa, ofrendas consistentes en incienso, arroz, flores y hojas de betel. Como la sala resultaba así demasiado húmeda, preferimos pasar la noche al aire libre en la terraza, colgados –valga la frase– entre la tierra y el cielo, alumbrados por la claridad de la luna casi llena. Preparóse una cena al uso oriental sobre los manteles tendidos en el suelo y utilizando a guisa de platos las hojas de los plátanos. Los silenciosos pasos de los sirvientes, verdaderos fantasmas con turbantes de roja o blanca muselina; las oscuras fauces de las criptas vecinas, excavadas por razas ignoradas en tiempos los más remotos en loor de una religión prehistórica, por completo desconocida, y, en fin, la profundidad sin límites del espacio esfumado por los vagos efluvios de la luna, todo contribuía a transportarnos a un extraño mundo y a épocas lejanísimas, distintas por completo de la nuestra.

Teníamos a la vista además cinco diferentes tipos de indumentaria, cinco representantes de otros tantos pueblos diferentes, sin la más remota semejanza entre sí, y conocidos, sin embargo, por nuestra etnografía bajo el nombre genérico de hindúes, cual el cóndor, el águila, el halcón, el búho y el buitre son conocidos por la denominación genérica de “aves de rapiña”. Es, a saber: un *rajput*, un *bengalés*, un

madrasiáno, un *singalés* y un *mahratti*, descendiente este último de una raza acerca de cuyo origen llevan discutiendo más de medio siglo los sabios de Europa, sin conseguir el llegar a un acuerdo.

Los rajputs son conocidos como hindúes, y se los cree pertenecientes al gran tronco ario; pero ellos se denominan así propios Surya-vansa, esto es, descendientes de Sûrya, o el Sol, mientras que los brahmanes derivan su origen de Hindú, o la Luna, por lo que son conocidos a su vez como Indú-vansa, ya que Hindú, Chandra y Soma son, en sánscrito, otros tantos nombres de la Luna. Así, pues, si a los primeros arios que aparecieron en el prólogo de la Historia los denominamos brahmanes, estos es, las gentes que, según Max-Müller, cruzaron los Himalayas y conquistaron el país del Penjab o de los cinco ríos, entonces los rajputs no pueden considerarse como arios, y viceversa; si son ellos también arios, y además no son brahmanes (pues que todas sus genealogías y libros religiosos llamados *Purânas* demuestran que son mucho más antiguos que los brahmanes mismos), es indudable que aquellas tribus arias primitivas existieron efectivamente en otros países de nuestro globo además del tan famoso país del Oxus, cuna de la raza germánica, antecesora de arios y de hindúes, según supone dicho sabio y su escuela alemana.

La genealogía lunar brahmánica, según el árbol genealógico sacado por el coronel Tod de los manuscritos *puránicos* que existen en los archivos de Oodeypore, principia con Pururavas, dos mil doscientos años antes de Cristo, y mucho más tarde, por tanto, que la de Ikshvâku, el gran patriarca de Suryavansa. Rech, el cuarto hijo de Pururavas, encabeza la línea propiamente lunar, pero hasta después de la decimoquinta generación suyo no aparece Harita, fundador de la Kanshika-gotra o tribu brahmánica.

Así es que los rajputs odian mortalmente a estos últimos. Dicen que los hijos del Sol y de Rama no tienen nada de común con los hijos de la Luna y de Krishna. Respecto de los bengalíes, al decir de su tradición histórica, no son ellos sino aborígenes, y dravidianos los mdrasianos y los singaleses. De éstos se han dicho ora que son camitas, ora que semitas, ora que arios, y, últimamente, han sido dejados “a la voluntad de Dios”, al agregar que en todo caso son turanios migoles. En cuanto a los maharavattis, ellos son los aborígenes del Indostán occidental, como los bengalíes lo son del oriental, pero en lo relativo a poder precisar a qué tronco pertenecen estas gentes ningún etnólogo alcanzaría a determinarlo, excepto quizá un alemán de esos que niegan con todo aplomo las propias tradiciones de los naturales, sencillamente porque no concuerden con sus sabias conclusiones. Cuando tal suceda, los antiguos manuscritos en cuestión son desfigurados y sacrificados en aras de la ficción emanada de algún oráculo favorito... Por crear ídolos en el mundo espiritual suelen ser tachadas de supersticiosas las masas ignorantes; pero, ¿no es acaso el hombre ilustrado, mil veces más incongruente que tales masas cuando se trata de sus autoridades predilectas? ¿No permite él, acaso, que media docena de laureadas cabezas hagan lo que les venga en gana con los hechos para sacar las conclusiones con arreglo a sus gustos, mientras maltrata a cuantos osan alzarse contra los dogmas de estos especialistas infalibles?

No olvidemos a este propósito el caso acaecido al propio Luis Jacolliot, quien a pesar de haber vivido durante veinte años en la India, y a pesar de conocer a fondo al país y su lengua, fué arrollado por aquel Max Müller, cuyo pie jamás hollase el suelo indostánico.

Meros niños de pecho son los pueblos más antiguos de Europa respecto de las tribus asiáticas, especialmente las de la India, y ante las gloriosas genealogías de los rajputs resultan de ayer las más antiguas noblezas europeas. Ellas constituyen al par los anales más veraces y antiguos de todos los pueblos, al decir del coronel Tod, quien hubo de estudiar durante más de cuatro lustros aquellas genealogías. Datan ellas, en efecto, de mil a dos mil doscientos años antes de Cristo, y sus frecuentes referencias a autores griegos testimonian su autenticidad. Tras larga y esmeradísima compulsión de las inscripciones epigráficas, con el texto de los *Purânas*, dicho autor formuló la conclusión de que los archivos de Oodeypore (ahora inaccesibles al público), y sin necesidad de otras fuentes de estudio, constituyen la clave, tanto para la historia de la India en particular, como para toda la historia del mundo. Por supuesto que el coronel Tod cuida muy bien de aconsejar, a diferencia de tantos arqueólogos charlatanes que ignoran lo que es la India, que no se tome la historia de Rama, de Krishna y de los cinco hermanos Pandúes del Mahâbhârata, como meras alegorías poéticas. Antes al contrario, quien medite atentamente acerca de estas pretendidas leyendas, se convencerá de que sus *fábulas* no son sino vivos recuerdos históricos, ya que las comprueban los propios descendientes de estos héroes, sus tribus, sus ciudades antiguas y sus monedas. Nadie puede aventurarse a juzgar, en definitiva, sin haber consultado como aquél las inscripciones de las columnas de Purag, de Mevar y de Inda–Prestha, las de las rocas de Junagur, Bijoli, Aravuri y demás antiquísimos templos jainos, esparcidos por la India, y donde aparecen epigrafías numerosas en lengua hoy completamente desconocida y en comparación de la cual son meros juegos de niños los jeroglíficos egipcios.

No obstante todo esto, el profesor Max–Müller, quien, como va dicho, jamás estuvo en la India, se erigió en juez del asunto y adulteró las tablas cronológicas, a su gusto, para que Europa luego, tomándole como un oráculo, siguiese al pie de la letra sus falsas conclusiones. *¡Así se escribe la Historia en nuestros días!*

No puedo resistir a la tentación de demostrar, aunque sólo sea a mis lectores rusos, en cuán débiles bases están apoyadas las conclusiones cronológicas del venerable sanscritista alemán y cuán poca confianza merece cuando se pronuncia en contra de la antigüedad de este o del otro manuscrito. Páginas estas nuestras de índole ligera y descriptivas, no pueden tener, como tales, pretensiones de erudición, por lo que acaso lleguen a parecer incongruentes. Pero no hay que olvidar que en Rusia, igual que en otros países de Europa, la gente estima el valor de cualquier lumbrera filológica al tenor de los puntos de admiración que le prodigan sus admiradores y que no se conoce allí por nadie el famoso *Veda–Brashya* del swami Dayanand. Hasta se ignorará acaso la existencia de tal obra, cosa afortunada por la reputación científica del profesor Max–Müller. Diré, pues, brevemente que cuando éste declara en su *Sahitya–Grantha* que los arioindos adquirieron la noción de la Divinidad muy lentamente, es evidente que intenta demostrarnos que los *Vedas* están muy lejos de contar con una antigüedad tan grande, como la que les asignan algunos de sus colegas universitarios. Después de aducir algunos razonamientos en pro de su teoría, termina con un hecho que deputa como indiscutible. Señala, en efecto, la palabra *hiranya–garbha* de los *mantrams*, que él traduce por la palabra *oro*, y añade que, como aquella parte de los *Vedas* llamada

chanda, apareció hace unos tres mil cien años, la otra parte consagrada a los *mantrams* no puede datar de antes de unos dos mil novecientos años. Conviene advertir que los *Vedas* están divididos en dos partes: los *chandás*, slokas o versos, y los *mantrams* de oraciones rítmicas a manera de himnos, que se emplearon además en las operaciones de la buena Magia. Ahora bien, el profesor Max-Müller analiza el *mantram* de “Agnihi Poorwebhihi” tanto filosófica, como cronológicamente, y tropezando en él con la palabra *hiranya-garbha* la califica como un anacronismo. “Los antiguos no conocían el oro –dice–, y, por tanto, si el oro es mencionado en este *mantram*, se debe sin duda a una interpolación ulterior, relativamente moderna”.

Pero en este punto comete un crasísimo error el ilustre sanscritista. El mismo swami Dayanand y otros pandits o doctores que distan mucho de ser amigos de Dayanand, sostiene que el profesor ha interpretado erróneamente aquel término. *Hiranya*, ahora ni nunca ha significado *oro* cuando va unido a la palabra *garbha*, pues entonces no debe traducirse sino por *luz divina; conocimiento místico*, de manera semejante a como los alquimistas solían emplear la frase de *oro sublimado*, en vez de la de *luz*, cuando trataban de obtener el metal puro con sus rayos. Los dos vocablos de *hiranya* y *garbha*, cuando van unidos, significan literalmente, pues, *el seno radiante*, y al ser usados en los *Vedas*, se aplican al Primer Principio, en cuyo seno yace permanentemente la luz del divino Conocimiento; la suprema Verdad, la Esencia del alma humana, purificada de todos sus pecados, al modo de como yace la pepita de oro en el seno de la tierra.

Hay que mirar siempre en los *mantrams* un doble sentido: el literal o material y el puramente abstracto o metafísico, ya que todo cuanto existe en la tierra se halla íntimamente ligado con el mundo espiritual, del que no es sino una reflexión grosera; procediendo de él y siendo en él reabsorbido. Indra, el dios del trueno, por ejemplo; Surya, el dios del Sol; Vayú, el del viento, y Agni, el del fuego, dependen todos de aquel Principio Primero, y parten, según el *mantram*, del radiante seno de luz o *hiranyagarbha*. Los dioses en tal concepto no son sino los Poderes de la Naturaleza, y los Adeptos o Iniciados de la India saben bien que el dios Indra no es sino el mero sonido producido por las descargas eléctricas, o más bien la misma electricidad. Surya, a su vez, no es el dios del Sol, sino más bien el ígneo centro de nuestro sistema: la Esencia de donde proceden el fuego, la luz, el calor, etc., o sea la cosa misma, que ningún hombre de ciencia europea, desde Tyndall hasta Schröpfer, no han podido definir todavía. Tamaña significación oculta pasó inadvertida para Max-Müller, quien, por apearse siempre a la letra muerta, vese forzado a cortar el nudo de Gordio, que no puede desatar. ¿Cómo se le puede permitir entonces que dicte fallo acerca de la antigüedad de los *Vedas*, cuando tan pobremente interpreta estos antiquísimos documentos?

Tal expone, al menos, Dayanand, y a él y a su Rig-Veda Bhashya Bhoomika deben dirigirse para más amplia información.

Todos, menos yo, dormían pesadamente en torno del fuego, sin cuidarse lo más mínimo del vocerío de la feria ni del prolongado rugir de los tigres del valle, ni siquiera de las oraciones salmodiadas por los peregrinos que iban y venían durante la noche, cruzando a oscuras y sin temor alguno aquel mismo sendero que tanta zozobra nos produjese a nosotros de día. Venían en grupos de dos o de tres individuos, y a veces, hasta cruzaba una mujer sin acompañante alguno. Como nosotros ocupábamos la

entrada del vihâra grande, después de regruñir un tanto penetraban por una de las pequeñas cuevas laterales semejante a un templete con la estatua de Devaki–Mata, alzándose sobre un pilón. Cada peregrino se prosternaba unos instantes, colocaba su ofrenda a los pies de la diosa, humedecía su frente, mejillas y pecho con el agua de la pila, o bien se bañaba en ella, y, en fin, se retiraba sin volver la espalda, arrodillándose por última vez en la puerta y desaparecía en la obscuridad balbuceando su postrer plegaria: ¡Mata, Maha–mata! (¡Madre, madre excelsa!)

Dos de los criados de Gulab–Sing, encargados de hacer la centinela contra las fieras, se hallaban sentados en las gradas del atrio con sus clásicas lanzas y pieles de león o tigre. Como no podía conciliar el sueño, observaba con curiosidad creciente cuanto en nuestro derredor acaecía. El takur tampoco dormía, y siempre que entreabría mis ojos, abrumados por el sopor, veía destacarse, en primer término de aquel cuadro, la silueta gigante de nuestro misterioso amigo.

Hallábase el rajput sentado, según la costumbre oriental, rodeando con sus brazos sus rodillas, sobre un banco tallado en la roca a un extremo de la terraza, con la mirada fija en la diáfana atmósfera. Tan al borde se hallaba del abismo, que al más ligero movimiento podía ponerle en gran peligro. Pero la misma Bhavani, la de la estatua de granito, estaba más inmóvil que él. Era entonces tan intensa la luz de la luna que, por contraste, la negra sombra producida por la roca que le cobijaba se hacía doblemente impenetrable y velaba su cara con la majestad de las tinieblas. De vez en cuando el fulgor del amortiguado fuego se avivaba un instante, y al reflejar sobre la silueta aquella podía distinguir sus hieráticos perfiles bronceados, y sus brillantes ojos, tan inmóviles como el resto de su persona.

–¿En qué pensará? ¿Duerme tan sólo o se encuentra en ese extraño estado, en que toda la vida corporal parece temporalmente detenida? Precisamente nos había relatado aquella misma mañana, cómo los rajayoguis iniciados podían sumirse a voluntad en este estado... ¡O si, al menos, yo pudiera dormir!

De repente di un salto, excitada por los recuerdos de las cobras, al escuchar a mi lado mismo un largo y agudo silbido. El estridente sonido databa del propio heno sobre el que reposaba. ¡Luego se repitió una y hasta dos veces... ¡Era nuestro reloj–despertador americano que siempre viajaba conmigo! No pude menos de sentirme avergonzada de mi puerilidad.

Pero ni el silbido, ni el sonoro campanilleo del despertador, ni mi repentino movimiento que habla obligado a Miss X... a levantar su soñolienta cabeza, sacaron a Gulab–Sing de su impasibilidad sobre el borde del precipicio. Transcurrió así otra media hora. Aún se oía el lejano rumor de la fiesta y todo en derredor mío yacía silencioso y tranquilo; pero el sueño huía más cada vez de mí. A poco se levantó el viento fresco que precede al amanecer, agitando los arbustos y árboles del abismo, y mi atención se fijaba alternativamente en el grupo formado por los tres rajputs, amo y criados, que delante tenía, y, sin saber por qué, fijé la vista en los largos cabellos de los criados que flotaban al viento, aunque el sitio estaba resguardado. Al contemplar en seguida al takur, la sangre se me heló en las venas. Mientras el turbante de uno de aquellos flotaba a impulsos del viento, la cabellera del Sahib, en cambio, permanecía tan inmóvil como si estuviese pegado sobre sus espaldas. No se movía ni un solo cabello, ni un pliegue tan solo de su fino vestido de muselina.

–¿Qué significa esto? –me pregunté a mí misma llena de curiosidad–. ¿Soy víctima de una alucinación o de una realidad inexplicable y maravillosa? Cerré los ojos para no ver más; pero un instante después volví a abrirlos sobresaltada ante cierto ruido alarmante que acababa de sentir hacia las gradas de entrada. La larga y oscura silueta de una fiera aparecía contorneada sobre el pálido ambiente exterior. Vi sus medrosos perfiles, su larga cola que azotaba sus ijares, y vi también que los criados se levantaban tan veloces como silenciosos, mirando a Gulab–Sing como para pedirle órdenes. Pero, ¿dónde estaba Gulab–Sing? En el sitio de un momento antes nadie había. Sólo se percibía el topi o turbante agitado por el viento. Me levanté de un salto, al par que un rugido ensordecedor retumbó por todo el vihâra cual un trueno. ¡Cielos, un tigre!

Antes de que la impresión tomase clara forma en mi mente, todos cuantos dormían se levantaron de un salto; los hombres empuñaron sus revólveres y carabinas, y un crujido como de ramas rotas, aunado al ruido que hiciese al caer un cuerpo pesado hacia el fondo del precipicio.

–¿Qué pasa? –dijo tranquilamente, en medio de la alarma general, la voz de Gulab–Sing, a quien veía de nuevo sentado sobre el banco de piedra–. ¿Por qué alarmarse tanto?

–¡Un tigre! ¿No era un tigre? –gritaron atropelladamente europeos e hindúes, salvo Miss X..., que temblaba como si tuviese fiebre.

–Tigre o lo que fuera poco nos importa ya, pues lo que fuese yace exánime en el fondo del abismo– contestó bostezando el rajput.

–No sé cómo el Gobierno no hace acabar con tan horribles animales –decía sollozando la infeliz Miss X.... quien, sin duda, creía a pies juntos en la omnipotencia del Poder Ejecutivo.

–Mas, ¿cómo os habéis podido librar *del de las rayas*? –insistía, confuso el Coronel–. ¿Habéis disparado algún tiro que, sin embargo, no hemos oído?

–Vosotros, los europeos, os imagináis que un tiro es, si no el único, el mejor expediente al menos para librarse de las fieras; pero nosotros poseemos contra ellas otros medios más eficaces, a veces, que los fusiles mismos –dijo el babú Narendro–Das–Sen–. Esperad a llegar a Bengala, que allí tendréis sobrada ocasión de trabar conocimiento con los señores tigres.

Empezaba a clarear el día, y Gulab–Sing nos propuso el descender para examinar las cuevas restantes y las ruinas de una fortaleza, antes que el Sol calentase con exceso. A las tres y media nos dirigimos al valle por otro camino más practicable, sin que esta vez nos acaeciese aventura alguna. El maharatti nos abandonó sin decirnos dónde iba.

Visitamos así la derruida fortaleza de Logarh, conquistada por Sivaji a los mogoles en 1670, y los restos de la sala donde la viuda de Nana Farnavese, so pretexto de protectorado inglés fué mantenida de hecho como prisionera del general Wellesley en 1804, con una pensión de 12.000 rupias. De allí nos dirigimos a la aldea de Vargaon,

aún muy rica y antaño fortificada. Allí pasaríamos las horas más calurosas del día, de nueve de la mañana a cuatro de la tarde, para ir después a los históricos hipogeos de Birsa y Badjab, a unas tres millas de Karli.

A cosa de las dos, cuando a pesar de nuestros enormes abanicos echábamos pestes contra el calor, apareció nuestro amigo el brahmán de Mahratta, a quien creíamos extraviado. Le acompañaban media docena de decanies, o naturales del Decan, y avanzaba con lentitud, sentado casi en las orejas del caballo, que relinchaba con poquísimas ganas de andar. Cuando llegó a la terraza y echó pie a tierra, supimos la verdadera causa de su desaparición. Atravesado en el arzón de la silla traía el cadáver de un enorme tigre, cuya cola arrastraba por el polvo. Aún mostraba llena de sangre su entreabierto boca. Quitáronlo de la silla y le depositaron al pie de los escalones de la entrada.

¿Sería el tigre aquél que nos visitara la noche anterior? Miré a Gulab-Sing, que reposaba en un rincón sobre su manta, con la cabeza apoyada en la mano y leyendo. Frunció apenas el entrecejo, pero nada dijo. El brahmán portador del tigre permanecía silencioso también, inspeccionando no sé qué clase de preparativos como para una solemnidad, exigida por las creencias de aquellas supersticiosas gentes.

Un poco pelo cortado de la piel de todo tigre que no ha caído por baja ni cuchillo, sino por la mera *palabra* del Maestro, es considerado como el mejor de los talismanes contra toda la felina raza.

—Esta es una oportunidad rarísima —explicó el maharatti—, porque rara vez se encuentra un hombre que posea la tal palabra. Los yoguis y sâddhus no matan, generalmente, a las fieras, creyendo reprehensible la destrucción de cualquier ser viviente, aunque sea la de una cobra o de un tigre, cuidando, tan sólo, de apartarse de los animales dañinos. En la India no existe, pues, más que una Fraternidad, cuyos individuos poseen todos los secretos y nada existe oculto para ellos en la Naturaleza entera. A la vista teníamos un tigre cuyo cuerpo evidenciaba que no había sido muerto por otra arma que la palabra de Gulab-Sing. Le encontré sin dificultad entre la maleza, por bajo, exactamente, de nuestro vihâra, y de la roca desde la cual rodase el tigre ya muerto y sepan que los tigres jamás dan paso en falso. Así, pues, Gulab-Sing, yo os saludo: ¡Sois todo un raja-yogui! —terminó el orgulloso brahmán, postrándose de hinojos ante el takur.

—¡Dejaos de vanas palabras, Krishna Rao —interrumpió Gulab-Sing—, levantaos y no hagáis el papel de un mísero shûdra!

—Os obedezco, Sahib, pero perdonadme, porque confío en mi propio juicio. Ningún raja-yogui, por otra parte, ha declarado jamás sus relaciones con la Fraternidad, desde el día en que el monte Abu vino a la existencia.

Luego, el brahmán comenzó a distribuir porciones del pelo del tigre. Nadie pronunció palabra y yo miré con curiosidad a todos mis compañeros de viaje. El Coronel, presidente de nuestra Sociedad, estaba sentado, con la mirada baja y extraordinariamente pálido. Su secretario, Mr. Y..., echado de espaldas, aceptó silenciosamente su porción de pelo y lo guardó en su bolsa. En cuanto a los hindúes, todos rodeaban al tigre, y el singalés trazaba misteriosos signos en la frente del animal, mientras Gulab-Sing, como si nada fuese con él, continuaba su lectura.

El hipogeo de Birza, a seis millas de Vargaon, aparece tallado bajo el mismo plan que el de Karli. El techo abovedado del templo se apoya sobre 26 columnas de 18 pies de altura, y el pórtico sobre cuatro columnas de 24 pies, con imafrentes formados por grupos de caballos, elefantes y bueyes de la más refinada belleza. La llamada *Cámara de Iniciación* es un espacioso recinto de planta oval, con columnata y 11 celdas muy hondas excavadas en la roca. Las cuevas de Bajah son las más admirables y antiguas de todas. Aun se ven en ellas inscripciones que demuestran que todos estos templos fueron excavados por los jainas, más bien que por los budhistas. Los actuales budhistas sólo admiten a un Buddha, o sea a Gautama, príncipe de Kapilavastu, seis siglos antes de la Era Cristiana, mientras que los jainas reconocen a Buddha en cada uno de sus 34 Instructores Divinos o Tirthankaras, el último de los cuales fué el Gurú o Maestro de Gautama. Semejante diferencia entre unos y otros es muy embarazosa cuando se trata de hacer conjeturas acerca de la filiación de este o aquel vihâra o chailya, porque conviene saber que la antigüedad de la secta Jaina se pierde en la más remota e insondable antigüedad, y, por tanto, el nombre de Buddha que aparece repetido en las inscripciones, igual puede atribuirse al último y propiamente dichos, que al primero de la serie de ellos que data, según la genealogía de Tod, de dos mil doscientos años antes de Cristo.

Una de las inscripciones de la cueva de Baira, por ejemplo, esculpida en caracteres cuneiformes dice así: “Ex voto del asceta de Nassk, al santo, al celeste y divino Buddha, sin pecado”. Otra, que campea sobre una celda, añade: “Humilde ofrenda al Celestial; al bien amado cuerpo físico, fruto del Manú, aquí siempre presente”. No hay que añadir que de aquí suele deducirse el carácter del hipogeo como si, en efecto, perteneciese a los brahmanes que creen en Manú. Dos más dicen: “Homenaje al purificado Saka–Saka”. “Ofrenda del vehículo de Radha (la esposa de Krishna, símbolo de toda perfección), a Sugata, el que partió para siempre”. Sugata es también otro de los nombres de Buddha. ¡Nueva contradicción!

En aquellos alrededores de Vargaón, fué donde los anahrattis cogieron prisionero al capitán Vaughan, a su esposa y a su hermano y los ahorcaron, después de la batalla de Khirki.

A la siguiente mañana marchamos a Chinchor, o Chinchud, como se le llama en el país. Es una miniatura del L’hasa del Tíbet, porque así como el Buddha encarna sucesivamente en cada Dalai–Lama, aquí, asimismo, Shiva, su padre celeste, le permite a su vez encarnar en el hijo mayor de determinada familia brahmánica. Hay un templo suntuoso en el cual los Sucesivos avatares de Gumpati han vivido y sido adorados durante más de doscientos años. Narremos lo que allí acaeció.

Hace unos doscientos cincuenta años que a un pobre matrimonio brahmán, el dios de la Sabiduría le prometió en sueños que encarnaría en su hijo primogénito. El muchacho que nació, en efecto, fué llamado Maroba, que es uno de los muchos títulos del Dios. Maroba, creció, se casó, y tuvo varios hijos, tras lo cual el dios le ordenó que renunciase al mundo y fuera a terminar su vida en el desierto. Allí ya, durante veintidós años, según la leyenda cuenta, Maroba realizó infinitos milagros, aumentando su fama cada día. El asceta vivía en un rincón de la selva impenetrable que cubría a Chinchud en aquellos tiempos. Gumpati se le tornó a mostrar de nuevo y prometió seguir encarnando en su descendencia durante siete generaciones, después de lo cual sus milagros ya no tuvieron límites y la gente acabó por rendirle culto y edificarle un templo suntuoso.

Últimamente Maroba ordenó a su pueblo que le enterrasen vivo, en cuclillas y con un libro en la mano, y que no volviesen a abrir su sepultura so pena de toda su ira y maldición. Después del entierro de Maroba, Gumpati encarnó en su Primogénito, quien, a su vez, dió principio a una vida de portentos. Así, pues, el divino Maroba I fue reemplazado por el divino Chintamán I. Este último dios tuvo ocho esposas y ocho hijos; y las prodigiosas habilidades de Narayán I, el mayor de estos hijos, fueron tan sonadas que su fama llegó a oídos del emperador Alamgir, quien trató de comprobar el alcance de su *divinización* o poderes. Al efecto, Alamgir, a guisa de presente, le hizo enviar un pedazo de cola de una vaca envuelta en riquísimas telas. Es sabido que para un hindú el tocar tan sólo la cola de una vaca muerta es la mayor de las degradaciones; pero Narayán, al recibirla, roció el paquete con agua, y así que le desenvolvieron hallaron un precioso ramillete de syringas blancas en lugar de la impía cola. Semejante metamorfosis asombró tanto al soberano que regaló al dios Narayán I ocho aldeas. Estas riquezas pasaron después a Chintamán–Deo II, cuyo heredero fué Dharmadhar y, finalmente, a Narayán II. Este, al violar el sepulcro de Maroba atrajo la maldición sobre su cabeza, razón por la cual su hijo, el último de esta dinastía de dioses, ha de morir sin sucesión.

Cuando nosotros vimos a este último avatar de Gumpati era ya un anciano de noventa años, sentado en una especie de plataforma. Su cabeza apenas se sostenía, y sus ojos, de estúpida mirada, no nos veía ya, gracias al uso continuo del opio. Multitud de piedras preciosas brillaban en su cuello, orejas y dedos de manos y pies, y en torno suyo se amontonaban numerosas ofrendas. Para podernos acercar a semejante reliquia, que se desmoronaba, se nos había obligado a descalzarnos.

Tornamos a Bombay aquella tarde para salir dos días después a nuestro viaje al noroeste, porque teníamos que ver a Nissit, una de las pocas ciudades mencionadas por los historiadores griegos, sus hipogeos y la torre de Rama, y visitar a Allabad, la antigua Prayâga, metrópoli de la dinastía lunar, que se alza en la confluencia del Ganges y del Jumna, a Benarés, la ciudad de los cinco mil templos y otros tantos monos; a Cawnpur, célebre por la sangrienta venganza de Nana Sahib. Teníamos que ver asimismo los restos de la Ciudad del Sol, destruída hace seis mil años, según los cómputos de Colebrooke; a Agra y a Delhi; explorar luego el Rajistán, con sus mil castillos takures,

leyendas y ruinas; a Labore, la metrópoli del Penjab, y, en fin, detenernos algún tiempo en Amritsar, en cuyo Templo de Oro, construido en el centro del *Lago de la ¡mortalidad*, había de verificarse la primera reunión de los miembros de nuestra Sociedad: brahmanes, budhistas, sikhs, etc., representantes de las mil y una sectas de la India, que, en mayor o menor grado, simpatizaban con la idea de la Fraternidad Humana, que constituye el lema de nuestra Sociedad Teosófica.

IV

GLORIAS QUE FUERON

Benarés Prayâga—hoy Allabad—, Nassik, Hurdwar, Bhadrinath y Matura, eran los lugares sagrados de la India prehistórica que sucesivamente íbamos a recorrer, pero no visitándolos al modo de los turistas, esto es, a vista de pájaro, con una guía barata en fa mano y un *cicerone* que fatigue nuestras piernas y abrume nuestro cerebro. Sabíamos muy bien que estos antiguos lugares rebosan de tradiciones que se hallan cubiertas por la mala hierba de la fantasía popular, como las ruinas de un antiguo castillo se cubren de hiedra, sepultándose bajo el follaje de estas plantas parásitas hasta el punto de que es casi imposible para el arqueólogo el formarse idea de la arquitectura del edificio, antaño perfecto, y los meros montones informes de escombros que le desfiguran, como lo es para nosotros el separar entre el caos de las leyendas, el trigo de la verdad de la cizaña ulterior. Ni guías, ni *cicerones* podían sernos útiles, pues para lo único que podían servirnos era para señalarnos aquellos sitios donde se alzara antaño una fortaleza, un templo, una selva sagrada o una ciudad famosa, y repetirnos luego las leyendas creadas en las últimas épocas bajo la dominación musulmana. La verdad, sin desnaturalizar, la historia auténtica de cada, lugar de importancia, nos era preciso el buscarla por nosotros mismos, mediante nuestro propio esfuerzo.

La India moderna no es hoy ni una pálida sombra de lo que fué, no ya en la época anticristiana, sino ni siquiera en el Indostán de los días de Akbar, Aurunzeb y Shah—Jehan. Las vecindades de las poblaciones arrasadas por las guerras y las aniquiladas aldeas aparecen sembradas de guijarros rojizos y redondos, como lágrimas sangrientas petrificadas. Al aproximarse a la poterna de alguna fortaleza antigua no se tiene que pisar por entre guijas naturales, sino sobre los dispersos fragmentos de granito antiguo, bajo cuyas sedimentaciones yacen muchas veces las ruinas de una tercera ciudad todavía más antigua. Los musulmanes construían de ordinario sus ciudades sobre los restos de las que habían tomado por asalto, y las han asignado denominaciones modernas. Los nombres de estas últimas ciudades suelen mencionarse en las leyendas, mientras que los de sus ciudades antecesoras habían ya desaparecido de la memoria de las gentes aun antes de la invasión musulmana. ¿Llegará un día en que sean sacados a luz tamaños secretos de los siglos?

Sabiendo de antemano todas estas cosas, resolvimos armarnos de paciencia, aunque nos fuera preciso dedicar años enteros a explorar idénticos sitios, para tener una mejor información histórica y hechos menos desfigurados que los esclarecidos por nuestros antecesores que se habrían tenido que conformar con una escogida colección de ingenuas mentiras escapadas de labios de algún semisalvaje aterrorizado, o de algún brahmán más deseoso de desfigurar la verdad que de hablar nada. En cuanto atañía a nosotros, la cosa variaba, porque estábamos ayudados por toda una agrupación de hindúes ilustrados, profundamente interesados en el asunto. Habíasenos prometido,

además, la revelación de algunos secretos y la traducción exacta de crónicas antiguas, salvadas de la destrucción por verdadero milagro.

La historia de la India se borró, tiempo hace, de la memoria de sus hijos, y es aún un misterio para sus conquistadores, aunque indudablemente exista en manuscritos que se ocultan con cuidado a los europeos. Tal se ha demostrado, a juzgar por algunas palabras harto significativas pronunciadas por brahmanes en las raras veces de amistosas expansiones. Así cuenta el coronel Tod, tantas veces citado, que hubo de decírsele un Mahant, jefe de cierta antiquísima pagoda-monasterio:

–Sahib, perdéis el tiempo en vanas investigaciones. Es cierto que la India *bellati*, o de los extranjeros, la tenéis a la vista; pero jamás alcanzaréis a conocer a la India *gupta* u oculta. Nosotros, guardianes celosos de sus misterios, antes de revelar los secretos de ésta, nos cortaríamos la lengua.

Tod consiguió, no obstante, averiguar no poco. Jamás inglés alguno fué mejor mirado por los naturales que este antiguo y esforzado amigo del Maharana de Oodeypur, quien siempre se mostró bondadoso y justiciero con ellos, hasta con el más humilde. Su obra, escrita con anterioridad al poderoso desarrollo de la etnología, es todavía un monumento en lo que al Rajistán se refiere. Pese a la modesta opinión que el autor tuvo siempre de ella, pues la calificaba de simple acopio de materiales para la labor de historiadores futuros, hállanse en el libro multitud de cosas en las que no soñó jamás funcionario civil alguno de la metrópoli.

Dejemos a nuestros amigos que se sonrían con incredulidad; perdonemos también a nuestros enemigos en que desprecien nuestra pretensión de “penetrar en los misterios del mundo de la Aryavarth”, según las frases de cierto crítico. Por contraria que nos sea la opinión de los críticos, y aun en el caso de que no resulten más dignos de asenso nuestros asertos que los de Fergusson, Wilson, Wheeler y demás arqueólogos y sanscritistas que se han ocupado de la India, no por eso los creo indemostrables, aunque se nos suele decir que a guisa de insensatos chiquillos, emprendemos una labor frente a la que retrocedieran aterrados docenas de historiadores y filólogos ayudados espléndidamente por el dinero y la influencia del Gobierno, mientras que nosotros nos empeñamos en una tarea que ha resultado superior a las fuerzas de toda una sociedad, como la Sociedad Real Asiática.

Pasé. No pocos recuerdan, sin embargo, que no hace muchos años, un pobre húngaro, casi un mendigo, se dirigió a pie al Tíbet atravesando países tan desconocidos como peligrosos, impulsado tan sólo por el ardiente anhelo de hacer luz acerca de los orígenes de su nación. Su viaje dió por resultado el descubrimiento de una verdadera mina de tesoros literarios; y la Filología, que se habla debatido en las verdaderas tinieblas cimerianas de un laberinto etimológico, y que estaba a punto de lanzar al mundo científico una de las más peregrinas teorías, tropezó repentinamente con el verdadero hilo de Ariadna, pues que dicha ciencia descubrió, por fin, que la lengua sánscrita, si no *el antepasado*, es –usando la expresión de Max-Müller– el *hermano mayor* de todas las lenguas clásicas. Gracias al celo y pericia de Alejandro Csoma de Körös, el Tíbet nos entregó una lengua que nos era totalmente desconocida. Él la asimiló, en gran parte, analizándola; y de sus traducciones han surgido las demostraciones siguientes: primera, que los originales del *Zend-Avesta*, las Sagradas Escrituras de los adoradores del Sol, la *Tripitaka* budhista y el *Aytareya-Brahmana* fueron escritos todos en la primitiva

lengua sánscrita; segunda, que las lenguas zenda, nepalesa y sánscrito–brahmánica moderna, no son, más o menos, sino formas dialectales de la primera; tercera, que el antiguo sánscrito es el origen de todas las lenguas indoeuropeas menos antiguas, así como de las lenguas y dialectos europeos modernos; cuarta, que las tres principales religiones paganas, zoroastrismo, brahmanismo y buddismo, no son sino meras herejías de las puras enseñanzas monoteístas de los *Vedas*, cosa que no por eso les priva de su carácter de verdaderas religiones antiguas, no de pretendidas falsificaciones modernas.

El resultado de todo esto es notorio: Un infeliz viajero, sin dinero ni protección alguna, consiguió ser admitido en las lamiserías del Tíbet y que allí le diesen a conocer la literatura sagrada de las solitarias gentes que por aquellos lugares habitan, sin duda porque a mogoles y tibetanos los trató como a verdaderos hermanos suyos, no como a una raza inferior, proeza, ¡ay!, reservada tan sólo a los llamados hombres científicos. Uno siente vergüenza hasta de la Humanidad y de la ciencia cuando recuerda que aquel hombre singular, que trajo la semilla para una tan óptima cosecha, continuó siendo, casi hasta el día de su muerte, un trabajador pobre y obscurecido. De regreso de su viaje al Tíbet, llegó a Calcuta sin un céntimo en el bolsillo, y sólo empezó a ser conocido su nombre y a pronunciarse con veneración cuando agonizaba en uno de los lugares más miserables de Calcuta. Muy enfermo ya, quiso volver al Tíbet, y salió de nuevo a pie a través de la región de Sikkhim; pero sucumbió en el camino, y fué enterrado en Darhjeeling.

Nuestra pretensión, además, sabemos bien que es imposible encuadrarla en el formato y condiciones de meros artículos periodísticos, y por ello aspiramos no más que a poner la primera piedra de un edificio cuya sucesiva construcción está encomendada a las generaciones futuras. El combatir con fruto las falsas teorías acumuladas por dos generaciones de orientalistas, precisaría medio siglo de asidua labor, porque para reemplazar dichas teorías por otras nuevas necesitamos aducir nuevos hechos en su contra, fundados, no ya en cronologías y testimonios adulterados de brahmanes embusteros, cual acaeciese por desgracia con Luis Jacolliot y con el teniente Willord, sino en pruebas abrumadoras que han de suministrar inscripciones no descifradas aún. La clave de éstas no la poseen los europeos, pues, según antes he dicho, yace atesorada en manuscritos tan viejos como las inscripciones mismas, y que se hallan fuera del alcance de las gentes; aun dado caso que se confirmasen nuestras esperanzas y obtuviésemos dicha clave, otra nueva dificultad se alzaría ante nosotros; es, a saber, la de que tendríamos que emprender, página tras página, una refutación sistemática de los numerosos volúmenes de *hipótesis* publicados por la Real Sociedad Asiática. Tamaña labor sólo podría ser llevada a cabo por una docena de sanscritistas incansables tras ímprobo esfuerzo, y estos sanscritistas son más raros en la India que los elefantes blancos. Gracias a donaciones particulares, se han abierto, sin embargo, ya dos escuelas libres de sánscrito y de pali; una en Bombay, por la Sociedad Teosófica, y otra en Benarés, bajo la presidencia del sabio Rama–Mishra–Shastri. En el año actual 1882, la Sociedad Teosófica cuenta ya con catorce escuelas entre las de Ceylán y las de la India.

Con las cabezas llenas de tan interesantes pensamientos, nuestra comitiva, compuesta por un americano, tres europeos y tres indígenas, ocupamos todo un departamento del gran ferrocarril Peninsular de la India, camino de Nassik, una de las ciudades más antiguas del país, como ya dije, y la más sagrada de todas a los ojos de los moradores de la Presidencia Occidental. Nassik proviene de la palabra sánscrita *nassika* o *nariz*. Una

leyenda épica asegura que en aquel sitio, Lakshman, el hermano mayor del divino rey Rama, cortó las narices a la gigantona Sarpnaka, hermana de aquel Ravana que robase a Sita, la Elena troyana de los hindúes.

El tren se detiene a unas seis millas de la ciudad, por manera que fué preciso acabar nuestro viaje en seis dorados carros de dos ruedas llamados *ekkas* y tirados por bueyes. Era la una de la mañana; pero no obstante la obscuridad de la hora, los dorados cuernos de los bueyes estaban cubiertos por guirnaldas de flores, y en sus patas llevaban sonoras campanillas metálicas. Teníamos que recorrer grandes hondonadas llenas de maleza, donde, según se apresuraron a decirnos nuestros conductores, campan por sus respetos los tigres y otros solitarios cuadrúpedos. No tuvimos, sin embargo, ocasión propicia para trabar conocimiento con los tigres; pero si pudimos gozar del concierto que nos diera una familia entera de hambrientos chacales que seguían nuestros pasos coreándolos con salvajes aullidos. Estos animales son muy molestos; pero tan cobardes, que aun siendo suficientes ellos para devorarnos, no sólo a nosotros, sino hasta a los bueyes de cuernos dorados, ninguno se atrevió a aproximársenos. Cada vez que el largo látigo que empleábamos contra las serpientes caía sobre el lomo de uno de ellos, la borda entera huía produciendo una algarabía imposible. Los conductores, por su parte, no perdonaron ni una sola de sus supersticiosas precauciones contra los tigres, así que cantaban mantrams en coro, esparcían betel en el sendero en honor de los Rajás del bosque, y al final de cada canción hacían arrodillarse a los bueyes e inclinar sus testuces en homenaje a los dioses mayores. Con estas ceremonias, el *ekka*, que es como una cáscara de nuez, amenazaba derribarnos sobre los bueyes. De tan agradable manera hicimos nuestro recorrido de cinco horas bajo un cielo negrísimo, y llegamos a las seis de la mañana a nuestro alojamiento.

El carácter sagrado de Nassik, no se debe, empero, al mutilado tronco de la giganta, sino a su situación a orillas del río Godavari y muy cerca ya de sus fuentes, río, denominado Ganga (o Ganges) por sus naturales, sin que sepamos la razón. La ciudad debe probablemente a este nombre mágico sus magníficos e innumerables templos y el ser residencia de la selecta clase de brahmanes que habitan en las orillas del río. Hay peregrinaciones dos veces por año y en ellas el número de peregrinos suele exceder mucho a los treinta y cinco mil habitantes de la población. Las casas de los brahmanes acomodados, que se alzan a derecha e izquierda del camino desde el centro de la ciudad al río, son tan pintorescas como sucias, y todo un bosque de estrechas pagodas de forma piramidal orlan las márgenes del río, pagodas alzadas sobre las ruinas de los templos que destruyese antaño el fanatismo musulmán. La leyenda nos enseña que aquéllas provienen de las cenizas de la cola de Hanumân, el dios-mono, cuando el perverso Ravana se la untó cruel con betún y le prendió fuego. Hanumân, al verse ya perdido, dió un salto por los aires, retornando a Nassik su patria querida.

De aquel noble adorno trasero del dios-mono, así quemado durante el viaje por los aires, no quedaron más que cenizas, pero de cada sacratísimo átomo de ellas, al caer al suelo, hubo de surgir un templo... Diríase, en efecto, al contemplar desde la altura las innumerables pagodas, que ellas habían sido esparcidas a puñados desde el cielo. No ya las orillas del río y sus alrededores, sino los más pequeños islotes; la roca más ínfima que aflora en las aguas, tiene su templete, sin que haya uno de ellos que no tenga su peculiar leyenda, con tantas versiones como brahmanes la refieren, en espera del óbolo correspondiente.

Los brahmanes de Nassik, como los de toda la India, están divididos en dos sectas: la una que adora a Vishnú, y la otra a Shiva, y entre ambos existe una guerra secular. Aunque la comarca del Godavari haya sido cuna de Hanumân y teatro de las primeras proezas de Rama, que fué una de las encarnaciones del Vishnú, hay en ella tantos o más templos de Shiva que de este último. Las pagodas shivaíticas están construidas con negro basalto, mas como el negro es el color distintivo de los vaishnavas o adoradores de Vishnú, como recuerdo de la quemada cola de Hanumân, surge de ello la manzana de la discordia, por sostener éstos que los shivaitas no tienen derecho a emplear en sus pagodas piedras con tal color. Infinitos fueron, por tanto, los pleitos que tuvieron que fallar los ingleses, desde el primer día de su dominación entre las dos sectas rivales y, gracias a esta fatídica cola, toda sentencia era apelada de un tribunal para otro, como si ella fuese por sí sola el verdadero *deus ex machina* de los brahmanes de Nassik, y hanse emborronado a propósito de tan ruidoso apéndice más resmas de papel que en la querrela celeberrima acerca del ganso sagrado entre el Ivan Ivanitch y el Ivan Nikiphoritch rusos, y se ha derramado más tinta y más bilis que todo ha existido en Mirgorod desde la creación del universo. El puerco que con tantísimo acierto decidiese la famosa querrela de Gogol, habría sido una inapreciable dicha para Nassik, al acabar con su eterna disputa. Además, si el tal puerco viniese de Rusia, nada podría hacer, pues tan luego como llegase sería detenido como espía ruso.

En Nassik se muestra al viajero el baño de Rama y las cenizas de los brahmanes verdaderamente piadosos, son aquí traídas de los lugares más remotos para ser arrojados en el Godavari y que se mezclen eternamente con las aguas del sagrado Ganges. En cierto antiguo manuscrito de uno de los generales de Rama, que sin saber por qué no es mencionado en el *Râmâyana*, señala al río Godavari como frontera separadora de Ayodya o Ude, el imperio de Rama y de Lanka o Ceilán, el imperio de Râvana. Allí fué, en efecto, según canta el *Ramayana*, el lugar preciso donde Rama, cazador, levantó un hermoso antílope, cuya piel trató de regalar a Sita, su esposa; pero al perseguir al ágil cuadrúpedo, violó la frontera y penetró indebidamente en el territorio de su vecino.

No cabe duda alguna que Rama, Râvana y hasta el mismo Hanumân, promovido por alguna razón misteriosa a la categoría de simio, son personajes auténticos que en algún tiempo tuvieron existencia real. Desde hace unos cincuenta años se viene sospechando vagamente que los brahmanes atesoran sobre ello inapreciables manuscritos, uno de los cuales se ocupa de la época prehistórica en que los arios invadieron por vez primera el país y comenzaron una inacabable lucha con los oscuros aborígenes de la India del Sur, pero jamás el fanatismo indhú ha permitido al Gobierno inglés el comprobar tan interesantes particulares.

Lo más notable de Nassik son sus célebres hipogeos a cinco millas de la población, y me hallaba bien distante de pensar, al partir para dicho sitio, en que una *cola*, y no la de Hanumân, había de representar un salvador papel evitándome, si no la muerte, al menos unas serias contusiones. Veamos lo acaecido.

Para escalar la elevada montaña alquilamos elefantes; la mejor pareja de ellos que había en el país, pues su dueño, nos aseguró que el propio Príncipe de Gales había cabalgado en sus lomos, encontrándolos excelentes. El alquiler de ellos, durante todo el día, sería de dos rupias por elefante. Bien pronto nuestros compañeros hindúes, habituados desde niños a tales cabalgaduras, saltaron con agilidad sobre sus lomos

cubriéndolos como moscas, sin preferir éste ni aquel sido de su dorso, sosteniéndose no tanto por cuerdas, cuanto por los dedos de sus manos y pies, y ofreciendo un espectáculo de perfecta comodidad. A nosotros los europeos se nos reservó la elefanta por ser más mansa. Los degenerados y jóvenes elefantes que suelen exhibirse en los circos de Europa no son ni la sombra del colosal tamaño de aquellas nobles bestias. Sobre el lomo de la elefanta nos habían puesto dos bancos pequeños con asientos en declive, y el conductor o *mahout* se situó entre las dos oreja del animal, mientras que nosotros considerábamos con tanta extrañeza como desconfianza los *comodísimos* asientos que se nos habían preparado. Cuando el conductor ordenó a la elefanta que se arrodillase para que montásemos, confieso ingenuamente que se me puso “carne de gallina”. Nuestra elefanta respondía al poético nombre de *Chanchuli Peri*, o el *Hada solícita*, y era, en verdad, el más obediente y alegre individuo de los de su especie. Cogidos unos con otros, dimos la señal de marcha, y el conductor agujijoneó al animal en su oreja derecha, haciéndole levantarse por sus patas delanteras, con cuyo movimiento dimos un bandazo hacia atrás, que al punto fué seguido por otro hacia adelante al alzarse la elefanta de sus patas traseras. Ello no fué sino el comienzo de nuestras desventuras, pues a los primeros pasos de Peri bazuqueábamos y rodamos en todas direcciones como fragmentos palpitantes de jalea.

El viaje paró así en seco, y recogidos con precipitación del suelo, fuimos vueltos a colocar en nuestros asientos respectivos, en cuya tarea Peri al cogernos demostró la habilidad de su trompa, y la caravana siguió su itinerario. El solo pensamiento de que teníamos que recorrer así nada menos que cinco millas nos acobardaba en tales términos, que a poco no renunciábamos a la excursión; pero, al fin, rechazamos indignados la propuesta de ser atados en nuestros asientos, como indicaban nuestros camaradas hindúes riendo a carcajadas... Pronto me arrepentí, sin embargo, de aquel alarde de vanidad frente a tan extemporáneo y fantástico medio de locomoción. El caballo que llevaba nuestras maletas, trotando al lado de Peri, no parecía sino ínfimo jumentillo, y a cada vigorosa zancada de Peri veíamosnos forzados a realizar las mayores proezas acrobáticas, bazuqueados de aquí para allá con la agitada marcha. Semejante ejercicio, hecho bajo el sol más abrasador que darse puede, nos ponía en un estado de cuerpo y espíritu como entre el mareo y la pesadilla. Para remate de nuestros goces, remontábamos un angustioso sendero tallado sobre un profundo barranco, cuando la elefanta tropezó, haciéndome perder el equilibrio, y como iba en el sitio de honor, o sea en la parte posterior, caí al suelo como una masa inerte. Habríame despeñado en el barranco un momento después, a no ser por el instinto y la maravillosa destreza del animal, quien, al verme en tierra, me sujetó con su cola arrodillándose con todo cuidado. La cola resultaba, sin embargo, algo débil para el peso de mi cuerpo, y lastimada la pobre y generosa bestia comenzó a lanzar plañideros gemidos, hasta que el conductor vino en nuestro auxilio.

Presenciamos entonces una escena que nos patentizó cuán grande es la bajeza, la grosera astucia y la avaricia cobarde de un paria, de un *proscrito* como aquel.

Púsose a examinar con cuidado la cola de la elefanta, y cuando se disponía a ya a tornar a subir a su puesto, tuve la mala ocurrencia de condolerme de ella. Operóse rápido cambio entonces en la conducta del hindú. Arrojáse de repente al suelo y se comenzó a golpear como un endemoniado, lanzando horribles imprecaciones y gemidos, repitiendo constantemente que Mam-Sahib, o sea yo, había causado la pérdida

de la cola a su amada Peri, quien quedaba ya inutilizada hasta el punto de que su *esposo*, el orgulloso elefante Airavati, el descendiente directo del propio elefante de Indra, renunciaría de allí para siempre a su mutilada compañera, por lo cual valía más que ésta hubiese muerto. A los consuelos que te prodigaban nuestros compañeros, el proscrito sólo contestaba con lágrimas y alaridos. Vano fué que le persuadiésemos de que el “soberbio Airavati” no se mostraría quejoso ante tamaña desgracia, pues que frotaba cariñosamente su trompa sobre el cuello de Peri y ésta no parecía sentir ya lo más mínimo del accidente. Todo resultó inútil, hasta que nuestro Narayán perdió ya la paciencia y, hombre dotado de hercúleas fuerzas, acudió a un curioso expediente, que fué a tirar a distancia una rupia y asir con la otra del vestido de muselina del *mahout* lanzándole tras la moneda. Éste, sin reparar en su nariz, que sangraba bajo el golpe sufrido, se abalanzó sobre la moneda de plata cual bestia salvaje sobre su presa. Postróse luego una y varias veces en el polvo haciendo interminables *salaams* o *zalemas*, transformando su dolor, como por encanto, en la más loca alegría. Dió otro tirón a la cola de la elefanta y declaró gozoso que estaba ella sana por completo, gracias a las oraciones del sahib, para demostración de lo cual se colgó de la cola hasta que se le hizo tornar a su puesto.

–Pero, ¿es posible que una miserable rupia haya operado tamaño mi]agro? –nos preguntábamos asombrados.

–Es natural vuestra extrañeza –respondieron nuestros hindúes–. No necesitamos declararos la vergüenza, el asco que sentimos ante tamaña bajeza y avaricia. Pero no olvidéis que este miserable, que tiene mujer e hijos sin duda, sirve a su amo por doce meras rupias al año, y que en lugar de ellas más de una vez no recibe sino una paliza. Considerad, además, que toda su raza viene soportando desde hace siglos la embrutecedora tiranía de los brahmanes y de los musulmanes fanáticos, quienes consideran a un hindú al nivel del reptil más inmundo, y, que aun hoy los ingleses no los miran mucho mejor, razón por la cual antes sentiréis compasión que desprecio frente a semejantes caricaturas de verdaderos hombres.

La *caricatura* aquella, en efecto, se consideró dichosa y sin sentir conciencia alguna de la humillación sufrida. Aposentado sobre el espacioso testuz de la elefanta, narrábala su inesperada riqueza y la recordaba su divino origen, ordenándola que con su trompa saludase agradecida a los *sahibs*. Peri, que estaba de muy buen humor merced al regalo que le había hecho de toda una caña de azúcar, elevó su trompa y nos lanzó juguetones resoplidos en nuestros propios rostros.

Entrando en el hipogeo de Nassik, dimos al olvido la raquítica India actual, su miseria cotidiana y sus humillaciones, tornando a la antigua grande y desconocida India.

Las cuevas principales de Nassik fueron abiertas en la montaña denominada Pandú–Sena, y están dotadas de tradiciones que aluden a los mismos cinco, ¿míticos?, hermanos constructores de todos los hipogeos de su clase. Los arqueólogos deputan unánimemente a este hipogeo como más importante y grandioso que todos, los de

Elefanta y de Karli juntos, y, sin embargo, salvo el doctor Wilson, demasiado precipitado en sus juicios, ningún arqueólogo se ha atrevido a resolver de plano acerca de la época a que pertenece, ni siquiera acerca de cuál de las tres grandes religiones de la antigüedad profesaron sus enigmáticos constructores.

Quienes allí tallasen las cuevas no eran ni de la misma época ni de igual creencia. Lo primero que salta a la vista es la rusticidad de la obra primitiva, sus proporciones ciclópeas y lo deteriorados que están los relieves de los sólidos muros, mientras que las esculturas de la cueva principal del segundo piso están primorosamente talladas y en excelente conservación. Ello revela que entre el comienzo y el final de las obras hubieron de mediar bastantes siglos. ¿Cuántos fueron éstos? La inscripción sánscrita que aparece en el pedestal de uno de aquellos colosos de piedra, fija en el año 453, antes de nuestra Era, la fecha de la edificación. Barth, Stevensos, Gibson, Reeves y otros sabios occidentales, desprovistos de los prejuicios que pudieran abrigar acerca del particular los *pandits* o doctores indígenas, deducen, de la conjunción planetaria que reza en la inscripción dicha que semejante fecha de construcción igual pudo ser la citada de 453 que la de 1784, y aun la de 2640, antes de Cristo, cosa esta última imposible, dado que Buddha y los monasterios budhistas se mencionan en ella.

“¡Al Perfecto, al Altísimo! –rezan las frases más salientes de dicha inscripción–. El hijo del rey Kshaparota, señor de la tribu de los Kshatriyas y Gobernador de Dinik; el protector, brillante como la aurora, ha sacrificado aquí cien mil vacas de las que pastan a orillas del río Bansa; y como constructor, ha hecho aquí, en esta santa mansión, lugar donde toda pasión cesa, su ofrenda de oro. Ningún sitio del mundo es más risueño y deleitoso que este de junto al río, ni en Gaya, la ciudad sagrada; ni en la excelsa montaña de Dashatura; ni en Prabhâsa, donde millares de brahmanes se congregan; ni en la ciudad de Patisraya, el monasterio budhista; ni siquiera en el edificio construido por Depanakara a orillas del mar. Este es el lugar donde son otorgados los dones más preciosos y que tan saludable resulta para los ascetas. Una segura barca fué también instalada por aquel que estableció los pasajes diarios y gratuitos de una a otra orilla. Él construyó asimismo la hospedería, la fuente pública, el león de oro en el peligroso paso de esta puerta de Govardhana, el otro león del vado del río y el de Ramartirtha. El ansioso rebaño, aquí halla siempre almacenado, por la munificencia del generoso donante, más de cien clases de henos y miles de raíces de la montaña. Esta segunda cueva excavada fué por orden de la misma generosa persona en la luminosa montaña del Govardhana, *cuando el Sol, Rahú y Shukra estaban juntos en la plenitud de su camino*. Indra, Yama y Lakshmî, después de colmarlos de bendiciones, tornaron a sus carros triunfales por el ámbito del firmamento, gracias a los mantrams sagrados. Luego que ellos hubieron así partido, cayó un fuerte aguacero... etc”.

Rahú y Kehetti son las estrellas fijas que forman la cabeza y la cola de la constelación del dragón; *Shukra*, es Venus, y *Lakshmî, Indra* y *Yama* representan, respectivamente, a las constelaciones zodiacales de Virgo, Acuario y Tauro, que están consagradas a estas tres deidades entre las doce del Zodíaco.

Las primeras cuevas aparecen excavadas en un cerrete cónico y a unos 280 pies de la base de éste. En la más principal de entre ellas hay tres estatuas de Buddha, y en las laterales un lingham y dos ídolos jainos. En la cueva de más arriba vese la efigie de Dhasma–Rajá o Indhostira, el mayor de los hermanos pandús, cuyo templo se ve

también entre Pent y Nassík. Hállase por allí asimismo una enorme estatua de Buddha reclinada en el suelo, y otra del mismo tamaño rodeada de columnas con capiteles, figurando diversos animales. No lejos hay un verdadero laberinto de vihâras para los ermitaños budhistas. Vense, pues, mezclados en dicho sitio todas las épocas, sectas y estilos, cual los árboles de cien distintas clases en la espesura de una selva virgen.

No deja de ser harto extraña la circunstancia de que todos los hipogeos de la India se hallen cobijados por cónicas rocas y montañas, cual si sus constructores hubiesen buscado de intento a semejantes pirámides naturales. Semejante peculiaridad, que ya tuve ocasión de observar en Karli, es exclusiva de la India. ¿Se trata, pues, de una mera coincidencia, u obedece ello a una exigencia arquitectónica del remoto pasado aquel? Y en tal supuesto, ¿quiénes son los originales y quiénes los imitadores: los constructores de las pirámides de Egipto, o esotros arquitectos de los hipogeos indostánicos? Lo mismo en los hipogeos que en las cuevas, todo aparece sometido a la más rigurosa exactitud geométrica. En entrambos casos las entradas se abren en la base, pero siempre a cierta altura sobre el exterior. Por otra parte, nadie ignora que no es la Naturaleza la que copia del arte, sino que el arte trata siempre de reproducir esta o la otra forma dalas que nos muestra la Naturaleza, y si expresadas semejanzas entre los respectivos simbolismos de la India y el Egipto no son sino meras coincidencias casuales, hay que reconocer que son ellas demasiado chocantes por lo extraordinarias. Es indudable que el Egipto ha tomado infinitas cosas de la India y que los pocos hechos que acerca de los remotos Faraones ha podido descubrir nuestra ciencia, lejos de contradecir tal teoría proclaman que la India fué la cuna de la egipcia raza. Allá en la remota antigüedad Kalluka–Bhatta escribió, en efecto: “Durante el reinado de Visvamitra, primer rey de la estirpe de Soma–Vansha, tras cinco días de sangrienta batalla, Manú–Vena, el heredero de tantos reyes gloriosos, fué abandonado por los brahmanes y tuvo que emigrar con sus gentes, atravesando la Arya y la Barria para llegar, al fin, a las orillas de Masra ...” Conviene no olvidar que Arya es la Persia o el Irán, y que Barria es el más antiguo nombre de la Arabia, mientras que Masra es uno de los primitivos nombres del Cairo, desfigurado, por los musulmanes en el de Misro o Musr.

Kalluka–Bhatta es un cronista antiguo, y los sanscritistas que discuten acerca de la época en que escribiese, creen que ésta fluctúa entre el año 2000 antes de nuestra Era y el reinado de Akbar, que fué contemporáneo de Juan el Temerario y de Isabel de Inglaterra. Ante tamaña incertidumbre de opiniones, pudiera rechazarse el testimonio de Kalluka–Bhatta; pero aun en el peor caso, tenemos en nuestro favor la opinión de un autor moderno que ha estudiado durante toda su vida el Egipto en Egipto, no sin salir en su vida de Berlín o de Londres, como tantos otros, descifrando las inscripciones de los sarcófagos y papiros más antiguos. Se trata de Henry Brugsch Bey, cuando dice:

“ ... Lo, repito, mi convicción firmísima es la de que los egipcios vinieron de Asia mucho antes del período llamado histórico y después de atravesar la península del Sinaí, ese puente de todas las naciones, encontraron su nueva patria en las orillas del sagrado Nilo ”.

Otra inscripción en cierta roca de Hamemat, añade que Sankara, el postrer Faraón de la undécima dinastía, “fué enviado a Punt para traer en su buque gomas aromáticas de las que se recogen por los príncipes del país rojo”. Comentándola, por su parte, Brugsch Bey, nos enseña que “con el nombre de Punt designaban los habitantes de Chemi a un

remoto país, rodeado por un gran océano, con valles y montañas numerosas y con gran riqueza en ébano y otras maderas raras, piedras y metales preciosos y poblado de fieras, jirafas y enormes monos”. El nombre del mono en Egipto era *kaff* o *kaffi*, que es el hebreo *koff* y el sanscritánico *kapi*.

Punt, a los ojos de los antiguos egipcios, era una tierra sagrada, ya que *Punt* o *Pa-nuter* era la tierra original de los dioses, quienes la abandonaron bajo la jefatura de *A-mon* –¿el Manú–Vena de Kalluka–Bhatta?– y de Hor y Hater, que después se aposentaron en la tierra Chemi, o sea en el Egipto.

Hanumân, el dios mono del Mahâbhârata, tiene un gran aire de familia con los cinocéfalos egipcios, y es idéntico también el emblema de Osiris y de Shiva. ¡Vivir para ver!, que dice el proverbio.

Nuestro regreso resultó muy agradable, porque ya nos habíamos habituado a los movimientos de la elefanta Peri y nos sentíamos sobre ella hasta unos jinetes de primera fuerza. Sin embargo, en toda una semana más tarde no nos permitieron movernos las agujetas.

LA CIUDAD DE LOS MUERTOS

Si se nos pusiera en el duro trance de quedar ciegos o de quedar sordos, de cada diez personas, nueve preferirían la sordera a la ceguera, y quien haya tenido la dicha de contemplar extasiado cualquiera de esos mil rincones fantásticos que atesora la India, esos sus palacios de mármol y esos cual los de los cuentos de hadas, aun añadiría a la sordera la parálisis de entre ambas piernas más bien que carecer de la dicha que supone el contemplar semejantes maravillas.

Cuéntase de Saadi, el gran poeta, que se quejaba amargamente contra la indiferencia con que sus amigos le escuchaban ponderar la hermosura de su amada: “—¡Si tuvieseis la dicha de haber conocido como yo su belleza prodigiosa, entonces si que alcanzaríais a comprender mis versos!”.

Hago más, pues, respecto de mi India, las ponderaciones del enamorado poeta, pero temo al par que mis constantes himnos al sublime país lleguen a fastidiar a mis lectores tanto y más que lo que aquel vate fatigaba a sus amigos. Mas, ¿qué puede hacer el pobre cronista, cuando a diario descubre nuevos y más peregrinos encantos en semejante país? Hasta las más negras tintas de sus cuadros, esos aspectos inmorales, abyectos, que a veces nos horrorizan en la India, están saturados de una poesía selvática y de una originalidad como no es dable hallar en parte alguna. Frecuente es, por demás, el que un europeo, novel en aquellas cosas, sienta repugnancia ante muchas de las características de su vida diaria, pero hay que confesar que ellas nos suelen fascinar u ora nos emocionan cual espectros de pesadilla. Nosotros, no hay que decir que en nuestros viajes, lejos de las vías férreas y de todos los demás elementos de la civilización europea, hubimos de pasar también por nuestras pruebas correspondientes, porque esta nuestra civilización sienta a la vieja India como un sombrero de moda a una persona medio desnuda, verdadera “hija del Sol”, de los tiempos de Pizarro.

Vagamos todo aquel día a través de selvas y de ríos, ínfimas aldeas y derruidas fortalezas, viajando en toda clase de vehículos, caballos, palanquines, carros de bueyes y de elefantes, por los caminos que median entre las comarcas de Nassik y de Jubblepore. Llegada la noche, acampábamos donde ella nos sorprendía, convenciéndonos de que el hombre puede soportar los más duros y peligrosos climas, por la mera fuerza de la costumbre. Asombraba a cualquiera, por ejemplo, el ver a nuestro babú bengalés caminar a caballo millas y más millas bajo los abrasadores rayos del sol, con su cabeza sin otro abrigo que su espesa cabellera, en medio del día, cuando nosotros, gente blanca, estábamos a punto de caer desmayados, a pesar de los *topis*, de grueso corcho, de los turbantes de muselina y de otras defensas utilizadas también por nuestros otros acompañantes indígenas. Decididamente, el sol carecía de toda fuerza al caer sobre el duro cráneo de un bengalés, quienes le recubren sólo en las ocasiones

solemnes de bodas u otras festividades. Sus turbantes, en todo otro caso son tan inútiles, como las flores en los cabellos de las damas europeas.

Los babúes bengaleses nacen candidatos a burócratas. Los juzgados, ferrocarriles, correos y telégrafos están siempre invadidos por ellos. Envueltos en sus togas viriles de muselina blanca, con la pierna desnuda hasta la rodilla y descubierta la cabeza, se pavonean, vanidosos, por los andenes de las estaciones o a la entrada de las oficinas, mirando con olímpicos desdenes a los maharattis, siempre pagados de sus pendientes, sortijas y dijes. A diferencia de otros hindúes, no se pintan las frentes con las señales de su secta y sólo alguna rara vez se les ve con costosos collares al cuello. Pese a sus muelles hábitos de vida, los maharattis constituyen la tribu más valiente de toda la India, según tienen acreditado en sus seculares luchas; pero Bengala, en cambio, no ha producido un solo guerrero de entre sus sesenta y cinco millones de habitantes. No hay ni un bengalés en todo el ejército colonial, hecho extraño que me resistí a creer hasta que no lo vi confirmado por el testimonio de muchos oficiales ingleses y por aquellos mismos. A pesar de ello, no son nada cobardes. Es cierto que las gentes pudientes de su raza viven una vida regalona; pero sus *zemindras* o aldeanos son gentes esforzadas, sin disputa. Desarmados hoy todos por el Gobierno británico, saben afrontar, sin embargo, al tigre armados con una simple maza, con idéntica sangre fría que si se defendiesen con fusiles o espadas.

Cruzamos durante aquellos días multitud de solitarias selvas y senderos abandonados, donde jamás hollara la planta de europeo alguno. Gulab-Sing se hallaba lejos de nosotros; pero nos acompañaba uno de sus más fieles domésticos, y la excelente acogida que se nos deparaba doquiera no era debida sino a la magia de su nombre. Así, aunque los míseros aldeanos cerrasen sus puertas aterrados, al columbrarnos, los brahmanes, en cambio, se deshacían en obsequios con nosotros.

Los panoramas de las proximidades de Kandesh, en el camino de Talhner a Mhau, son en extremo pintorescos. En ellos, sin embargo, tiene tanta parte el arte como la naturaleza, especialmente gracias a los cementerios musulmanes. En la actualidad todos están más o menos abandonados y ruinosos, merced al crecimiento de la población hindú y a haber desaparecido ya los señores feudales musulmanes, amos en un tiempo de la India entera. Hoy el musulmán tiene que soportar en el país más humillaciones que los propios hindúes, pero han dejado ellos tras de sí bastantes recuerdos, el principal el de los cementerios. La fidelidad y respeto de los musulmanes hacia sus muertos es uno de los rasgos más conmovedores de su carácter. Su amor hacia los que se han marchado es siempre más expresivo que el que sintieran hacia ellos en vida, y se concentra casi por entero en sus moradas mortuorias. Todo lo que tiene de carnal y grosero el paraíso mahometano, otro tanto tienen de poéticos sus cementerios. Pasarse pueden muy gratas horas en esos jardines deliciosos, orlados de blanquísimos mausoleos cubiertos de rosas y jazmines que remedan ser sus turbantes con avenidas de místicos cipreses. Con mucha frecuencia nos solíamos detener en ellos para comer y dormir. Inmediato a Talhner alzase un extraño cementerio. Vese en él, entre múltiples y bien conservados sepulcros, el regio de la familia de Kiladar, ahorcado en la torre de la ciudad por orden del general Hislop en 1818. Otros cuatro mausoleos eran singularmente notables, en especial uno, el más célebre de toda la India: un blanquísimo monumento octogonal de mármol con esculturas como no las tiene el propio Père Lachaise, de París. La inscripción parsi de su zócalo reza que en él se gastaron cien mil rupias. De día, su nítida blancura se

destaca gallarda en el purísimo azul del firmamento. De noche, a los argentados rayos de la luna de la India, es aún más fantástico y grandioso. Diríase que su cumbre está nevada y sus gallardas líneas, destacándose sobre el fondo oscuro del ramaje, remeda una aparición nocturna en la mortuoria mansión.

Al lado de dichos cementerios musulmanes están los ghâts indostánicos, emplazados generalmente junto a las márgenes de los ríos. Hay, en efecto, algo de grandioso en el ritual de la incineración de los cadáveres y el curioso que la presencia no puede menos de sentirse impresionado ante la profunda filosofía que se desprende de semejante costumbre. Al cabo de una hora de incineración no queda del finado sino mísero, puñado de ceniza que el brahmán oficiante esparce al punto a los vientos sobre el río. Así resultan en breve devueltas a los cuatro elementos las cenizas de aquel conjunto corpóreo que antaño vivió, experimentó amores y odios, placeres y dolores; devueltas, digo, a la *Tierra*, que le nutrió durante tanto tiempo; al *Fuego*, emblema de la pureza, que acaba de devorar sus restos mortales para que, libre y purificado el espíritu, pueda remontar hacia más excelsos mundos, existencia *post-mortem* en la que cada pecado es un obstáculo terrible hacia el *Moksha*, o cielo, mansión de la suprema dicha. Es devuelta, en fin, la ceniza de aquel cuerpo al *Aire*, que respiraba y le mantenía, y al *Agua*, que habiéndole lavado en tiempos física y moralmente, transformado ya en polvo, recibíale ahora en su seno.

El calificativo de *puras*, refiriéndose a las aguas del río, sólo puede entenderse dentro del sentido metafórico del mantram porque, de ordinario, los ríos de la India, sin excluir al sacratísimo Ganges, son terriblemente sucios, en especial a su paso por aldeas y ciudades. En sus aguas unos doscientos millones de personas se limpian diariamente de la transpiración de sus tropicales sudores y de otras infinitas porquerías. Además, los cadáveres de los que no merecen el honor de ser incinerados son arrojados a los ríos, y su número es realmente enorme, pues comprende a todos los shûdras, parias y demás proscriptos, amén de los mismos niños brahmanes de menos de tres años.

Sólo los nobles y los ricos son enterrados con pompa. Para ellos únicamente se encienden las piras de madera de sándalo después de puesto el sol; para ellos se cantan los mantrams y se invoca a los dioses. Pero los shudras no deben escuchar de ningún modo las divinas palabras dictadas por los cuatro Rishis a Veda-Vyasa, el sabio de la Alyavasta, desde el principio del mundo. No hay piras ni oraciones para ellos, y así como durante su vida no pudo el shûdra ni aproximarse menos de siete pasos a la pagoda, después de su muerte jamás puede ser parangonado con aquellos brahmanes “dos veces nacidos”.

Arden las piras y sus llamaradas se extienden como serpientes de fuego a lo largo de la ribera. Extrañas siluetas de obscuro contorno agítanse silenciosamente entre las llamas. Ora alzan ellas sus brazos al cielo como si rezasen, ora añaden combustible a la hoguera hurgándola con largas horquillas de hierro. Las llamas decaen poco a poco, serpenteando saturadas de grasa humana derretida y lanzando a la altura una lluvia de chispas que se pierden instantáneamente en nubes de densas humaredas.

Tal acontece en la orilla derecha del río. En la izquierda, por el contrario, el panorama es muy otro. Cuando, al llegar las primeras horas matutinas; cuando los rojos fuegos se han extinguido, disipado las negras humaredas saturadas de malos olores de carne quemada, gracias al viento fresco de la mañana, y las figuras macilentas de los faquires

se han retirado; en una palabra, cuando en la orilla derecha se restablece la quietud y el silencio, hasta su siguiente despertar a la noche inmediata, procesiones harto diferentes de aquéllas comienzan a aparecer por la orilla izquierda. Son masas de hombres y mujeres hindúes formando las más tristes y silenciosas comitivas, que sosegadamente se acercan al río, como que ni lloran, ni tienen rito alguno que ejecutar. Detrás de todos caminan dos hombres, conduciendo un objeto largo y delgado envuelto en un harapo rojo. Es el cadáver de uno de aquellos desgraciados, a quien cogiéndole por cabeza y pies bien pronto lanzan a las amarillentas y sucias aguas del río. El choque es tan violento, que el rojo pingajo se despliega, dejando ver el rostro de una joven pintado de verde oscuro, y que en el acto se sumerge en las ondas sagradas. Seguidamente se adelanta otro grupo formado por un anciano y dos mujeres jóvenes. Una de éstas, que es una pequeña y delgada rapaza de diez años, solloza amargamente. es la madre de un niño mudo de nacimiento, cuyo cuerpo van a arrojar al río. Su débil lamento resuena tristemente en la orilla, y sus temblorosos brazos carecen de fuerzas para alzar al pequeño cadáver, que más que de un niño parece de un negruzco gatito. El viejo trata de consolarla, y cogiendo el cuerpo de la criatura se introduce con él en las aguas y lo lanza al río. Tras él entran también las dos mujeres y se sumergen siete veces para purificarse por haber tocado a un cadáver y tornan a sus tugurios chorreando. Bandadas de buitres, cuervos y otras aves de rapiña se agolpan río abajo para devorar los cadáveres. En ocasiones, un esqueleto a medio mondar tropieza remansado entre las cañas, y allí permanece semanas enteras, hasta que un proscrito, cuya misión es la de ocuparse de menester tan repugnante, lo advierte, y cogiéndole por los ijares con su largo gancho lo devuelve a las aguas del río.

Abandonemos ya estos tristes parajes, donde, a pesar de la temprana hora, el calor se hace irresistible. Demos un adiós al acuático cementerio de los desheredados, cuyo espectáculo es insoportable por lo desgarrador y repugnante a ojos de europeos, y dejemos libre vuelo a nuestra imaginación para que ella nos traslade a los apacibles camposantos de las aldeas, donde no hay mausoleos de mármol coronados de turbantes, ni piras de madera de sándalo, ni ningún sucio río como mansión de reposo; pero donde las humildes cruces de madera, en cambio, se pierden entre los abedules. ¡Cuán apaciblemente reposan nuestros queridos difuntos bajo la verde hierba! Si es cierto que ninguno de ellos alcanzó quizá a ver estas gigantescas palmeras, estas pagodas y palacios suntuosos recubiertos de oro, lirios del valle y tímidas violetas perfumadas orlan sus sepulturas, y en los sauces que sobre ellos tienden sus ramas llorosas gorjean los ruiseñores en las noches de primavera. Aquí, ni en las propias arboledas, ni en mi propio corazón, ningún ruiseñor canta para mí....

A lo largo de este muro de rojizas piedras llegamos a una célebre fortaleza, siempre antaño empapada en sangre y hoy inofensiva y medio derruida, como tantos y tantos castillos de la India. Bandadas de vistosos loros, asustados por nuestros pasos, surgen de los huecos del viejo muro, y sus alas resplandecen al sol como voladoras esmeraldas. Estamos en Chandvad, territorio de funestos recuerdos para los ingleses, por cuanto en

él, durante la sublevación Lepoy, los bhils salieron de sus escondites y cayeron cual un alud, degollándolos.

El *Tatva*, antigua Geografía de India en tiempos del rey Azoka, o sea del 250 al 300 de nuestra Era, nos enseña que el territorio maharatti se extiende hasta las propias murallas de Chandor a Chandvad, y que la comarca de Kandesh comienza allende el río, mas los ingleses se ríen de *Tatva* y de cualquier autoridad por el estilo, y nos quieren hacer creer que Kandesh comienza sólo al pie de las colinas de Chandor.

Doce millas al SE. de Chandvad existe una verdadera cosmópolis de hipogeos, conocidos por la denominación de Enkay–Tenkay. Como siempre, la entrada de ellos está a cien pies de la base, y es piramidal la forma de la colina. La descripción adecuada de tales hipogeos se sale de los límites de estos artículos periodísticos, y sólo diré que todas sus estatuas, esculturas e ídolos son atribuidos a ascetas budhistas de los primeros siglos subsiguientes a la muerte del Maestro. Gustosa suscribiría semejante aserto; mas como de costumbre, los señores arqueólogos tienen que tropezar con una dificultad más insuperable aún que las que de ordinario les ofrezcan los demás templos del país.

En efecto, en estos hipogeos hay más ídolos tenidos como del Buddha que en parte alguna. Ellos cubren la entrada principal; aparecen alineados en compactas filas a lo largo de los voladizos; ocupan las paredes de las celdas; vigilan todas las entradas a guisa de guardianes monstruosos y hasta hay dos de ellos asentados en el estanque principal, donde el agua de los surtidores no ha operado el más ínfimo desgaste en sus moles de granito. Algunos de tales supuestos Buddhas están vestidos y exornados con pagodas piramidales en la cabeza; otros están desnudos; ora vense unos en pie, ora sentados, y los hay de todos tamaños, desde los más colosales, hasta los más minúsculos. Todo esto podría pasar, no obstante, si no mediase el hecho histórico incontrovertible de que la reforma de Gautama o de Siddhartha–Buddha, consistió esencialmente en sus predicaciones contra la idolatría brahmánica que quiso extirpar de raíz, y aquella su doctrina, por tanto, permaneció pura de idolatría de toda clase durante siglos, hasta que los lamas del Tíbet, chinos, birmanos y siameses, la desfiguraron y adulteraron con herejías, y todo el mundo sabe, en fin, que perseguida por los brahmanes victoriosos, fué expulsada de la India, refugiándose en la isla de Ceilán, donde aún florece cual el áloe legendario que sólo da flores, se dice, una sola vez en su vida, antes de morir sus raíces agotadas por la vigorosa exuberancia de aquella prodigiosa floración, y que las semillas que después se desarrollan en dichas flores no producen sino tallos nocivos. Además, aunque prescindiésemos de todo esto, hay algo en la fisonomía, en el *tipo* de todos estos pretendidos Buddhas de Enkay–Tenkay, porque todos ellos, desde el más chico hasta el mayor, son *negros* como el ébano, de achatadas narices; gruesos labios; pelo crespo, y un ángulo facial de 45 grados tan sólo, sin que ellos tengan la más remota semejanza con sus negrísimas facies con los Buddhas tibetanos y siameses auténticos, de facciones absolutamente mogolas y de pelo perfectamente laso y fino. Semejante tipo africano notorio, no puede menos de

desconcertar a referidos arqueólogos, quienes cortan a su modo el nudo gordiano, no haciendo la menor mención de tales hipogeos, más erizados de dificultades técnicas o históricas que el propio Nassik, dificultades tan difíciles de vencer cual la de los persas en las Termópilas.

En Maleganva y Chikalval visitamos un templo jaino extraordinariamente notable. En sus muros exteriores no se había empleado cemento alguno, y sus enormes sillares cuadrados estaban con tal maestría adosados unos a otros que ni la más fina hoja de cuchillo puede penetrar por sus juntas. El interior del templo es suntuosísimo.

Al regreso, sin detenernos en Thalner, seguimos en derecha hacia Ghara, donde nos fué preciso alquilar elefantes de nuevo, para recorrer las espléndidas ruinas de Mandú, la ciudad inexpugnable antaño, a 20 millas al NO. de aquel sitio. A ella llegamos pronto y sin contratiempos, y menciono este lugar, porque después presencié en sus alrededores una interesante escena brujesca del “culto del demonio”.

Mandú se alza en la cúspide de los Montes Vindhya, a 2.000 pies sobre el nivel del mar. Malcolm enseña que esta ciudad se edificó el año 313 de nuestra Era, y que fué durante siglos la metrópoli de los rajás hindúes de Dhara. El historiador Ferishatah señala a Mandú como la residencia del primer rey de Malva, el Dilivan–Khan–Ghuri, hacia 1387–1405. La ciudad fué tomada luego por Bahadur–Shah, rey de Gujérate en 1526; pero Akbar en 1570 recuperóla, según reza la célebre piedra de mármol de sobre la entrada.

Los indígenas denominan a esta población *la ciudad muerta*, y, en efecto, ante su pavorosa soledad sentimos la misma sensación desolada que se experimenta la primera vez que se visita Pompeya. Todo acusa en Mandú, que fué una de las ciudades más soberbias de la India; sus murallas de 37 millas de contorno; sus calles de millas enteras, exornadas un tiempo de palacios espléndidos, cuyas columnas y otros dispersos restos yacen a montones por el suelo; estanques desecados; escaleras hechas pedazos; oscuros y frescos subterráneos, en cuyos recintos lujosas damas pasarían las horas más calurosas del día; fuentes sin agua, patios vacíos e innumerables; anchas plataformas de mármol y arcos derruidos de pórticos gigantescos. Todo ello aparece cubierto de maleza, donde tienen sus guaridas las fieras. Sobre aquel desastre total surgen aquí y allí algún paredón bien conservado, pero con sus ventanales vacíos, guarnecidos de hiedra; ojos sin vista que parecen mirar con prevención la profana presencia de los visitantes, y todavía más allá, en el centro mismo de las ruinas, en el corazón de la muerta urbe, un verdadero bosque de cipreses, en el lugar donde antaño pululaban tantos seres humanos y tantas humanas pasiones.

Todavía en 1570 era denominada *Shadiabad*, “la mansión de la dicha”, aquella ciudad hoy muerta. Adolfo Acuaviva, Antero de Moncerotti y otros misioneros franciscanos que fueron en Embajada a Goa en dicho año, para recabar ciertos privilegios del Gobierno mogol la describen varias veces como una de las ciudades más grandes del mundo, cuyas magníficas vías y frondosas avenidas eclipsaban a las cortes más

pomposas de la India. Es verdaderamente increíble el que en tan corto lapso de tiempo no haya quedado de la opulenta ciudad piedra sobre piedra, sin que entre sus escombros encontrásemos casi lugar despejado para nuestra tienda, hasta que nos vimos precisados a instalarla en la única casa que quedara en aceptable estado todavía, o sea en la plataforma de granito que se elevaba unos 25 pies sobre la plaza de la mezquita-catedral de Yami-Masjid. La escalinata, de costosos mármoles, era espaciosa, cual todos los edificios de la población, y no estaba mal conservada, pero de la cubierta del templo no quedaban ni rastros y hubimos de pernoctar a cielo descubierto.

En derredor de este edificio corre un peristilo formado por varias filas de gruesas columnas, que, de lejos, recuerda a la Acrópolis de Atenas, aunque no tan delicada ni proporcionada como ella, y desde la escalinata se veía el mausoleo de Gushanga-Guri, rey de Malva, cuando la metrópoli estaba en el apogeo de su grandeza. Este mausoleo es un edificio de mármol blanco, ciclópeo y bellísimo, con pórtico de columnas maravillosamente esculpidas y un peristilo que daba antes acceso al palacio real, y que en la actualidad no es sino un profundo barranco, lleno de fragmentos de sillares y cubierto por verdes cactus. En el interior del mausoleo campean en letras de oro, algunas *suras* del Corán y el sarcófago del sultán aún se contempla hacia el centro. No lejos de aquellos lugares estuvo el palacio de Baz-Bahadur, que hoy no es ya sino un informe montón de tierra en el que crecen grandes árboles.

Empleamos todo el día en la contemplación de todas estas tristes grandezas perdidas, y volvimos a nuestro albergue poco antes de ocultarse el sol, extenuados por la sed y por el hambre y llevando triunfalmente en nuestros bastones tres gruesas serpientes que matamos a nuestro regreso. El té y la cena nos aguardaban por fortuna, y al llegar tuvimos la sorpresa de encontrarnos con tres inesperados visitantes que eran: el *patel* de la aldea vecina, funcionario entre cuestor y juez, y dos *zemindares* o propietarios que habían venido a ofrecernos sus respetos y a invitarnos, en unión de nuestros amigos hindúes, algunos de los cuales conocían, para que honrásemos sus viviendas. Al oír de nuestros labios que nos proponíamos hacer noche allí, en la ciudad muerta, se quedaron estupefactos, asegurando que era una peligrosa empresa de locos, porque dos horas más tarde, hienas, tigres y otras fieras saldrían a bandadas de detrás de los muros derruidos. Eso, sin mencionar centenares de molestísimos gatos monteses y chacales, quienes, por lo menos, devorarían a nuestra recua de elefantes. Así, pues, teníamos que abandonar aquellas ruinas lo antes posible y seguir con ellos hasta la aldea vecina, donde podríamos llegar antes de media hora, y donde todo estaba dispuesto para recibirnos, incluso nuestro babú, impaciente ya ante nuestra tardanza.

Por lo visto, nuestro cauto amigo, el babú de la siempre descubierta cabeza, se había marchado hacía tiempo sin consultarnos, camino de la aldea, donde tenía amigos, sin duda; pero la tarde estaba tan suave y nos sentíamos tan a placer en aquellos lugares, que la idea de desbaratar así nuestros planes nos contrariaba. Por otro lado, no dejaba de parecernos imposible el que aquellas desiertas ruinas, donde durante el día sólo hablamos encontrado algunas serpientes, estuviesen llenas de fieras, como nos decían. Nos sonreímos, pues, ante la alarma de nuestros visitantes y les dimos las gracias sin querer aceptar sus ofertas generosas.

—No —exclamó alarmadísimo el corpulento *patel*—, no os atreveréis de ningún modo a pernoctar aquí. Además, en caso de accidente, yo sería responsable ante el Gobierno...

¿Es posible que os sea agradable la perspectiva de una noche de angustia, luchando con los chacales o con cosa peor? Os figuráis no estar rodeados de fieras, porque ellas no se muestran antes de anochecer, pero, si no me queréis creer, fíaos, al menos, del instinto de vuestros elefantes, que, tan valientes, sin duda, como vosotros, son por lo que se ve bastante más razonables. ¡Miradles!

Miramos efectivamente, y advertimos al punto que nuestros graves y filosóficos elefantes comenzaban a observar una conducta harto extraña. Con sus trompas en alto semejaban otras tantas interrogaciones, al par que resoplaban y pateaban con muestras de grandísima inquietud. Un minuto más tarde, uno de ellos rompió la fuerte maroma con que estaba atado a un tronco de columna, dió una rápida vuelta y se puso a palpar vientos. Era, pues, indudable que advertía un peligro cercano. El Coronel le miró a través de sus lentes y silbó de un modo significativo.

–Bien. ¿Qué vamos, por tanto, a hacer si nos toca rechazar un asalto de tigre? –dijo.

–¿Qué hacer, en efecto –pensé–, si no está aquí para protegernos, como antaño, el takur Gulab–Lal Sing?

Interin, nuestros camaradas hindúes yacían cómodamente sentados sobre sus tapices, a la manera oriental, masticando tranquilos hojas de betel. Al pedirles su opinión se limitaron a decirnos que no querían mezclarse en nuestras resoluciones y que harían lo que gustásemos, pero en lo que se refiere al elemento europeo no hay que decir que se sentían ya horrorizados; así que, cinco minutos después, nos encaramábamos en nuestros elefantes y un cuarto de hora más tarde, cuando el sol se ocultaba tras una montaña y caía casi de repente esa densa obscuridad que subsigue al cortísimo crepúsculo de las comarcas tropicales, pasábamos por la puerta de Akbar y descendíamos al valle. Pero no estaríamos a un cuarto de milla de nuestro abandonado campamento, cuando en el seno del matorral de cipreses resonaron los agudos aullidos de los chacales, seguido de un poderoso rugido que nos era ya harto conocido. No podía dudarse: los tigres, chasqueados con nuestra fuga, hacían estremecer aquellos ámbitos, y un sudor frío, de muerte, asomó a nuestras frentes, mientras que nuestro elefante, atropellando por todo, se lanzó a trote largo. Estábamos ya, sin embargo, fuera de peligro, en nuestro *howdah* fuerte como una ciudadela.

–¡Hemos escapado de buena –observó el Coronel, mirando desde la ventana del nuevo alojamiento a una veintena de servidores del Patel encendiendo a toda prisa sus antorchas para recibirnos.

VI

HOSPITALIDAD BRAHMÁNICA

Al cabo de una hora larga echamos pie a tierra en la entrada de un gran *bugalow*, donde nos dió la bienvenida la rutilante fisonomía de nuestro bengalés, el de la desnuda cabeza. Una vez que, fuera de todo peligro, nos vimos reunidos en la terraza, nos dió cuenta de que había trazado aquel plan de su pretendida evasión, porque de antemano conocía nuestra “terquedad americana”.

–Vamos, pues, a lavarnos las manos para cenar. ¿No deseaba usted –añadió dirigiéndose a mí –participar de una comida puramente hindú? Me aquí la ocasión, puesto que nuestro huésped es brahmán y son ustedes los primeros europeos que pisan en esta parte de su casa, donde mora su familia.

¿Cómo puede un europeo concebir un país en el que las acciones más nimias de la vida diaria estén sujetas todas a un rito religioso y que no puedan ellas ser ejecutadas sino al tenor de un minucioso y rutinario programa?

Pues tal país es la India. En ésta los momentos más solemnes de la vida, tales como el nacimiento, la pubertad, el matrimonio, la paternidad, la vejez, la muerte, y además, los menesteres más corrientes de la vida, tales como las abluciones matinales, el vestirse, el comer y *lo que después sigue*, desde el primer vagido de la criatura hasta que ella lanza el último suspiro, tiene precisión de ser ejecutado con arreglo al más estricto ritual brahmánico, bajo pena de ser expulsado de la casa sacerdotal. Son los brahmanes a la manera de los músicos de una orquesta en la que cada instrumento representase a una de tantas sectas diferentes como hay en el país. Podrán tales instrumentos variar en timbre o en naturaleza, pero todos obedecen ciegamente a una sola batuta. Esta batuta es la Ley o *Código del Manú*, seguida por todos los brahmanes, cualquiera que sea el modo que tenga su secta respectiva de interpretar los libros sagrados, y por más hostiles que sean entre si al enaltecer sus particulares deidades.

Es, pues, dicho *Código* el punto central al que convergen todos ellos, cual si tuviese una sola mente; ¡y desdichado de aquel que con la más pequeña nota discordante interrumpa el sinfónico acorde! porque los ancianos consejeros vitalicios de la casta y las subcastas, que existen en número indefinido, son unos gobernantes, más que severos, inexorables. Contra el fallo de éstos no hay apelación, y la expulsión de un individuo de la casta brahmánica es una verdadera calamidad de funestísimas consecuencias. Ante la estrecha solidaridad de la casta, el excomulgado es mirado peor que un leproso cuyo mero contacto es mortal. Tamaña solidaridad sólo puede compararse a la que media entre los discípulos de Loyola. Si los individuos de dos castas diferentes, por muy unidos que estén por respeto o amistad, ni pueden casarse entre sí, ni comer juntos, ni aceptar recíprocamente ni un vaso de agua u ofrecerse un *hukah*, ¿cuáles no serán las restricciones impuestas respecto a la persona excomulgada? El desgraciado debe morir para todo el mundo, incluso para los de su misma familia; y

su padre, esposa o hijos están estrictamente obligados a volverle la espalda, so pena de ser excomulgados a su vez. Ni aun esperanza de casarse pueden tener sus hijos o hijas, por inocentes que se encuentren en el pecado de su padre.

El hindú debe desaparecer en absoluto desde el instante en que sobre él cae la excomunión. No puede beber en el pozo de la familia ni recibir alimento de su padre ni de su madre. Ninguno de la casta puede venderle alimentos ni condimentárselos, y ha de perecer de hambre o adquirirlos de las gentes proscriptas o de los europeos, aumentando así su nefasta contaminación. Cuando llegó a su apogeo el poder brahmánico hasta se alentaba contra el excomulgado a quien quisiera engañarle, robarle o matarle, como gentes fuera de la ley. Hoy día está el excomulgado garantido al menos contra este riesgo, pero todavía el cuerpo del que así muere impenitente no puede ser quemado en la pira, ni en sus funerales se pueden entonar los *mantrams* purificadores, y será simplemente echado al río o dejado podrir entre la maleza cual una bestia.

Semejante fuerza pasiva de la excomunión la hace aún más formidable, y ni la educación europea ni la influencia inglesa ha podido contrariarla. Sólo existe un remedio para el triste excomulgado, es a saber: el dar muestras de un sincero arrepentimiento y someterse a todo género de humillaciones, incluso a la pérdida total de sus bienes. Conozco a varios jóvenes brahmanes quienes, a raíz de haber terminado con toda brillantez sus estudios académicos en la metrópoli, al tornar entre los suyos les ha sido preciso el someterse a los más humillantes ritos de purificación, tal como el afeitarse medio bigote y una ceja; arrastrarse por el polvo en torno de las pagodas y permanecer agarrado durante largas horas a la cola de una vaca sagrada, comiendo finalmente el excremento de dicha vaca, ceremonia denominada de la *Pancha-Gavya*, o sea la de la alimentación con los cinco productos del animal: leche, nata, manteca, orina y excremento. El hecho de cruzar las negras aguas del mar o *Kalapani* constituye uno de los más nefandos crímenes, y quien lo realiza queda manchado para siempre con sólo poner los pies a bordo del barco de los *bellatis* o extranjeros. Un amigo nuestro, doctorado en Derecho, por poco no pierde el juicio el sufrir tamañas *purificaciones*, y cuando nosotros tratamos de hacerle notar a él, materialista furibundo, la necesidad de tales prácticas, nos respondió contristado:

—¡Qué he de hacer! Tengo una niña de seis y otra de cinco años, y si en todo el año que viene no encuentro marido para la mayor, quedará, por vieja, sin casarse, y si doy lugar a que se me excomulgue de mi casta, mis dos pobres hijas quedarán deshonradas y condenadas a la infelicidad por el resto de sus días. Además, ante tal infamia cayendo sobre mi, mi anciana madre moriría de dolor.

—¿Por qué no rompe usted entonces todo lazo con el Brahmanismo? —continuamos diciendo al abogado—. ¿Por qué no se liga con la creciente masa de los culpables del mismo pecado, o marcha con su familia a fundar una colonia y entra a formar parte de la civilización europea?

No era tan fácil, como parecía, el seguir estos consejos. Cierta mariscal de Napoleón, es fama que tuvo treinta y dos razones poderosas para no asaltar una fortaleza: la primera, el que carecía de pólvora y balas, siendo innecesario, por consiguiente, el pararse a enumerar las treinta y una razones restantes. A la manera del mariscal, la primera razón de todo hindú para no hacerse europeo, es la de que con ello *no mejoraría un punto su situación*. Aunque alcanzase a ser un nuevo Tyndall, o un político capaz de

eclipsar a Disraeli o a Bismarck, se encontraría, por decirlo así, como el sepulcro de Mahoma. ¡Suspendido en el aire, entre el cielo y la tierra!

Desde luego, sería injusto culpar de tales obstáculos a la política inglesa, que hace siempre resistencia a dar fuerzas a gentes que ser pueden mañana sus enemigos. El Gobierno no es, pues, responsable, porque semejante estado de opinión es culpa del ambiente indostánico; cuanto al innato desprecio arraigado en el angloindo hacia las gentes del país, a quienes considera como a razas inferiores. No hay que añadir, en efecto, que estas falsas ideas de superioridad o inferioridad de raza, que se manifiesta a la menor provocación, juega un papel más importante aún de lo que se cree en la propia Inglaterra, y los indígenas de la India, brahmanes inclusive, no merecen, no, semejante desprecio que abre un verdadero abismo entre gobernantes y gobernados, abismo que se agiganta más y más y que no podrá hacerse desaparecer en largos siglos.

Insisto sobre el particular para que el lector se forme clara idea del problema, y no *se* extrañe de que el infeliz hindú prefiera una humillación transitoria con los sufrimientos físicos y morales de la *purificación*, a las consecuencias fatales de un desprecio total y de por vida. De estos problemas discutimos con los brahmanes durante las dos horas que precedieron a la cena.

Comer con extranjeros y gentes de otras castas, es cosa harto peligrosa, pues, y una grave falta, sin duda, contra los preceptos sagrados del Manú. En aquella ocasión estaba, sin embargo, disculpada, primero por, que el gigantesco Patel, nuestro anfitrión, era jefe de la tribu y nadie podría excomulgarle; segundo, porque antes habla tomado todas las precauciones prescriptas para que nuestra presencia no le contaminase. Librepensador, a su manera, y gran amigo de Gulab–Lal–Sing, aprovechaba además la ocasión para hacer patente a nuestros ojos, cuán hábiles supercherías y estrategias pueden permitir a un brahmán listo el eludir impunemente aquella rígida ley, sin apartarse por eso de su letra muerta. Por otro lado, nuestro huésped deseaba obtener un diploma de miembro de nuestra Sociedad, ya que el cuestor de su distrito estaba afiliado a ella. Al menos tales fueron las disculpas que nos explicó nuestro *babú*, cuando le hicimos presente nuestro asombro. Nos dispusimos, por tanto, a sacar el mayor partido posible de tamaña oportunidad, y dimos las gracias a la Providencia, que nos la deparaba.

Los hindúes sólo hacen dos comidas diarias: una a las diez de la mañana, y otra a las nueve de la noche. A deshora no se permite nunca el comer, ni aun a los niños, y sería grandísimo pecado el hacerlo sin los previos exorcismos prescriptos. Entre ambas comidas van acompañadas de los más complicados ritualismos, y aunque hace años que millares de hindúes educados han cesado de creer en la eficacia de tan perniciosas costumbres, no por eso dejan a diario de practicarlas.

Nuestro anfitrión Sham–Rao–Bahunathji estaba orgullósísimo de pertenecer a la linajuda casta de Patarah Prabbus. Prabbu significa *señor*, y dicha casta descende de los Kshatriyas, siendo su fundador, hacia el año 700 de nuestra Era, el gran Ashvapati,

descendiente directo de Rama y de Prithu, regentes de la India, al decir de las genealogías locales, durante los dos yugos denominados el Treta yuga y el Dvapara yuga, de lo cual no hace pocos siglos que digamos. La casta de los Patarah Prabhus es la única de las brahmánicas que tiene que ejecutar ciertos ritos de puro origen védico, conocidos por “ritos Kshastriya”, lo cual no impide que sean *Patanes* o *caídos*, en lugar de *Patares*, por culpa del rey Ashvapati, quien cierto día que estaba distribuyendo dones entre los anacoretas, se olvidó desgraciadamente de dar al gran Bhrigu su parte correspondiente. Ofendido el vidente profeta, le pronosticó que su posteridad perecería y su reino con ella. El rey se arrojó en tierra, implorando, desesperado, el perdón del profeta; pero ya era tarde, porque la maldición ya había surtido instantáneamente su efecto, y todo lo que pudo hacerse para remediar el daño fué la solemne promesa de que la descendencia del rey no desaparecería de la tierra. Pronto se vieron los *Patares* destronados y desposeídos de todo su esplendor, teniendo desde entonces que “vivir de su pluma”, a la órdenes de los gobernantes que se han ido sucediendo, y que cambiar su nombre de *patares* por el de *patanes*, al par que llevan una vida más humilde que muchos de sus antiguos súbditos. Por fortuna, para nuestro amable huésped, algunos de sus antepasados se hicieron brahmanes, *pasando a través de la vaca de oro*.

Según luego supimos, aquella expresión de “vivir de la pluma” alude al hecho cierto de que los *patanes* desempeñan todos los empleos menudos del Gobierno en la Presidencia de Bombay, y constituyen unos peligrosos rivales de los *babúes* bengaleses, desde que se implantó la dominación inglesa. En Bombay, los *patanes* empleados llegan a la respetable cifra de cinco mil, y aunque de tez más oscura que la de los brahmanes del Konkan, son más hermosos y gallardos.

Merece especial mención la costumbre aludida de “pasar por la vaca de oro”, porque, merced a ella, no sólo los Kshatriyas, sino hasta los envilecidos shudras pueden convertirse en una especie de brahmanes de segunda clase. Es un derecho de los brahmanes auténticos el de poder conceder semejante merced a cambio de algunos centenares o millares de vacas. Hecho el regalo, se construye una especie de vaca de oro puro, que es consagrada mediante ciertas ceremonias místicas. El candidato, con sólo pasar tres veces arrastrándose a través del hueco cuerpo de la vaca, queda *ipso-facto* transformado en un brahmán. Así adquirieron su investidura brahmánica el actual Mahârâja de Fravanka y hasta el gran rajá de Benarés, según la información que de esto y de la leyenda de los *Patares* nos hizo nuestro bondadoso huésped, quien desapareció luego con toda la gente de nuestra comitiva, diciéndonos que nos preparásemos para la cena.

Quedamos, pues, solas Miss X... y yo, y nos pusimos a curiosear, la casa todo, acompañadas por el *babú*, que era todo un bengalés a la moderna en punto a los preparativos de la comida, explicándonos muchas cosas que de otro modo no habríamos comprendido.

Los hermanos Prabhu viven siempre bajo el mismo techo, pero tienen habitaciones separadas y servidores propios. Las de nuestro huésped eran muy espaciaosas; otros *bungalows* menores estaban ocupados por sus hermanos y había, en fin, un edificio principal con los departamentos para los forasteros, el comedor, un salón, una capillita con diversos ídolos y varias otras estancias. El piso bajo tenía una terraza con arcos que conducían a una gran pieza con columnas de madera, adornadas por preciosas esculturas

que habían pertenecido antaño a un palacio de la *Ciudad Muerta*. El detenido examen que de ellas hice me confirmó en semejante hipótesis, porque no mostraban la menor traza del gusto actual hindú: no representaban dioses, ni animales, ni monstruos fabulosos, sino, meros arabescos y gallardas hojas de flores y plantas que, hoy no son conocidas. Aunque las columnas estaban muy próximas entre sí, los relieves les impedían formar un muro continuo, por manera que la ventilación era un tanto excesiva, así que durante el tiempo que allí duró la comida, por aquellos huecos penetraban pequeños sopletes, despertando nuestros viejos reumatismos y dolores de muelas, apaciblemente dormidos desde que llegáramos a la India. El frontis estaba cuajado de herraduras de caballo, a guisa de preservativos contra el mal de ojo y los malos espíritus, y al pie de la ancha escalera tropezamos con una especie de cunita pendiente de cadenas. A primera vista creí que allí yacía dormido un hindú, y me iba a retirar discretamente cuando en el durmiente reconocí a mi viejo amigo Hanumân, el dios-mono, y me atreví a examinarle. ¡El pobre ídolo sólo poseía cabeza y cuerpo, pues el resto no era sino un envoltorio de harapos! (50).

A la izquierda de la terraza había otras muchas habitaciones, cada una con su destino especial. La mayor era la denominada vatan, y estaba consagrada sólo al bello sexo. Aunque la mujer brahmánica no está perpetuamente sepultada bajo su velo como la musulmana, se mantiene casi siempre apartada de los hombres. Ellas cocinan, pero no comen con éstos. A las damas de más edad, se las tiene en la familia en gran respeto, y los maridos muestran a veces cierta tímida cortesía hacia sus esposas, pero la mujer no tiene derecho a hablar al marido delante de extraños, ni siquiera de próximos parientes, tales como sus hermanas o su madre.

La viuda hindú es realmente la criatura más desgraciada del mundo entero. Tan pronto como el marido fallece ha de rasurarse la cabeza y las cejas; ha de prescindir de todos sus adornos, tales como pendientes, zarcillos de nariz, anillos y pulseras de manos y pies, etc., pues ha de hacerse la cuenta de que ella ha muerto también. Ni el más abyecto proscrito se atrevería a casarse con ella, y por su más insignificante contacto el brahmán se considera impurificado. Se le asignan los trabajos más sucios de la casa y no deben comer con las mujeres casadas ni con los niños. Todo, en fin, está dicho de ellas con añadir que aunque el *Satí* o cremación de la viuda en la propia pira del marido muerto está ya abolida hace tiempo, casi todas las viudas preferirían el *Satí* a la vida de miserias a que les obligan sus hábiles tiranos los brahmanes.

Después del examen de la capilla familiar, atestada de ídolos, flores, ricos pebeteros ardiendo, lámparas colgando del techo y hierbas aromáticas cubriendo el pavimento, nos decidimos a comer. No era bastante, por lo visto, con que nos hubiésemos lavado cuidadosamente, sino que se nos exigió que nos descalzásemos, sorpresa harto desagradable, aunque el participar de una cena brahmánica bien valiese la pena de hacerlo. Estábamos lejos, sin embargo, de sospechar que nos aguardaba otra extraña sorpresa.

Al penetrar en el comedor nos quedamos estupefactos: ¡Dos de nuestros acompañantes europeos aparecían vestidos, o por mejor decir, *desvestidos*, exactamente como si fuesen hindúes. Por decoro, tenían puesto una especie de coletillo, pero estaban descalzos, y en sus cinturas llevaban liados blanquísimos *dhutis* formando una especie de faldellín, representando una mezcla de tipos hindúes y mozos de las casas de baños de

Constantinopla. Presentaban, pues, una tan cómica apariencia que, con gran turbación de los caballeros y escándalo de las damas, no pude contenerme y solté una sonora carcajada. Miss X... se puso muy colorada y acabó por acompañarme también en mi risa nerviosa.

Todo hindú, viejo o joven, tiene que ejecutar, un cuarto de hora antes de comer, su oración o *puja* ante los dioses, y aunque no cambia sus vestidos, como se acostumbra en Europa, se quita la escasa ropa que le cubre durante el día, toma un baño en el estanque familiar y se suelta el pelo, o si se trata de un mahratti o un natural del Dekan, le junta en un solo mechón pendiente de su afeitada cabeza. Gravísimo pecado sería el de cubrirse la cabeza o el cuerpo durante el banquete. En fin, tras envolverse cintura y piernas en el *dhuti* de blanca seda, torna a saludar a sus ídolos y se instala en el comedor.

Tengo que hacer aquí una digresión. Un *mantram* del libro X, sloka 23, dice que la seda goza de la virtualidad de repeler a los malos espíritus que pululan en los flúidos magnéticos de la atmósfera, y no puedo menos de pensar si el tal versículo no entrañará otro significado más profundo. Nos es ciertamente difícil el prescindir de nuestra teoría favorita que considera a todas las costumbres y usos del viejo paganismo como otras tantas supersticiones despreciables, sin que ello obste para que muchas de ellas se hayan abierto paso entre los sabios, quienes han acabado por comprobar que ellas responden a los más admirables principios científicos. Aunque la idea, pues resulte hoy poco sostenible, ¿quién sabe si al prescribir los antiguos el uso de la seda se debe a que conocían la acción beneficiosa de la electricidad actuando sobre los órganos digestivos? Cuantos han estudiado la antigua filosofía de la India con el sano propósito de penetrar en el sentido oculto de sus aforismos, se han encontrado con la sorpresa de que la electricidad y sus efectos eran conocidos de algunos filósofos, como, por ejemplo, Patañjali. Aunque Hipócrates es considerado en Europa como el *padre de la Medicina*, Characa y Sushruta habían ya formulado mucho antes los principios fundamentales de aquella escuela. En cuanto a la fuerza expansiva del vapor de agua, el templo de Vishnú, en Bhadrinath, posee una piedra que acredita de un modo evidente que Surya-Sidhanta la conoció y calculó. Los antiguos hindúes fueron asimismo los primeros que midieron la velocidad de la luz y sus leyes de reflexión, etc. La llamada Tabla de Pitágoras y su célebre teorema respecto al cuadrado de la hipotenusa pueden aun verse, con cargo a época mucho más remota, en los antiguos libros de Iyotisha. Todo esto induce a pensar que los antiguos arios, al establecer el hábito de vestir de seda durante los banquetes, tenían sobre el particular una idea bastante más seria y científica que la de “ahuyentar a los malos espíritus”.

Al entrar en el comedor nos dimos cabal cuenta de las inauditas precauciones tomadas por los hindúes, para no ser contaminados por nuestra compañía en la mesa. El enlosado pavimento se había dividido en dos mitades mediante una línea trazada con tiza, que llevaba no sé qué especie de signos cabalísticos en sus extremos. Quedaba así separada una zona para la familia y amigos del anfitrión pertenecientes a la misma casta, y la otra se reservaba para nosotros. Había, además, un tercer cuadrado en nuestra respectiva zona para los hindúes de casta distinta. El mobiliario y servicio de los dos espacios era enteramente igual, y junto a los dos lados estaban tendidas estrechas alfombras cubiertas por asientos bajos y almohadones. Delante de cada comensal aparecía otro rectángulo trazado con tiza sobre el pavimento, dividido en pequeños cuadrados cual tablero de

ajedrez para marcar los sitios de platos y fuentes. Consistían aquéllos en fuertes hojas de *butea frondosa* y éstas en varias hojas cosidas con espinas, y las salseras eran otras hojas rebordeadas. Todos los manjares aparecían servidos cada uno en su casillero correspondiente, y pudimos así contar has 48 platos, substancias en su mayoría desconocidas para nosotros, pero muy gratas al paladar algunas de ellas. Por supuesto, la comida era absolutamente vegetariana, sin asomo de carne, aves, pescado, ni huevos. Veíanse allí *chutneys*, especie de pepinillos conservados en vinagre y miel; *panchamrits*, mezcla de bayas de pampello, tamarindos, leche de coco, miel de caña y aceite, *kushmer*, hecho de harina, rábanos y miel; picantes pickles y otras muchas especies, todo ello coronando verdaderas pirámides de arroz, y otra montaña de *chapatis*, semejantes a doradas tortas. Estaba el servicio de cada comensal alineado en cuatro largas filas de a 12 platos por fila, y entre éstas lucían trozos de maderas aromáticas a modo de candelillas de iglesia. Nuestra sección estaba espléndidamente iluminada por velas encarnadas y verdes sobre candelabros de fantásticas formas a modo de tronco de árbol con una cobra de siete cabezas, o luces, enroscada en él. Como el viento se filtraba que era un gusto entre las columnas, según dijimos, las luces experimentaban una oscilación continua, produciendo macabras sombras, y nuestros dos amigos que, envueltos en sus ligeras muselinas, estornudaban con frecuencia, destacaban sus dos blancas formas oscilantes cual máscaras de carnaval, sobre la relativa obscuridad de la zona reservada a los comensales hindúes.

Unos tras otros fueron penetrando los parientes y amigos del anfitrión, desnudos todos de cintura arriba, descalzos, reatado en su cuerpo el triple cordón brahmánico, con los cabellos sueltos y envueltos en sus dhutis de seda blanca. Cada sahib iba seguido por su criado, llevando su copa, jarro de plata o de oro y una toalla. Saludaron al anfitrión y luego a nosotros, juntando las palmas de las manos y llevándolas sucesivamente a la frente, al pecho y al suelo, al par que nos decían todos: *ram-ram*, *namaste* (yo te saludo). Después ocuparon silenciosamente sus puestos respectivos, y aquellos cumplimientos trajeron a mi mente el recuerdo de aquel saludo primitivo que consistía en pronunciar dos veces el nombre de alguno de sus antecesores.

Nos sentamos todos: los hindúes tranquila y solemnemente cual si se dispusiesen para una ceremonia mística, y nosotros extraordinariamente cohibidos ante el temor de incurrir en alguna falta grave. Media docena de *nautches* o bayaderas de la pagoda vecina entonaban un monótono himno celebrando la gloria de los dioses. Coreados por aquellos cánticos principiamos a satisfacer nuestro apetito, siguiendo las instrucciones del *babú* de que comiésemos sólo con la mano derecha, cosa algo difícil de practicar por nuestra prisa y nuestro apetito; pero absolutamente indispensable, porque si hubiéramos tocado no más al arroz con la mano izquierda, legiones enteras de *râkshasas* o demonios habrían venido *ipso-facto* a participar del banquete también, cosa que, además, habría hecho salir más que de prisa del comedor a todos los hindúes. Para no transgredir, pues, semejante precepto metí mi mano izquierda en el bolsillo, teniendo en ella mi pañuelo durante todo el tiempo que duró la comida, comida en la que es preciso consignar que no hubo ni rastro de cucharas, tenedores ni cuchillos.

Al cántico, que sólo duró meros dos minutos, siguió un silencio de muerte. Como era lunes y día de ayuno, semejante silencio tenía que ser observado con más rigor que nunca, y todo aquel que se ve forzado a interrumpirle por cualquier accidente imprevisto se apresura a introducir en el agua el dedo medio de su mano izquierda, colocada hasta

entonces tras la espalda, humedeciéndose en seguida los párpados. Un brahmán realmente piadoso no puede, sin embargo, conformarse con tan ligera fórmula purificadora, sino que, después que ha hablado, sale del comedor, se baña todo el cuerpo y luego se abstiene de comer durante el resto del día.

Aproveché el imponente silencio para mejor darme cuenta de la escena; pero siempre que mi mirada tropezaba con la del Coronel o la de Mr. Y... me era casi imposible conservar mi seriedad, pues me acometía una hilaridad loca al verlos tan tiesa y cómicamente sentados, manejándose con la mayor torpeza. La lengua barba del uno aparecía sembrada de granos de arroz, cual plateada escarcha, y azafrán molido las mejillas del otro. Ayudada por mi insana curiosidad, pude combatir mi risa, y seguí observando las extrañas maneras de comer que tenían los hindúes. Sentado cada cual sobre sus piernas cruzadas, tomaba el jarrón de agua que el criado le servía, y después de llenar su vaso, se echaba una poca en la palma de la mano derecha. Después hacía una aspersión lenta y cuidadosa sobre un plato aparte que estaba destinado a los dioses, con toda clase de manjares. Al par recitaba un *mantram* védico. En seguida, llenando la diestra de arroz, pronunciaba otros cuantos *mantrams*, y después de haber depositado a la derecha de su plato cinco puñaditos de arroz, se volvía a lavar las manos para evitar el mal de ojo; al instante volvía a aspergiar, y derramando unas gotas en la palma de la mano, las sorbía lentamente. Comía al punto seis puñados de arroz, unos tras otros, siempre mascullando oraciones, y humedecía sus ojos con el dedo del medio de su izquierda, hecho lo cual tornaba a situar esta mano tras la espalda y principiaba a comer con la otra. En estas ceremonias apenas empleaban algunos minutos, no obstante realizarlo con toda solemnidad.

Comían nuestros hindúes con el tronco inclinado sobre el plato, lanzando el bocado en alto y atrapéndole tan hábilmente con la boca que ni un solo grano de arroz se llegaba a perder ni se derramaba una simple gota de agua. El bueno del Coronel, deseoso de rendir homenaje al anfitrión, trató de imitarle en todas estas maniobras, pero fuéle, ¡ay!, imposible el mantener el tronco en tan inclinada postura; perdió el equilibrio; estuvo a punto de caer de bruces sobre la comida, y se le escaparon los lentes, yendo a sumergirse en un plato de leche agria y ajos. Semejante fracaso obligó al bizarro americano a ser más cauto en sus intentos de *hinduizarse* de allí en adelante.

Terminó la comida con arroz mezclado con azúcar; guisantes espolvoreados con pimienta; aceite, ajos y granos de granada, manjar este último que ha de comerse muy rápidamente, mirando cada cual con ansiedad a su vecino, temiendo atrocemente ser el último en concluir, porque supone ello pésimo presagio. Cada cual, en fin, toma un sorbo de agua, murmurando nuevos *mantrams* y cuidando de tragarla de golpe, y si alguno se atraganta, es prueba clara de que un *bhuta* o espíritu malo se ha posesionado de su garganta, y el paciente tiene que velar por su seguridad haciéndose purificar en la pagoda.

Los desgraciados hindúes están atormentadísimos por esos *bhutas*, que no son sino las almas de quienes han muerto envueltos en el torbellino de deseos y de rastreras pasiones no satisfechos. Tales espíritus, al decir de unánimes asertos, pululan siempre en torno de los vivos valiéndose del cuerpo y órganos de éstos para satisfacer sus impuras ansias. Por eso son temidos y malditos en toda la India: no se escatima medio alguno para

protegerse contra ellos, cosa bien contraria a las conclusiones que acerca de los fenómenos mediumnísticos sostienen los espiritistas de Occidente.

“Un espíritu bueno –dice el hindú– no siente atraída su alma hacia la tierra; se alegra de haber muerto, pues que así camina a unirse con Brahma, gozando la eterna felicidad del *svarga* o cielo, en compañía de los *gandharvas* o músicos celestes, cuyos cánticos le saturan de felicidad infinita y le purifican preparándole para una nueva encarnación en más perfecto cuerpo que el que antes tuviese”.

El hindú sostiene que el Espíritu o *Âtmâ* es una mera chispa del Parabrahm o Gran Todo y jamás puede alcanzarle el castigo de culpas en las que El no participó. *Manas*, la inteligencia y *Jiva*, la vida animal, son entre ambas meras ilusiones materiales. Ellos son los que pecan y por eso sufren y transmigran de uno en otro cuerpo hasta que se depuran. Por eso el Espíritu se limita a cobijar aquellas transmigraciones terrestres y cuando el *Ego* ha alcanzado el estado definitivo de pureza, se torna uno con *Âtmâ*, sumergiéndose gradualmente en Parabrahm. Esto, por desgracia, no acontece con las almas perversas, y el alma que no logra emanciparse de sus deseos y atracciones terrestres antes de la muerte del cuerpo, es arrastrada por sus pecados, y en lugar de reencarnarse en nueva forma con arreglo a la ley de la metempsicosis, permanece sin cuerpo, errabunda por la tierra transformada en su *bhuta* y ocasionando indecibles sufrimientos a sus parientes. Por tal motivo nada teme más el hindú que caer en esa tristísima condición después de la muerte.

–¡Preferible es encarnar en el cuerpo de un tigre, perro, león y hasta en el de un halcón de patas amarillas, que convertirse en un *bhuta* –me dijo cierta vez un viejo hindú–, porque cada animal posee su cuerpo propio con derecho a usar de él con arreglo a las leyes del mismo mientras que el *bhuta* es un *dakoita*, ladrón y bandido en acecho siempre para disfrutar de lo que no le pertenece; estado de espantosa infelicidad que le hace vivir en verdadero infierno. ¿Cómo concebir que haya en el Occidente espiritistas que incautamente se dejen engañar por ellos? ¿Es posible tal locura en ingleses y americanos respetables?

El buen hombre no quería darnos crédito cuando le asegurábamos que había gentes entre los nuestros que gustaban de tratar con semejantes gentes y de atraerlos a sus hogares.

Terminada la cena, los hombres volvieron al estanque familiar para purificarse y vestirse.

A estas horas de la noche vístense los hindúes una especie de camisa estrecha llamada *malmala*, turbante blanco y sandalias de madera con cuerdas metidas por entre los dedos de los pies. Déjanse este calzado a la puerta al tornar a la sala y se reclinan sobre tapices y almohadones colocados en derredor, para masticar betel, fumar *hukahs* y *cheruts*, oír lecturas sagradas y disfrutar del espectáculo coreográfico de las nautches o danzarinas de las pagodas. Aquella noche, sin duda en honor nuestro, todos se vistieron suntuosamente, llevando algunos de ellos *darias* de riquísimo raso rayado; hermosos pendientes de oro; collares cuajados de diamantes y esmeraldas; relojes y cadenas de oro y transparentes bandas brahmánicas con bordados del mismo metal. Los gruesos dedos y la oreja derecha de nuestro anfitrión estaban rutilantes de diamantes.

Las mujeres que nos habían servido la comida desaparecieron, volviendo al largo rato lujosamente ataviadas y entonces fué cuando nos las presentaron solemnemente. Eran ellas cinco: la esposa del dueño de la casa, de veinticinco a veintiséis años; otras dos más jóvenes, una con niño de pecho y de la que, con gran extrañeza por nuestra parte, supimos que era la hija casada de aquél; luego la anciana madre y otra niña de siete años, cuñada suya. Por manera que la señora de la casa era ya abuela, y su cuñada que iría a casarse de allí a dos o tres años, podría llegar a ser madre antes de los doce.

Todas las señoras estaban descalzas, con sortijas en los dedos de manos y pies, y todas, salvo la anciana, lucían guirnaldas de flores en sus cuellos y en sus negros cabellos. Sus estrechos corpiños, llenos de bordados, eran tan cortos que entre ellos y el *sari* había una gran zona descotada. Las bronceadas cinturas de estas mujeres escultóricas quedaban así al descubierto, mientras que sus hermosos brazos y tobillos desaparecían ocultos por numerosos brazaletes, que con sus cascabeles producían un argentino tintineo. La infantil cuñada, verdadera muñeca automática, apenas si podía moverse bajo el peso de sus adornos y joyas, mientras que la joven abuela, señora de la casa, ostentaba un macizo anillo en su nariz izquierda que le llegaba hasta la barbilla, una bellísima nariz desfigurada bajo el peso de la alhaja, según pudimos observar cuando se le quitó para tomar más cómodamente el té.

Llegó, finalmente, la danza de las nautches. Dos de ellas eran lindísimas y su baile consistía en múltiples y expresivos movimientos de la cabeza, de los ojos y hasta de las orejas, en suma, de cintura para arriba. En cuanto a sus piernas, o es que no se movían nada o que lo hacían con tal ligereza que ellas se esfumaban cual si envueltas en niebla estuviesen.

Tras aquel tan accidentado día, dormí el sueño de los justos. Cuando se lleva, en efecto, durmiendo durante muchas noches bajo una tienda de campaña, es una verdadera delicia el poderlo hacer en una verdadera cama, aunque sea colgante. Tamaño placer se habría aumentado extraordinariamente, si hubiese sabido que dormía nada menos que en el lecho de un dios, mas esta última particularidad sólo me fué revelada al día siguiente, cuando, al bajar por la escalera, divisé al ilustre *general Hanumân*, el mono-dios que yacía acurrucado bajo la escalera y muy triste sin su cama colgante que... ¡había sido la mía la noche antes!

Decididamente los hindúes del siglo XIX son una raza degenerada, execrable e impía... Aquella cama-cuna de Hanumân, y un viejo y derregado canapé eran, por lo visto, los únicos muebles de la casa que podían hacer las veces de lechos para los forasteros.

Inútil es añadir que ninguno de los dos caballeros pasaron bien la noche, que hubieron de dormir en un torreón vacío que antaño fuera altar de una derruida pagoda situada detrás del edificio principal, donde les había llevado el dueño de la casa con la buena intención de protegerles contra los chacales, que solían campar por sus respetos en toda la planta baja, penetrando por las arcadas sin puertas. Estos animales, sin embargo, no

causaron gran molestia a nuestros dos compañeros, salvo el nocturno concierto que les dieron con sus aullidos; pero tanto Mr. Y... como el Coronel, tuvieron que habérselas toda la noche con un *vampiro*, especie de zorra voladora, de tamaño desusado, que, según supimos demasiado tarde por nuestro huésped, era también un espíritu. Revoloteando dentro de la torre durante toda la noche, sin hacer ruido, acababa posándose alternativamente sobre entrambos durmientes, haciéndoles estremecerse bajo el repugnante contacto de sus alas viscosas y frías, con la sana intención de darse una buena panzada chupando sangre europea. Diez veces le despertó así, sin que pudieran expulsarle del recinto, y tan luego como tornaban a querer dormirse, volvía a posarse en sus piernas, hombros y cabeza, hasta que exasperado Mr. Y... le cogió y le retorció el pescuezo.

Y fué lo bueno del caso que bien ajenos entrambos de la gravedad del pecado que con ello habían cometido, a la mañana siguiente contaron a su huésped el trágico fin del *murciélagos alevoso*, con lo cual atrajeron instantáneamente toda una tempestad sobre sus cabezas. El patio se llenó de gente que, triste y cabizbaja, se agolpaba a la entrada del torreón. La anciana madre del amo se mesaba furiosamente los cabellos, lanzando agudas exclamaciones en todos los dialectos de la India. ¿Qué ocurría?—No acertábamos a explicárnoslo y cuando, al fin, averiguamos la causa de ello quedamos estupefactos.

Merced a ciertas extrañas y misteriosas señales, sólo conocidas por aquella brahmánica familia, se había venido, en consecuencia, que, al dejar su cuerpo, el alma del hermano mayor de nuestro huésped había conseguido encarnar en aquel murciélagos vampiro, hecho que nos fué revelado como fuera de toda duda. Así, pues, desde hacía nueve años, el finado Patarah Prabhu continuaba viviendo bajo aquella nueva forma al tenor de la ley de la metempsicosis. Durante el día dormitaba colgado de una pata y cabeza abajo, en un añoso tronco frontero al torreón; pero durante la noche se dedicaba a dar fiera caza a cuantos insectos pululaban por aquel retirado rincón y en semejante estado, consagrado por igual a comer, dormir y redimirse de sus culpas, el buen murciélagos iba purificándose de los pecados que bajo la forma de Patarah Prabhu había cometido. Ahora, ¡horror!, su abandonado cuerpo de quiróptero yacía inerte en el polvo, a la entrada misma de su torreón favorito y con la membrana de sus alas medio roída por las ratas, mientras que la pobre anciana de su madre enloquecía de pena, lanzando a través de sus lágrimas miradas acusadoras contra Mr. Y..., quien, en su nuevo aspecto de asesino sin entrañas, parecía mostrar en su actitud una tranquilidad repulsiva.

El asunto empezaba a ponerse serio. El lado cómico que pudiera mostrar la cosa en un principio desaparecía ante la sinceridad e intensidad de tamañas lamentaciones. Como descendientes y consanguíneos del dueño de la casa, le estaban a éste lo bastante subordinados para permitirse el pegar contra nosotros, pero sus semblantes nada tenían de tranquilizadores. El sacerdote astrólogo de la familia colocóse, *shastras* en mano, al lado de la anciana, dispuesto a practicar la ceremonia de la purificación, empezando por cubrir solemnemente el cadáver del bicho con blanco pañizuelo para ocultar los mortales despojos que se hallaban completamente cubiertos por las hormigas. Miss Y... hacía lo posible por permanecer indiferente ante todo aquello; pero la imprudente Miss X... con su habitual falta de tino, la emprendió contra el astrólogo, anatematizando en voz alta la indignación que aquellas supersticiones propias de una raza inferior le producían. Pudo tener en cuenta, al menos, que nuestro huésped conocía el inglés perfectamente y no la escuchaba que digamos con grandes muestras de simpatía. Sonrió

desdeñosamente, sin dignarse contestarla, y saludando respetuosamente al Coronel, le invitó a que le siguiese.

–¡Va a echarnos en el acto de la casa! –pensé.

Mis temores no se confirmaron, por fortuna. En aquella época de mi recorrido por la India distaba aún mucho de alcanzar a penetrar en los más íntimos pliegues metafísicos de un corazón hindú.

Comenzó Sham Rao por endilgarnos un elocuentísimo prólogo, haciéndonos presente que él era un hombre culto que gozaba de cuantas ventajas proporciona la educación europea, y que, debido a ello, distaba mucho de estar convencido de que su difunto hermano morase efectivamente en el cuerpo de aquel quiróptero. A juicio suyo, Darwin y otros grandes naturalistas occidentales, a lo que él colegía, parecían creer en la transmigración de las almas en sentido inverso de los hindúes, es a saber: que si su madre hubiera concebido un niño hacia el momento de la muerte del vampiro, semejante niño habría podido sacar un parecido indudable con semejante animal, por hallarse tan cerca aquélla de los elementos vitales de éste en vías de disgregación...

–¿Acaso no es ésta la interpretación más fidedigna de la escuela darwinista? –acabó Sham Rao preguntando.

Respondímosle con toda modestia que, como habíamos viajado incesantemente durante el año anterior, nos sentíamos algo remontados, por no haber tornado nota de las más recientes conclusiones de la ciencia moderna.

–¡Pero yo las he seguido al día! –replicó Sham Rao con cierto énfasis–. Espero, por tanto, que se me permita agregar que he penetrado debidamente en el desenvolvimiento operado por los estudios más recientes. Acabo de estudiar, por cierto, la magnífica *Antropogénesis*, de Hæckel, y he meditado hondamente acerca de todas sus científicas y lógicas explicaciones, acerca de cómo el hombre desciende de formas animales mediante dicha transmigración... ¿Y qué es, en suma, la serie evolutiva darwiniana sino la humana transmigración de los hindúes antiguos y modernos, o bien la metempsicosis de los griegos?

Nos era imposible el objetar nada a semejantes razonamientos, y hasta nos aventuramos a observar que la teoría de Hæckel y la de nuestro huésped se parecían de una manera sorprendente.

–¡Exacto! –exclamó Sham Rao, con aire de triunfo–, y ello demuestra que nuestras ideas no son tan ignorantes y supersticiosas como suponen los enemigos de la Ley del Manú. Nuestro Manú se anticipó así muchos siglos a Darwin y a Hæckel. ¡Vedlo! Hæckel nos describe todo el proceso evolutivo del ser humano a través de una serie de plasmas cada vez más complicados, desde la mónera gelatinosa que pasa a ser amibo, ascidia, amphioxus, sin cerebro ni corazón todavía, y que transmigrando luego en lamprea, se transforma, por fin, en un amniótico vertebrado, un marsupial, un pre-mamífero... Vosotros, en vuestra cultura, no ignoráis que el vampiro pertenece a los vertebrados, y, por tanto, no podéis contradecir tal aserto.

Imposibilitados estábamos, en efecto, de contradecirle.

–Esto sentado, dignaos seguirme en mi argumentación.

Seguímosle, pues, atentos, aunque sin columbrar dónde iba a parar aquel inteligentísimo brahmán.

–*El Origen de las Especies*, de Darwin –continuó Sham Rao–, restablece palabra tras palabra las enseñanzas palingenésicas de nuestro Manú. Puedo demostrároslo, texto en mano. Nuestro divino legislador, en efecto, enseña que “El Gran Parabrahm hizo aparecer al hombre en el Universo después de evolucionar a lo largo de la serie animal y surgió, pues, del lodo o *ilus* de la mar profunda. Convirtióse así el gusano en serpiente; la serpiente, en pez; el pez, en mamífero, etcétera”. ¿No es ésta, acaso, la idea matriz de la teoría darwinista, al sostener que el informe protoplasma de los mares laurentino y siluriano– el “lodo marítimo” del Manú, me atrevo a decir– se transformó gradualmente en el mono antropoide, y, por fin, en el ser humano?

No pudimos menos de asentir a tales palabras.

–Sin embargo de todo mi respeto por Darwin y Hæckel, su gran continuador, no puedo aceptar sus conclusiones definitivas, en especial las del último –continuó Sham Rao–. Este irritable y bilioso alemán coincide en su embriología con la doctrina de nuestro Manú y demás antecesores, pero olvida por completo la evolución respectiva del alma humana, la cual, según nuestras creencias tradicionales está concordada con la evolución de la materia. El hijo de Svayambhuva, el Nacido por Sí Mismo, nos enseña “que todo lo creado en un nuevo ciclo evolutivo, adquiere cada vez cualidades nuevas que se agregan a las ya adquiridas en las precedentes metempsicosis; y la Chispa Divina que a todo ser informa se hace más y más brillante a medida que se aproxima a la humana categoría y después entra en un cielo de transmigraciones conscientes una vez que se ha convertido en un Brama. ¿Alcanzáis, por ventura, a comprender todo lo que esto significa? Pues significa que desde semejante momento sus palingénesis evolutivas ya no dependen de las ciegas leyes generales, sino que hasta la menor de sus acciones lleva aparejada su premio o su castigo. De aquí que ya entonces comience a depender de la libérrima voluntad del hombre el seguir consciente a lo largo del Sendero que conduce hasta la eterna dicha o el Moksha, ascendiendo de uno en otro loka hasta llegar al Brahmaloqa, o bien retroceder en el Sendero a causa de sus pecados, y no ignoráis tampoco que el alma humana de tipo medio, tiene que ascender de uno en otro loka, sin cambiar de forma humana, aunque creciendo por grados y perfeccionándose. Determinadas sectas nuestras entienden que cada uno de estos lokas son otros tantos astros. Los espíritus que ya se han libertado de los terrestres vínculos son los Devas o Pitris a los que rendimos culto. ¿Acaso vuestros cabalistas medioevales no denominaban *Espiritus Planetarios* a dichos Pitris? En cambio, en el triste caso de un gran pecador, tendrá necesidad de tornar su ascensión a lo largo de aquellas formas animales por las que antes había pasado inconscientemente. Darwin y Hæcke], pues, olvidaron o ignoraron esta segunda parte de su teoría, lo cual no significa que quepa argumento científico alguno contra semejante doctrina de nuestros antepasados.

– Ciertamente que ellos no han penetrado en tales profundidades.

–Entonces – exclamó Sham Rao, cambiando su sereno tono anterior por otro de terrible reconvención–, ¿por qué, conociendo yo, como acabáis de ver, las ideas más modernas de vuestra ciencia de Occidente, y creyendo como veis en lo que enseñan sus más autorizados paladines, por qué, repito, os habéis de figurar, como Miss X... que pertenezco a una tribu de gentes ignorantes y supersticiosas? ¿Ni qué justicia es esa

vuestra de calificar de supersticiones teorías nuestras que son perfectamente científicas y en tratarnos de raza inferior degenerada?

Al pronunciar estas últimas palabras las lágrimas pugnaban por brotar de sus brillantes ojos. Confundidos por sus aplastantes argumentos, no sabíamos ya qué responderle.

—Yo no afirmo tampoco que nuestras creencias populares sean dogmas infalibles, sino meras teorías, y trabajo cuanto me es dable para conciliar entre sí las dos ciencias antigua y moderna. En uso de un perfecto derecho formulo una hipótesis y nada más, cual lo hacen Darwin y Hæckel. Además, si no he sospechado mal, Miss X... es espiritista, y creará, por tanto, en los *bhutas*. Si, pues, admite que un *bhuta* puede posesionarse del cuerpo de un médium, ¿por qué se atreve a negar que un *bhuta*, y mejor aún, un alma menos pecadora, pueda entrar en el cuerpo de un murciélago vampiro?

Tamaños razonamientos eran irrefutables, abrumadores, y para eludir semejante delicadísima cuestión metafísica, tratamos de disculpar del mejor modo posible la inconveniencia de Miss X...

—La intención de Miss X... nunca fué la de ofenderos lo más mínimo, querido señor —dijimos a nuestro huésped—, pues no hizo sino repetir una calumnia que es muy corriente entre los occidentales, y no se habría permitido semejante ligereza si hubiera meditado un punto en tamaño problema.

Fuése así tranquilizando poco a poco Sham Rao, y tornó a su proverbial jovialidad, pero no pudo menos de añadir nuevos asertos a su larga prédica, y comenzaba ya a revelar ciertos rasgos de carácter de su hermano el muerto, que se mostraban atávicamente en los hábitos del vampiro, cuando Mr. Y... lo echó todo a rodar gritando a voz en cuello.

—¡Se ha vuelto loca la pobre vieja! No sólo continúa lanzándonos todo género de maldiciones, sino que añade que el asesinato del asqueroso bicho no es sino el primer contratiempo de una serie de desgracias que vos, Sham Rao, habéis acarreado sobre vuestra familia por haber profanado vuestra santidad brahmánica dándonos albergue en vuestro hogar. ¡Enviad, pues, Coronel, por nuestros elefantes, antes que esta multitud irritada caiga como fieras sobre nosotros!

—¡Por favor, señores! —exclamó en tono suplicante nuestro huésped—. ¡Sed un poco más considerados, porque aunque se trata de una anciana supersticiosa, esta anciana es mi madre! Aconsejadme, por tanto, ya que sois personas educadas e inteligentes, qué es lo que haríais en mi lugar.

—¿Que qué haría? —alegó con pésimo acuerdo Mr. Y... exasperado por lo violento de nuestra situación—. Pues cogería mi pistola y acabaría a tiros con cuantos murciélagos pululan por estos alrededores, aunque no fuera sino por libertar a vuestros difuntos de los asquerosos cuerpos de semejantes bichos, y después rompería la cabeza al farsante brahmán inventor de esta broma estúpida. ¡Eso es todo lo que yo haría, señor mío!...

No hay que añadir que el desgraciado descendiente de Rama, puesto en tamaño aprieto no tuvo a bien el seguir el consejo y permaneció indeciso acerca de la resolución que debía tomar: ora la de arrojarlos violando las sagradas leyes de la hospitalidad, ora la de seguir faltando, ya abiertamente, a los preceptos brahmánicos, manteniéndonos bajo su

techo. Entonces el ingenioso *babú* vino en nuestro auxilio. Noticioso de que nuestra excitación frente al tumulto iba creciendo por momentos y que nos preparábamos a dejar inmediatamente la casa de Sham Rao, nos persuadió de que debíamos quedarnos aunque no fuese más que una hora, porque otra cosa sería un gravísimo ultraje para éste, que estaba inocente de lo acaecido, mientras que él se encargaba de tranquilizar a la vieja majadera mediante un notable plan que había urdido.

–Id entretanto –nos dijo –a visitar las ruinas de aquel antiguo castillo que se alzó antaño no lejos de aquí.

Obedecimos de pésima gana, picada nuestra curiosidad por conocer cuál sería la traza ideada por el *babú*. Nuestro negro humor nos hacía caminar muy lentamente. El flemático Narayan, siempre bondadoso, trataba de distraernos dando inocentes bromas a Miss X... acerca de sus queridos espíritus. Al mirar una vez hacia atrás, vimos que el *babú* se había unido al sacerdote de la tribu aquella, y que, a juzgar por sus ademanes, ambos discutían acaloradamente. La rapada cabeza del brahmán se movía de un lado a otro; su amarillo manto flotaba con rápidos movimientos y sus brazos se alzaban hacia el cielo, cual si pusiese a los propios dioses por testigos de la sinceridad de sus palabras.

– ¡Mil dólares apuesto a que todos los buenos planes del *babú* se estrellarán ante la terquedad de semejante fanático! –dijo con firmeza el Coronel, mientras encendía su pipa.

No habíamos andado, sin embargo, cien pasos, cuando vimos que el *babú* corría hacia nosotros haciéndonos señas para que nos detuviésemos.

– ¡Todo ha quedado arreglado del modo mejor del mundo! –gritó así que estuvo algo cerca–. Es más, hasta os debe estar agradecidísima toda esta familia, porque vosotros, al matar al murciélago no habéis hecho otra cosa que proteger y salvar al *bhuta* del difunto...

Mientras así decía el buen *babú*, se echaba al suelo sin poder contener la risa que le dominaba, y que bien pronto se hizo contagiosa para todos, aun antes de averiguar qué era lo que había ocurrido.

–¿Qué os parece, amigos míos? –decía el *babú* sin poder contenerse en su hilaridad–. ¡Y todo por míseras diez rupias!... ¡Ja, ja, ja! Yo empecé ofreciéndole tan sólo cinco, pero no quería... ¡Se trataba de un gravísimo asunto sagrado!.. –decía el muy pícaro–. ¡Pero ante la perspectiva de atrapar las diez rupias ya no pudo resistirse!

El *babú* acabó de referirnos la historieta. Toda la metempsicosis de aquella buena gente no depende sino de la imaginación e inventiva de los *Gurus* o directores espirituales de la familia, quienes por sus buenos oficios suelen cobrarles de ciento a ciento cincuenta rupias anuales. Cada nuevo rito no es sino un nuevo ingreso en el bolsón sin fondo de la familia sacerdotal brahmánica, que es insaciable en sus codicias, pero los acontecimientos felices se pagan más que los desgraciados, y no ignorando esto el pícaro *babú* pidió al brahmán sin más rodeos que practicase un falso *samâdhi*, esto es, que fingiese haber tenido una inspiración celeste, y anunciase a la desolada madre, que la terminante voluntad de su hijo era la única causante de todo lo acaecido, siendo él y no nadie quien había precipitado así el fin de su vida en el cuerpo del vampiro por estar ya cansado de aquella etapa palingenésica y desear la muerte como medio de ascender

en la escala animal; que era por tanto mucho más feliz, y que estaba profundamente agradecido al sahib que, al retorcerle el pescuezo, le había libertado de aquel abyecto cuerpo.

Conviene añadir que al ojo siempre avizor de nuestro *babú*, no había pasado inadvertido el detalle de cierta vaca del *Gurú* estaba para dar a luz un ternerrillo que poder vender luego a Sham Rao, y semejante circunstancia era un triunfo de baraja más en manos del *babú* por cuanto exigió también del *Gurú* que anunciase además, al tenor del supuesto samâdhi, que el espíritu aquel, así libertado, proyectaba habitar en el futuro cuerpo de la cría que en breve iba a dar a luz la vaca aquella, con lo que no hay por qué añadir que la pobre vieja se apresuraría a comprar al *Gurú* el terneril cuerpo de aquella nueva encarnación de su amado primogénito, y que el fausto suceso se celebraría con nuevas fiestas y ritos, que traerían, como es natural, nuevas rupias a aquel director espiritual de la familia.

El pícaro *Gurú* no daba su brazo a torcer; antes bien juraba por lo más sagrado que el cuerpo del murciélago estaba realmente habitado por el hermano de Sham Rao. El *babú* que sabía bien dónde le apretaba el zapato, dió a entender claramente al *Gurú* que él no ignoraba que los *shastras* excluían la posibilidad de semejantes transmigraciones y éste, alarmado entonces, empezó a batirse en retirada hasta que, bajo secreto absoluto, aceptó las diez rupias.

Sham Rao salió a nuestro encuentro radiante de alegría, pero sea porque temiese que nos riésemos de él, bien porque acertase a explicarse tamaña nueva metamorfosis por medio de las ciencias positivas y en particular por Hæckel, es lo cierto que no intentó averiguar la causa de aquel cambio tan repentino. Sólo nos notició, con cierto embarazo, que su madre, debido a ciertas misteriosas conjeturas suyas, había desechado sus escrúpulos acerca del destino de su primogénito y cambió de conversación al punto.

Para disipar hasta la última nubecilla de la tormenta pasada, nos invitó Sham Rao a sentarnos un rato en la terraza frente a la espaciosa entrada de la capilla de sus ídolos, mientras se celebraba la oración familiar. Eran las nueve de la mañana, hora precisa de la oración matinal. Sham Rao se fué hacia el estanque para prepararse y *vestirse*, o sea desnudarse más bien, pues de allí a un poco tornó llevando por toda vestidura un dhuti idéntico al que vistiese durante la cena. Con la cabeza descubierta se encaminó en derechura a la capilla y en aquel momento empezó a repicar ruidosamente la campana que pendía del techo y que no cesó mientras duraron los rezos. El *babú* nos explicó que un chicuelo la tocaba desde arriba.

Penetró Sham Rao en la capilla adelantando el pie derecho muy solemnemente; luego se acercó al altar y se sentó en un pequeño taburete cruzando las piernas. En el testero central, sobre el altarcito de terciopelo rojo, que parecía un tocador de señora, veíanse multitud de ídolos, de oro, plata, bronce y mármol, según sus respectivos méritos o jerarquía: así, Shiva o Mahadeva era de oro; Ganesha o Gunpati, de plata; Vishnú de un negro canto rodado de las riberas del río Gandaki que corre por el Nepal. En esta

apariciencia Vishnú recibe el nombre andrógino de *Narayán–Lakshmi*. Otros muchos dioses, para nosotros desconocidos, llamados *Chakras* eran otras tantas conchas marinas talladas de una u otra forma, tales como *Sûrya* el dios–sol; los *Kuladevas* y otros dioses domésticos, colocados en segunda línea. Una cúpula de madera de sándalo esculpida cobijaba al altar y a sus ídolos, y durante la noche los dioses y sus ofrendas quedaban cubiertos por un enorme fanal. Diversas pinturas sagradas, representando los episodios más salientes de la vida de los dioses mayores adornaban las paredes.

Murmurando continuos rezos, Sham Rao llenó de ceniza su mano izquierda; cubrióla un momento con la derecha; luego agregó no sé qué a la ceniza estregándose las manos, y con el pulgar de su diestra trazó en su cara con la mezcla aquella, primero una línea de la nariz para arriba, y luego otras dos horizontales desde la frente a las sienes izquierda y derecha. Después de pintarrajeada así su faz, embadurnó con la mezcla su garganta, hombros, brazos, espalda, cabeza y orejas. Dirigióse en seguida hacia un rincón donde había una enorme fuente de bronce con agua y allí se sumergió tres veces seguidas de pies a cabeza con su dhuti, con lo que surgió de la pila chorreando agua cual un delfín, y con ello y con retorcer su única trenza de pelo y recogerla sobre su afeitada coronilla terminó felizmente la primera parte de su complicadísima tarea.

Comenzó la segunda parte con *mantrams* y meditaciones religiosas, los cuales deben ser repetidos tres veces al día por la gente realmente piadosa: al salir el sol, al mediodía y a la puesta del sol. Sham Rao pronunció en alta voz los nombres de los veinticuatro dioses, siendo acompañado cada nombre de una sonora campanada. Seguidamente cerró sus ojos; se ataponó los oídos con algodón; comprimió con dos dedos de su izquierda la ventana de la nariz del mismo lado, al par que inyectaba aire en sus pulmones por la ventana derecha, que a su vez comprimió también. Después pegó los labios paralizando por completo la respiración, posición en la cual todo piadoso hindú debe repetir cierto versículo denominado *Gayati*, cuyas sagradas palabras hindú alguno osaría pronunciar en alta voz, pues hasta cuando las recita mentalmente cuida por todos los medios el no inhalar aire impuro en sus pulmones. No me es dable revelar este *mantram* por haberseme dado bajo palabra de reserva absoluta, pero sí me es permitido citar de él algunas frases sueltas, como aquellas que dicen:

“¡Om... ! Tierra..., Cielo... Que la divina Luz de... (aquí un inefable nombre que jamás deberá ser pronunciado) me cobije y ampare. Que tú, ¡oh Sol!; tú, ¡Uno–Único!, me proteja, aunque indigno... Por eso yo cierro mis ojos, oídos y demás sentidos y dejo de respirar para verte, oírte y respirarte a ti solo. Arroja, pues, luz sobre nuestras mentes, ¡oh tú ... !” (Aquí otra vez el impronunciable Nombre).

Semejante oración brahmánica coincide de un modo harto extraño con la célebre oración que Descartes inserta en la Meditación tercera de su libro acerca de *L'existence de Dieu*, donde, si mi recuerdo no es infiel, se consignan frases como estas:

“Ahora que, cerrados mis ojos, tapados mis oídos y paralizados todos mis demás sentidos, no me atrae nada externo, moraré tan sólo en el pensamiento de Dios; meditaré en Su Cualidad y me extasiaré y me abismaré en el seno de esta su maravillosa Radiación”.

Tras este *mantram*, Sham Rao recitó otros muchos, teniendo siempre cogido con dos dedos su sagrado cingulo brahmánico.

Al cabo de un buen rato dió comienzo nuestro amigo a la larga ceremonia de “lavar a los dioses”. En efecto, tornándolos del altar sucesivamente al tenor de sus categorías respectivas, los introdujo primero en la gran pila donde él se acababa de bañar y luego en otra pilita de bronce que estaba en el altar, y que contenía una mixtura formada por leche, cuajo, manteca, azúcar y miel, baño que, como se ve, no parecía de verdadera limpieza. Pero pronto tuvimos el consuelo de advertir que eran sometidos los dioses a un tercer baño en la primera pila y secados al fin con un paño limpio.

Colocados, pues, los dioses en sus puestos respectivos, trazó el hindú sobre ellos los signos de su secta con una sortija de su mano izquierda, utilizando para ello pintura blanca de sándalo para el lingham, y roja para Gumpati y Sûrya. Rociólos luego con aceites aromáticos y los cubrió con flores frescas, concluyendo la ceremonia con la acción de “despertar a los dioses”, práctica consistente en ir tocando repetidamente una campanilla bajo las narices mismas de los ídolos, quienes acaso suponía el brahmán que se habían quedado dormidos durante la enojosa ceremonia aquella.

Observando entonces, o figurándoselo, que a veces es lo mismo, que ya los dioses estaban bien despiertos, comenzó a ofrecerles sus cotidianas oblacones, encendiendo el incienso de los pebeteros y restallando de tiempo en tiempo los dedos, con gran admiración nuestra, como para que “mirasen” los ídolos. Llena ya la cámara por las nubes de incienso y los vapores del alcanfor ardiendo, esparció más flores sobre el altar y se sentó un rato en su taburete mascullando sus postreras oraciones, acabando por colocar las manos sobre la llama de los cirios y restregarse el rostro con ellas: dió tres vueltas en torno del altar y arrodillándose otras tantas retiróse de espaldas hacia la puerta.

Momentos antes de que Sham Rao terminara sus prácticas matinales entraron en la capilla todas las señoras de la casa, cada una con su sillón de mano, sobre los que se sentaron en línea, rezando con sus rosarios.

Importantísimo es el papel que desempeñan los rosarios, no sólo en la India, sino en todos los países budhistas; y cada dios así como tiene su flor favorita, tiene su materia predilecta para construir sus respectivos rosarios. Por eso los faquires aparecen literalmente cubiertos de ellos. Al rosario se le denomina *mala* y consta de 108 cuentas, y los hindúes verdaderamente piadosos no se limitan a ir pasando sus cuentas una a una durante su oración, sino que tienen ocultas sus manos en un saquito llamado *go-muhta*, que significa literalmente “la boca de la sagrada vaca”.

Dejando que las mujeres terminasen sus oraciones seguimos a Sham Rao al establo donde tenía su vaca. La vaca es adorada por todo hindú por simbolizar a la Madre-Tierra, o sea la Naturaleza. Sentóse, pues, nuestro amigo al lado de la vaca y, ordeñándola, lavóla las patas, primero con la leche de ella y después con agua. Dió seguidamente al sagrado animal arroz y azúcar; la espolvoreó el testuz con polvos de sándalo; ciñó a su cuerpo y patas delanteras guirnalda de flores; quemó incienso bajo su mismo hocico y agitó ante ella un perfumador incensario. Dió en seguida tres vueltas en torno de la vaca y se sentó un momento. Hay hindúes piadosos que dan hasta 108 vueltas alrededor de la vaca, rosario en mano y pasando una cuerda a cada vuelta; pero nuestro amigo tenía, como ya hemos visto, cierta tendencia a librepensador y era además demasiado admirador de Haeckel. Así que hubo descansado, llenó de agua una copa, puso dentro de ella el extremo de la cola de la vaca, y se la bebió. Finalmente,

practicó su adoración al Sol y a la sagrada hierba *tulsi*, y no pudiendo atraer al propio dios Surya haciéndole descender de su celeste trono, contentóse con tomar un buche de agua, mientras se sostenía sobre una sola pierna, y le arrojó luego hacia el luminar del día. No hay para qué añadir que el buche de agua no alcanzó al astro, pero, en cambio, nos roció a los circunstantes inadvertidamente.

Ignoramos el por qué el *Basilicum regium* o hierba tulsi es así adorada por los brahmanes; pero es lo cierto que hacia fines de Septiembre presenciarnos una vez el extraño rito de los desposorios de esta planta nada menos que con el dios Vishnú, no obstante estar considerada aquélla como la prometida de Krishna en su calidad acaso de ser. una de las últimas encarnaciones de este dios. Para semejantes desposorios se traza un círculo mágico en el jardín, colocando la planta en medio, mientras que un brahmán trae de la pagoda vecina un ídolo del dios. Comienza la ceremonia sosteniendo un matrimonio un rico chal entre la planta y el dios, cual si tendiese un pudoroso velo entre uno y otra. El brahmán recita sus oraciones, mientras que pandillas de jóvenes solteras, adoradoras las más fervientes de la planta tulsi, esparcen arroz y azafrán sobre ella y el ídolo, Terminada la ceremonia regálase el chal al brahmán, el ídolo es colocado a la sombra de su novia, al par que palmotea enloquecida la multitud, gritando y saltando al son de los *tamtames*, disparando cohetes y otros fuegos de artificio y ofreciéndose mutuamente trozos de caña de azúcar, en medio de una estruendosa fiesta que dura hasta el amanecer del otro día.